



# **ANTOLOGÍA DE TEXTOS LITERARIOS**

**4º ESPA**



Los siguientes textos de la presente antología serán de **obligada lectura** durante el presente curso:

- **Antonio Machado**
- **Miguel de Unamuno**
- *Intelijencia* de **Juan Ramon Jiménez**
- *El espejo de la muerte*, de **M. de Unamuno**
- *El arbol de la ciencia*, de **Pío Baroja**
- *Luces de Bohemia*, de **Ramón del Valle-Inclán**
- **Federico García Lorca**
- **Pedro Salinas**: "*La forma de querer tu...*"
- **Rafael Alberti**: "*Si mi voz muriera...*"
- *Insomnio*, de **Gerardo Diego**
- *Elegía a R. Sijé*, de **Miguel Hernández**
- *Lastima*, de **Blas de Otero**
- "*Para que yo me llame Ángel González....*", de **Ángel González**
- *La familia de Pascual Duarte*, de **Camilo José Cela**
- *La saga-fuga de J. B.*, de **Gonzalo Torrente Ballester**
- *100 años de soledad*, de **G. García Márquez**
- *La ciudad de los prodigios*, de **Eduardo Mendoza**
- *Las flores de los hermanos Álvarez Quintero*
- *La casa de Bernarda Alba.*, de **F. G<sup>a</sup> Lorca**



## Poesía

### Rubén Darío

#### Sonatina

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa? ¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,  
Los suspiros se escapan de su boca de fresa, o en el que ha detenido su carroza argentina para ver de sus ojos la dulzura de luz?  
que ha perdido la risa, que ha perdido el color. ¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,  
La princesa está pálida en su silla de oro, o en el que es soberano de los claros diamantes,  
está mudo el teclado de su clave de oro; y en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?  
y en un vaso olvidado se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos-reales. ¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa quiere ser golondrina, quiere ser mariposa, tener alas ligeras, bajo el cielo volar,  
Parlanchina, la dueña dice cosas banales, y, vestido de rojo, piruetea el bufón. ir al sol por la escala luminosa de un rayo,  
La princesa no ríe, la princesa no siente; saludar a los lirios con los versos de mayo,  
la princesa persigue por el cielo de Oriente o perderse en el viento sobre el trueno del mar.  
la libélula vaga de una vaga ilusión.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata, ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata, ni los cisnes unánimes en el lago de azul. ¡Oh quién fuera hipsipila que dejó la crisálida! La princesa está triste. La princesa está pálida...  
Y están tristes las flores por la flor de la corte; ¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!  
los jazmines de Oriente, los nulumos del Norte, ¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe  
de Occidente las dalias y las rosas del Sur. La princesa está pálida. La princesa está triste...  
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

¡Pobrecita princesa de los ojos azules! ¡Calla, calla, princesa dice el hada madrina,  
Está presa en sus oros, está presa en sus tules, en caballo con alas, hacia acá se encamina,  
en la jaula de mármol del palacio real, el palacio soberbio que vigilan los guardas, en el cinto la espada y en la mano el azor,  
que custodian cien negros con sus cien alabardas, el feliz caballero que te adora sin verte,  
un lebrél que no duerme y un dragón colosal. y que llega de lejos, vencedor de la Muerte ,  
a encenderte los labios con su beso de amor!



### **Francisco Villaespesa**

Sara es viciosa. Su pupila oscura  
de incitantes promesas es venero...  
Bebe como un tudesco, y fuma y jura  
con el canalla argot de un marinero.

Su placer es violento. Besa, muerde  
y grita, y al final de la batalla,  
muere su voz y hasta la vista pierde  
y en nerviosos ataques se desmaya.

¡Oh, jilguero embriagado de alegría,  
nadie te vio llorar!... ¡Tan sólo un día  
furtivo llanto se asomó a tus ojos

y tu mirada se perdió en el cielo,  
viendo dos hilos de tu sangre rojos  
temblando en la blancura de un pañuelo!...



## Antonio Machado

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,  
tú eres nostalgia de la vida buena  
y soledad de corazón sombrío,  
de barco sin naufragio y sin estrella.  
Como perro olvidado que no tiene  
huella ni olfato y yerra  
por los caminos, sin camino, como  
el niño que en la noche de una fiesta  
se pierde entre el gentío  
y el aire polvoriento y las candelas  
chispeantes, atónito, y asombra  
su corazón de música y de pena.  
así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista lunático, poeta,  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.

va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.  
Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas en alguna mísera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

### A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo  
algunas hojas verdes le han salido.  
¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.  
No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.  
Ejército de hormigas en hilera

Allá, en las tierras altas,  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, entre plumizos cerros  
y manchas de raídos encinares,  
mi corazón está vagando, en sueños...  
No ves, Leonor, los álamos del río  
con sus ramajes yertos?  
Mira el Moncayo azul y blanco; dame  
tu mano y paseemos.  
Por estos campos de la tierra mía,  
bordados de olivares polvorientos,  
voy caminando solo,  
triste, cansado, pensativo y viejo.



## Miguel de Unamuno

### Castilla

Tu me levantas, tierra de Castilla  
en la rugosa palma de tu mano,  
al cielo que te enciende y te refresca,  
al cielo, tu amo.

Tierra nervuda, enjuta, despejada,  
madre de corazones y de brazos,  
toma el presente en ti viejos colores  
del noble antaño.

Con la pradera cóncava del cielo  
lindan en torno tus desnudos campos,  
tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro  
y en ti santuario.

Es todo cima tu extensión redonda  
y en ti me siento al cielo levantado,  
aire de cumbre es el que se respira  
aquí, en tus páramos.

¡Ara gigante, tierra castellana,  
a ese tu aire soltaré mis cantos,  
si te son dignos bajarán al mundo  
desde lo alto!

---

### La oración del ateo

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,  
y en tu nada recoge estas mis quejas,  
Tú que a los pobres hombres nunca dejas  
sin consuelo de engaño. No resistes

a nuestro ruego y nuestro anhelo vistes.  
Cuando Tú de mi mente más te alejas,  
más recuerdo las plácidas consejas  
con que mi alma endulzóme noches tristes.  
¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande  
que no eres sino Idea; es muy angosta  
la realidad por mucho que se expande  
para abarcarte. Sufro yo a tu costa,  
Dios no existente, pues si Tú existieras  
existiría yo también de veras.

---

Si tú y yo, Teresa mía, nunca  
nos hubiéramos visto,  
nos hubiéramos muerto sin saberlo:  
no habríamos vivido.  
Tu sabes que morir se, vida mía,  
pero tienes sentido  
de que vives en mí, y viva aguardas  
que a ti torne yo vivo.  
Por el amor supimos de la muerte;  
por el amor supimos  
que se muere; sabemos que se vive  
cuando llega el morirnos.  
Vivir es solamente, vida mía,  
saber que se ha vivido,  
es morir a sabiendas dando gracias  
a Dios de haber nacido.



**Rosa Chacel**  
**Antinoo**

Tu nariz pensativa sostiene la balanza de tus hombros,  
tan breve el balanceo quedaron en el fiel diestra y siniestra.  
Dentro está el péndulo  
dispuesto a señalar con su parada el perfecto equilibrio,  
dispuesto a detenerse en el instante  
en que comienza lo que no termina.  
Tu nariz pensativa, meditativa y contempladora  
de ti mismo,  
de su último aliento se despide.  
¡En él tu juventud, épico aroma!  
En el infierno había un violoncello  
entre el café y el humo de pitillos  
y cien aulas con libros amarillos  
y nieve y sangre y barro por el suelo.  
Pero tú, resguardada por el velo  
de tus cristales de lucientes brillos,  
pasabas, seria y pura, en los sencillos  
compases de tu fe y de tu consuelo.  
Algunas veces fuimos, de la mano,  
por las venas del bosque y la corneja  
cantó melancolía en nuestras almas,  
si nos separa el Abrego inhumano,  
no llores mi amistad hoy que se aleja,  
entrega al viento el talle de tus palmas.



## Juan Ramón Jiménez

### Adolescencia

En el balcón, un instante  
nos quedamos los dos solos.  
desde la dulce mañana  
de aquel día éramos novios.

-El paisaje soñoliento  
dormía sus vagos tonos,  
bajo el cielo gris y rosa  
del crepúsculo de otoño-.

Le dije que iba a besarla;  
bajó, serena, los ojos  
y me ofreció sus mejillas  
como quien pierde un tesoro.

-Caían las hojas muertas,  
en el jardín silencioso,  
y en el aire erraba aún  
un perfume de heliotropos-.

No se atrevía a mirarme;  
le dije que éramos novios,  
...y las lágrimas rodaron  
de sus ojos melancólicos.

### Intelijencia

!Intelijencia, dame  
el nombre exacto de las cosas!  
...Que mi palabra sea  
la cosa misma,  
creada por mi alma nuevamente.  
Que por mí vayan todos  
los que no las conocen, a las cosas;  
que por mí vayan todos  
los que ya las olvidan, a las cosas;  
que por mí vayan todos  
los mismos que las aman, a las cosas...  
!Intelijencia, dame  
el nombre exacto, y tuyo,  
y suyo, y mío, de las cosas!

### Soy animal de fondo

«En fondo de aire» (dije) «estoy»,  
(dije) «soy animal de fondo de aire» (sobre tierra),  
ahora sobre mar; pasado, como el aire, por un sol  
que es carbón allá arriba, mi fuera, y me ilumina  
con su carbón el ámbito segundo destinado.

Pero tú, dios, también estás en este fondo  
y a esta luz ves, venida de otro astro;  
tú estás y eres  
lo grande y lo pequeño que yo soy,  
en una proporción que es ésta mía,





infinita hacia un fondo  
que es el pozo sagrado de mí mismo.

Y en este pozo estabas antes tú  
con la flor, con la golondrina, el toro  
y el agua; con la aurora  
en un llegar carmín de vida renovada;  
con el poniente, en un huir de oro de gloria.  
En este pozo diario estabas tú conmigo,  
conmigo niño, joven, mayor, y yo me ahogaba  
sin saberte, me ahogaba sin pensar en ti.  
Este pozo que era, sólo y nada más ni menos,  
que el centro de la tierra y de su vida.

Y tú eras en el pozo mágico el destino  
de todos los destinos de la sensualidad hermosa  
que sabe que el gozar en plenitud  
de conciencia amadora,  
es la virtud mayor que nos trasciende.

Lo eras para hacerme pensar que tú eras tú,  
para hacerme sentir que yo era tú,  
para hacerme gozar que tú eras yo,  
para hacerme gritar que yo era yo  
en el fondo de aire en donde estoy,  
donde soy animal de fondo de aire,  
con alas que no vuelan en el aire,  
que vuelan en la luz de la conciencia  
mayor que todo el sueño  
de eternidades e infinitos  
que están después, sin más que ahora yo, del aire.



## Federico García Lorca

### Prendimiento de Antoñito el Cambio

A Margarita Xirgu

Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre  
va a Sevilla a ver los toros.  
Moreno de verde luna,  
anda despacio y garboso.  
Sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos.  
A la mitad del camino  
cortó limones redondos,  
y los fue tirando al agua  
hasta que la puso de oro.  
Y a la mitad del camino,  
bajo las ramas de un olmo,  
guardia civil caminera  
lo llevó codo con codo.  
El día se va despacio,  
la tarde colgada a un hombro,  
dando una larga torera  
sobre el mar y los arroyos.  
Las aceitunas aguardan  
la noche de Capricornio,  
y una corta brisa, ecuestre,  
salta los montes de plomo.  
Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
viene sin vara de mimbre  
entre los cinco tricornios.  
-Antonio, ¿quién eres tú?  
Si te llamaras Camborio,  
hubieras hecho una fuente  
de sangre con cinco chorros.  
Ni tú eres hijo de nadie,  
ni legítimo Camborio.

¡Se acabaron los gitanos  
que iban por el monte solos!  
Están los viejos cuchillos  
tiritando bajo el polvo.  
A las nueve de la noche  
lo llevan al calabozo,  
mientras los guardias civiles  
beben limonada todos.  
Ya las nueve de la noche  
le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro.

### La aurora de Nueva York

La aurora de Nueva York tiene  
cuatro columnas de cieno  
y un huracán de negras palomas  
que chapotean las aguas podridas.  
La aurora de Nueva York gime  
por las inmensas escaleras  
buscando entre las aristas  
nardos de angustia dibujada.  
La aurora llega y nadie la recibe en su boca  
porque allí no hay mañana ni esperanza posible:  
a veces las monedas en enjambres furiosos  
taladran y devoran abandonados niños.  
Los primeros que salen comprenden con sus  
huesos  
que no habrá paraísos ni amores deshojados;  
saben que van al cieno de números y leyes,  
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.  
La luz es sepultada por cadenas y ruidos  
  
en impúdico reto de ciencia sin raíces.  
por los barrios hay gentes que vacilan insomnes  
como recién salidas de un naufragio de sangre.



### **Soneto de la dulce queja**

Tengo miedo a perder la maravilla  
de tus ojos de estatua, y el acento  
que de noche me pone en la mejilla  
la solitaria rosa de tu aliento.  
Tengo pena de ser en esta orilla  
tronco sin ramas; y lo que más siento  
es no tener la flor, pulpa o arcilla,  
para el gusano de mi sufrimiento.  
Si tú eres el tesoro oculto mío,  
si eres mi cruz y mi dolor mojado,  
si soy el perro de tu señorío,  
no me dejes perder lo que he ganado  
y decora las aguas de tu río  
con hojas de mi otoño enajenado.



## Pedro Salinas

Para vivir no quiero  
islas, palacios, torres.  
¡Qué alegría más alta:  
vivir en los pronombres!  
Quítate ya los trajes,  
las señas, los retratos;  
yo no te quiero así,  
disfrazada de otra,  
hija siempre de algo.  
Te quiero pura, libre,  
irreductible: tú.  
Sé que cuando te llame  
entre todas las gentes  
del mundo,  
sólo tú serás tú.  
Y cuando me preguntes  
quién es el que te llama,  
el que te quiere suya,  
enterraré los nombres,  
los rótulos, la historia.  
Iré rompiendo todo  
lo que encima me echaron  
desde antes de nacer.  
Y vuelto ya al anónimo  
eterno del desnudo,  
de la piedra, del mundo,  
te diré:  
«Yo te quiero, soy yo».

La forma de querer tú  
es dejarme que te quiera.  
El sí con que te me rindes  
es el silencio. Tus besos  
son ofrecerme los labios  
para que los bese yo.  
Jamás palabras, abrazos,  
me dirán que tú existías,  
que me quisiste: Jamás.  
Me lo dicen hojas blancas,  
mapas, augurios, teléfonos;  
tú, no.  
Y estoy abrazado a ti  
sin preguntarte, de miedo  
a que no sea verdad  
que tú vives y me quieres.  
Y estoy abrazado a ti  
sin mirar y sin tocarte.  
No vaya a ser que descubra  
con preguntas, con caricias,  
esa soledad inmensa  
de quererte sólo yo.



## Rafael Alberti

Se equivocó la paloma.  
Se equivocaba.  
Por ir al Norte, fue al Sur.  
Creyó que el trigo era agua.  
Se equivocaba.  
Que las estrellas, rocío;  
que la calor, la nevada.  
Se equivocaba.  
Que tu falda era tu blusa;  
que tu corazón, su casa.  
Se equivocaba.  
Ella se durmió en la orilla.  
Tú, en la cumbre de una rama.

de oro tendido junto a mí, su ardiente  
bosque largo de otoño quien me escucha.  
Óyeme, que te llamo. Vida mía,  
sí, vida mía, vida mía sola.  
¿De quién más, de quién más si solamente  
puedo ser yo quien cante a tus oídos:  
vida, vida, mi vida, vida mía?  
¿Qué soy sin ti, mi amor? Dime qué fuera  
sin ese fuerte y dulce muro blando  
que me da luz cuando me da la sombra,  
sueño, cuando se escapa de mis ojos.  
Yo no puedo dormir. ¡Cuántas auroras,  
oscuras, braceando en las tinieblas,  
sin encontrarte, amor! ¡Cuántos amargos  
golpes de sal, sin ti, contra mi boca!  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dime, amor mío.  
¿Me escuchas? ¿No me sientes  
llegar como una lágrima llamándote,

### Retornos del amor en la noche triste

Ven, amor mío, ven, en esta noche  
sola y triste de Italia. Son tus hombros  
fuertes y bellos los que necesito.  
Son tus preciosos brazos, la largura  
maciza de tus muslos y ese arranque  
de pierna, esa compacta  
línea que te rodea y te suspende,  
dichoso mar, abierta playa mía.  
¿Cómo decirte, amor, en esta noche  
solitaria de Génova, escuchando  
el corazón azul del oleaje,  
que eres tú la que vienes por la espuma?  
Bésame, amor, en esta noche triste.  
Te diré las palabras que mis labios,  
de tanto amor, mi amor, no se atrevieron.  
Amor mío, amor mío, es tu cabeza

---

Si mi voz muriera en tierra  
llevadla al nivel del mar  
y dejadla en la ribera.  
Llevadla al nivel del mar  
y nombradla capitana  
de un blanco bajel de guerra.  
Oh mi voz condecorada  
con la insignia marinera:  
sobre el corazón un ancla  
y sobre el ancla una estrella  
y sobre la estrella el viento  
y sobre el viento una vela!  
por encima del mar, en esta noche?



## Gerardo Diego

### Insomnio

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).  
A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo  
en este nicho en el que hace 45 años que me pudro,  
y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros,  
o fluir blandamente la luz de la luna.  
Y paso largas horas gimiendo como el huracán,  
ladrando como un perro enfurecido,  
fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.  
Y paso largas horas preguntándole a Dios,  
preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma,  
por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid,  
por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.  
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?  
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día,  
las tristes azucenas letales de tus noches?



## Miguel Hernández

### Elegía a Ramón Sijé

*(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me  
ha muerto como el rayo, Ramón Sijé,  
con quien tanto quería.)*

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas,  
y órganos mi dolor sin instrumentos,  
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler, me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo voy  
de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano está rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes,  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero mirar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera,  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas  
y tu sangre se irá a cada lado,  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas,  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.



## Blas de Otero

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre  
aquel que amó, vivió, murió por dentro  
y un buen día bajó a la calle: entonces  
comprendió: y rompió todos sus versos.

Así es, así fue. Salió una noche  
echando espuma por los ojos, ebrio  
de amor, huyendo sin saber adónde:  
a donde el aire no apestase a muerto.

Tiendas de paz, brizados pabellones,  
eran sus brazos, como llama al viento;  
olas de sangre contra el pecho, enormes  
olas de odio, ved, por todo el cuerpo.

¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Ángeles atroces  
en vuelo horizontal cruzan el cielo;  
horribles peces de metal recorren  
las espaldas del mar, de puerto a puerto.

Yo doy todos mis versos por un hombre  
en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,  
mi última voluntad. Bilbao, a once  
de abril, cincuenta y uno.

Blas de Otero

### En el principio

Si he perdido la vida, el tiempo, todo  
lo que tiré, como un anillo, al agua,  
si he perdido la voz en la maleza,

me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre, todo  
lo que era mío y resultó ser nada,  
si he segado las sombras en silencio,  
me queda la palabra.

Si abrí los labios para ver el rostro  
puro y terrible de mi patria,  
si abrí los labios hasta desgarrármelos,  
me queda la palabra.

### Lástima

Me haces daño, Señor. Quitá tu mano  
de encima. Déjame con mi vacío,  
déjame. Para abismo, con el mío  
tengo bastante. ¡Oh Dios!, si eres humano,

compadécete ya, quita esa mano  
de encima. No me sirve. Me da frío  
y miedo. Si eres Dios, yo soy tan mío  
como tú. Y a soberbio, yo te gano.

Déjame. ¡Si pudiese yo matarte,  
como haces tú, como haces tú! Nos coges  
con las dos manos, nos ahogas. Matas

no se sabe por qué. Quiero cortarte  
las manos. Esas manos que son trojes  
del hambre, y de los hombres que arrebatas.





## Ángel González

Para que yo me llame Ángel González,  
para que mi ser pese sobre el suelo,  
fue necesario un ancho espacio  
y un largo tiempo:  
hombres de todo el mar y toda tierra,  
fértil vientos de mujer, y cuerpos  
y más cuerpos, fundiéndose incesantes  
en otro cuerpo nuevo.  
Solsticios y equinoccios alumbraron  
con su cambiante luz, su vario cielo,  
el viaje milenario de mi carne  
trepando por los siglos y los huesos.  
De su pasaje lento y doloroso  
de su huida hasta el fin, sobreviviendo  
naufragios, aferrándose  
al último suspiro de los muertos,  
yo no soy más que el resultado, el fruto,  
lo que queda, podrido, entre los restos;  
esto que veis aquí,  
tan sólo esto:  
un escombros tenaz, que se resiste  
a su ruina, que lucha contra el viento,  
que avanza por caminos que no llevan  
a ningún sitio. El éxito  
de todos los fracasos. La enloquecida  
fuerza del desaliento...

### **Inventario de lugares propicios al amor**

Son pocos.  
La primavera está muy prestigiada, pero  
es mejor el verano.

Y también esas grietas que el otoño  
forma al interceder con los domingos  
en algunas ciudades  
ya de por sí amarillas como plátanos.  
El invierno elimina muchos sitios:  
quicios de puertas orientadas al norte,  
orillas de los ríos,  
banco públicos.  
Los contrafuertes exteriores  
de las viejas iglesias  
dejan a veces huecos  
utilizables aunque caiga nieve.  
Pero desengañémonos: las bajas  
temperaturas y los vientos húmedos  
lo dificultan todo.  
Las ordenanzas, además, proscriben  
la caricia ( con exenciones  
para determinadas zonas epidérmicas  
-sin interés alguno-  
en niños, perros y otros animales)  
y el «no tocar, peligro de ignominia»  
puede leerse en miles de miradas.  
¿Adónde huir, entonces?  
Por todas partes ojos bizcos,  
córneas torturadas,  
implacables pupilas,  
retinas reticentes,  
vigilan, desconfían, amenazan.  
Queda quizá el recurso de andar solo,  
de vaciar el alma de ternura  
y llenarla de hastío e indiferencia,  
en este tiempo hostil, propicio al odio.



## Joaquín Sabina

### Una canción para la Magdalena

Si, a media noche, por la carretera  
que te conté,  
detrás de una gasolinera  
donde llené,  
te hacen un guiño unas bombillas  
azules, rojas y amarillas,  
pórtate bien  
y frena.  
Y, si la Magdalena  
pide un trago,  
tú la invitas a cien  
que yo los pago.  
Acércate a su puerta y llama  
si te mueres de sed,  
si ya no juegas a las damas  
ni con tu mujer.  
Sólo te pido que me escribas,  
contándome si sigue viva  
la virgen del pecado,  
la novia de la flor de la saliva,  
el sexo con amor de los casados.  
Dueña de un corazón,  
tan cinco estrellas,  
que, hasta el hijo de un Dios,  
una vez que la vio,  
se fue con ella.  
Y nunca le cobró

la Magdalena.  
Si estás más solo que la luna,  
déjate convencer,  
brindando a mi salud, con una  
que yo me sé.  
Y, cuando suban las bebidas,  
el doble de lo que te pida  
dale por sus favores,  
que, en casa de María de Magdala,  
las malas compañías son las mejores.  
Si llevas grasa en la guantera  
u un alma que perder,  
aparca, junto a sus caderas  
de leche y miel.  
Entre dos curvas redentoras  
la más prohibida de las frutas  
te espera hasta la aurora,  
la más señora de todas las putas,  
la más puta de todas las señoras.  
Con ese corazón,  
tan cinco estrellas,  
que, hasta el hijo de un Dios,  
una vez que la vio,  
se fue con ella,  
Y nunca le cobró  
la Magdalena.



## Prosa

### Ramón del Valle-Inclán

#### Sonata de primavera

La biblioteca tenía tres puertas que daban sobre una terraza de mármol. En el jardín las fuentes repetían el comentario voluptuoso que parecen hacer a todo pensamiento de amor, sus voces eternas y juveniles. Al inclinarse sobre la balaustrada, yo sentí que el hálito de la Primavera me subía al rostro. Aquel viejo jardín de mirtos y de laureles mostrábase bajo el sol lleno de gracia gentilica. En el fondo, caminando por los tortuosos senderos de un laberinto, las cinco hermanas se aparecían con las faldas llenas de rosas, como en una fábula antigua. A lo lejos, surcado por numerosas velas latinas que parecían de ámbar, extendíase el mar Tirreno. Sobre la playa de diorada arena morían mansas las olas, y el son de los caracoles con que anunciaban los pescadores su arribada, y el ronco canto del mar, parecían acordarse con la fragancia de aquel jardín antiguo donde las cinco hermanas se contaban sus sueños juveniles, a la sombra de los rosáceos laureles.

Se habían sentado en un gran banco de piedra a componer sus ramos. Sobre el hombro de María Rosario estaba posada una paloma, y en aquel cándido suceso yo hallé la gracia y el misterio de una alegoría. Tocaban a fiesta unas campanas de aldea, y la iglesia se perfilaba a lo lejos en lo alto de una colina verde, rodeada de cipreses. Salía la procesión, que anduvo alrededor de la iglesia, y distinguíanse las imágenes en sus andas, con los mantos bordados que brillaban al sol, y los rojos pendones parroquiales que iban delante, flameando victoriosos como triunfos litúrgicos. Las cinco hermanas se arrodillaron sobre la yerba, y juntaron sus manos de rosas.

Los mirlos cantaban en las ramas, y sus cantos se respondían encadenándose en un ritmo remoto como las olas del mar. Las cinco hermanas habían vuelto a sentarse: Tejían sus ramos en silencio, y entre la púrpura de las rosas revoloteaban como albas palomas sus manos, y los rayos del sol que pasaban a través del follaje, temblaban en ellas como místicos haces encendidos. Los tritones y las sirenas de las fuentes borboteaban su risa quimérica, y las aguas de plata corrían con juvenil murmullo por las barbas limosas de los viejos monstruos marinos que se inclinaban para besar a las sirenas, presas en sus brazos. Caminaban lentamente por los senderos del laberinto, como princesas encantadas que acarician un mismo ensueño. Cuando hablaban, el rumor de sus voces se perdía en los rumores de la tarde, y sólo la onda primaveral de sus risas se levantaba armónica bajo la sombra de los clásicos laureles.

Cuando penetré en el salón de la Princesa, ya estaban las luces encendidas. En medio del silencio resonaba llena de gravedad la voz de un Colegial Mayor, que conversaba con las señoras que componían la tertulia de la Princesa Gaetani. El salón era dorado y de un gusto francés, femenino y lujoso. Amorcillos con guirnaldas, ninfas vestidas de encajes, galantes cazadores y venados de encaramada cornamenta poblaban la tapicería del muro, y sobre las consolas, en graciosos grupos de porcelana, duques pastores ceñían el florido talle de mármol de marquesas aldeanas. Yo me detuve un momento en la puerta. Al verme, las damas que ocupaban el estrado, suspiraron, y el Colegial Mayor se puso en pie.

(...)



## Miguel de Unamuno

### El espejo de la muerte

#### Historia muy vulgar

¡La pobre! Era una languidez traidora que iba ganándole el cuerpo todo de día en día. Ni le quedaban ganas para cosa alguna: Vivía sin apetito de vivir y casi por deber. Por las mañanas costábale levantarse de la cama, ¡a ella, que se había levantado siempre para poder ver salir el sol! Las faenas de la casa eránle más gravosas cada vez.

La primavera no resultábale ya tal para ella. Los árboles, limpios de la escarcha del invierno, iban echando su plumoncillo de verdura; llegábanse a ellos algunos pájaros nuevos; todo parecía renacer. Ella sólo no renacía.

“¡Esto pasará -decíase-, esto pasará!”, queriendo creerlo a fuerza de repetírselo a solas. El médico aseguraba que no era sino una crisis de la edad: aire y luz, nada más que aire y luz. Y comer bien; lo mejor que pudiese.

¡Aire? Lo que es como aire le tenían en redondo, libre, soleado, perfumado de tomillo, aperitivo. A los cuatro vientos se descubría desde la casa el horizonte de tierra, una tierra lozana y grasa que era una bendición del Dios de los campos. Y luz, luz libre también. En cuanto a comer... “pero, madre, si no tengo ganas...”

-Vamos, hija, come, que a Dios gracias no nos falta de qué; come -le repetía su madre, suplicante.

-Pero si no tengo ganas, le he dicho...

-No importa. Comiendo es como se las hace una.

La pobre madre, más acongojada que ella, temiendo se le fuera de entre los brazos aquel supremo consuelo de su viudez temprana, se había propuesto empapizarla, como a los pavos. Llegó hasta a provocarle bascas, y todo inútil. No comía más que un pajarito. Y la pobre viuda ayunaba en ofrenda a la Virgen pidiéndole diera apetito, apetito de comer, apetito de vivir, a su pobre hija.

Y no era esto lo peor que a la pobre Matilde le pasaba, no era el languidecer, el palidecer, marchitarse y ajársele el cuerpo; era que su novio, José Antonio, estaba cada vez más frío con ella.

Buscaba una salida, sí, no había dudado de ello; buscaba un modo de zafarse y dejarla. Pretendió primero, y con muy grandes instancias, que se apresurase la boda, como si temiera perder algo, y a la respuesta de madre e hija de : “No; todavía no, hasta que em reponga; así no puedo casarme”, frunció el ceño. Llegó a decirle que acaso el matrimonio la aliviase, la curase, y ella, tristemente: “No, José Antonio, no; éste no es mal de amores, es otra coas: es mal de vida”. Y José Antonio la oyó mustio y contrariado.

Seguía acudiendo a la cita el mozo, pero como por compromiso, y estaba durante ella distraído y como absorto en algo lejano. No hablaba ya de planes para el porvenir, como si éste hubiera para ellos muerto. Era como si aquellos amores no tuviesen ya sino pasado.

Mirándole como a espejo le decía Matilde:

-Pero, dime, José Antonio, dime, ¿qué te pasa?; porque tú no eres ya el que antes eras...

-¡Qué cosas se te ocurren, chica! ¿Pues quién he de ser...?

-Mira, oye: si te has cansado de mí, si te has fijado ya en otra, déjame. Déjame, José Antonio, déjame sola, porque sola me quedaré; ¡no quiero que por mí te sacrifiques!



-¡Sacrificarme! Pero, ¿quién te ha dicho, chica, que me sacrifico? Déjate de tonterías, Matilde.

-No, no lo ocultes; tú ya no me quieres...

-¡Que no te quiero?

-¡No, no, ya no me quieres como antes, como al principio...

-Es que al principio...

¡Siempre debe ser principio, José Antonio!; en el querer siempre debe ser principio; se debe estar siempre empezando a querer.

-Bueno, no llores, Matilde, no llores, que así te pones peor...

-¿Que me pongo peor?, ¿peor?; ¡luego estoy mal!

-¡Mal..., no!; pero... Son cavilaciones...

-Pues, mira, oye, no quiero, no; no quiero que vengas por compromiso...

-¿Es que me echas?

-¿Echarte yo, José Antonio, yo?

-Parece que tienes empeño en que me vaya...

Rompía aún más a llorar la pobre. Y luego, encerrada en su cuarto, con poca luz ya y con poco aire, mirábase Matilde una y otra vez en el espejo y volvía a mirarse en él. "Pues no, no es gran cosa -se decía-; pero las ropas cada vez se me van quedando más grandes, más holgadas, este justillo me viene ya flojo, puedo meter las dos manos por él; he tenido que dar un pliegue más a la saya... ¿Qué es esto. Dios mío, qué es?" Y lloraba y rezaba.

Pero vencían los veintitrés años, vencía su madre, y Matilde soñaba de nuevo en la vida, en una vida verde y fresca, aireada y soleada, llena de luz de amor y de campo; en un largo porvenir, en una casa henchida de faenas, en unos hijos y, ¿quién sabe?, hasta en unos nietos. ¡Y ellos, dos viejecitos, calentando al sol el postre de la vida!

José Antonio empezó a faltar a las citas, y una vez, a los repetidos requerimientos de su novia a que la dejara si es que ya no la quería como al principio, si es que no seguía empezando a quererla, contestó con los ojos en la guija del suelo: "Tanto te empeñas, que al fin..." Rompió ella una vez más a llorar. Y él entonces, con brutalidad de varón: "Si vas a darme toldos los días estas funciones de lágrimas, sí que te dejo". José Antonio no entendía de amor de lágrimas.

Supo un día Matilde que su novio cortejaba a otra, a una de sus más íntimas amigas. Y se lo dijo. Y no volvió José Antonio.

Y decía a su madre la pobre:

-Yo estoy muy mala, madre; yo me muero...!

-No digas tonterías, hija; yo estuve a tu edad mucho peor que tú; me quedé en los puros huesos. Y ya ves cómo vivo. Eso no es nada. Claro, te empeñas en no comer...

Pero a solas en su cuarto y entre lágrimas silenciosas pensaba la madre: "¡Bruto, más que bruto! Por qué no aguardó un poco..., un poco, sí..., no mucho... La está matando...antes de tiempo..."

Y se iban los días, todos iguales, unánimes, llevándose cada uno un jirón de la vida de Matilde.

Acercábase el día de Nuestra Señora de la Fresneda, en que iban todos los del pueblo a la veneranda ermita, donde se rezaba, pedía cada cual por sus propias necesidades, y era la vuelta una vuelta de romería, entre bailes, retozos, cantos y relinchidos. Volvían los mozos de la mano, del brazo de las mozas, abrazados a ellas, cantando, brincando, jijeando, retozándose. Era una de esos besos robados, de restregones, de apretujeos. Y los mayores se reían recordando y añorando sus mocedades.

-Mira, hija -dijo a Matilde su madre-; esta cerca el día de Nuestra Señora, prepara tu mejor vestido. Vas a pedirle que te dé apetito.

-¿No será mejor, madre, pedirle salud?



-No, apetito, hija, apetito. Con él te volverá la salud. No conviene pedir demasiado ni aun a la Virgen. Es menester pedir poquito a poquito; hoy una miaja, mañana otra. Ahora apetito, que con él te vendrá la salud, y luego...

-Luego, ¿qué, madre?

Luego un novio más decente y más agradecido que ese bárbaro de José Antonio.

¡No hable mal de él, madre!

-¡Que no hable mal de él! ¿Y me lo dices tú? Dejarte a ti, mi cordera, ¿y por quién? ¿Por esa legañososa de Rita?

-No hable mal de Rita, madre, que no es legañososa. Ahora es más guapa que yo. Si José Antonio no me quería ya, ¿para qué iba a seguir viniendo a hablar conmigo? ¿Por compasión? ¿Por compasión, madre, por compasión? Yo estoy muy mal, lo sé, muy mal. Y a Ritas da gusto de verla, tan colorada, tan fresca...

-¡Calla, hija, calla! ¿Colorada? Sí, como el tomate. ¡Basta, v¡basta-1

Y se fue a llorar la madre

Llegó el día de la fiesta. Matilde se atavió lo mejor que pudo, y hasta se dio, ¡la pobre!, colorete en las mejillas. Y subieron madre e hija a la ermita. A trechos tenía que apoyarse la moza en el brazo de su madre; otras veces se sentaba. Miraba al campo como por despedida, y esto aun sin saberlo.

Todo era en torno alegría y verdor. Reían los hombres y los árboles. Matilde entró a la ermita, y en un rincón, con los huesos de las rodillas clavados en las losas del suelo, apoyados los huesos de los codos en la madera de un banco, anhelante, rezó, rezó, rezó, conteniendo las lágrimas,. Con los labios balbucía una cosa, con el pensamiento otra. Y apenas si veía el rostro resplandeciente de Nuestra Señora, en que se reflejaban las llamas de los cirios

Salieron de la penumbra de la ermita el resplandor luminoso del campo y emprendieron el regreso.

Volvían los mozos, como potros desbocados, saciando apetitos acariciados durante meses. Corrían mozos y mozas, excitando con sus chillidos éstas a aquéllos a que las persiguieran. Todo eran restregones, sobeos y tentarujas bajo la luz del sol.

Y Matilde lo miraba todo tristemente, y más tristemente aún lo miraba su madre, la viuda.

-Yo no podría correr si así me persiguieran -pensaba la pobre moza-, yo no podría provocarles y azuzarles con mis carreras y mis chillidos... Esto se va.

Cruzáronse con José Antonio, que pasaba junto a ellas acompañando al paso a Rita. Los cuatro bajaron los ojos al suelo. Rita palideció y el último arrebol, un arrebol de ocaso encendió las mejillas de Matilde, de donde la brisa había borrado el colorete.

Sentía la pobre en torno de sí el respeto como espesado: un respeto terrible, un respeto trágico, un respeto inhumano y cruelísimo. ¿Qué era aquello? ¿Era compasión? ¿Era aversión? ¿Era miedo? ¡Oh, sí; tal vez miedo, miedo tal vez! Infundía temor; ¡ella, la pobre chiquilla de veintitrés años! Y al pensar en este miedo inconsciente de los otros, en este miedo que inconscientemente también adivinaba en los ojos de los que al pasar la miraban, se le helaba de miedo, de otro más terrible miedo, el corazón.

Así que traspuso el umbral de la solana de su casa, entornó la puerta; se dejó caer en el escaño, reventó en lágrimas y exclamó con la muerte en los labios:

-¡Ay, mi madre; mi madre, cómo estaré! ¡Cómo estaré que ni siquiera me han retozado los mozos!

¡Ni por cumplido, ni por compasión, como otras; como a las feas! ¡Cómo estaré, Virgen santa, cómo estaré! ¡Ni me han retozado..., ni me han retozado los mozos como antaño! ¡Ni por compasión, como a las feas!

¡Cómo estaré, madre, cómo estaré!



-¡Bárbaros, bárbaros y más que bárbaros! -se decía la viuda-. ¡Bárbaros, no retozar a mi hija, no retozarla...! ¿Qué les costaba? Y luego a todas esas legañas... ¡Bárbaros!

Y se indignaba como ante un sacrilegio, que lo era, por ser el retozo en estas santas fiestas un rito sagrado.

-¡Cómo estaré, madre, cómo estaré que ni por compasión me han retozado los mozos!

Se pasó la noche llorando y anhelando y a la mañana siguiente no quiso mirarse en el espejo. Y la

Virgen de la Fresneda, Madre de compasiones, oyendo los ruegos de Matilde, a los tres meses de la fiesta se la llevaba a que la retozasen los ángeles.



## Pío Baroja

### El árbol de la ciencia

#### Sexta parte. Capítulo I

##### Comentario lo pasado

A los poco días de llegar a Madrid, Andrés se encontró con la sorpresa desagradable de que se iba a declarar la guerra a los Estados Unidos. Había alborotos, manifestaciones en las calles, música patriótica a todo pasto.

Andrés no había seguido en los periódicos aquella cuestión de las guerras coloniales; no sabía a punto fijo de qué se trataba. Su único criterio era el de la criada vieja de la Dorotea, que solía cantar a voz en grito mientras lavaba esta canción:

Parece mentira que por unos mulatos  
Estemos pasando tan malitos ratos.  
A Cuba se llevan la flor de la España  
y aquí no se queda más que la morralla.

Todas las opiniones de Andrés estaban condensadas en este cantar de la vieja criada.

Al ver el cariz que tomaba el asunto y la intervención de los Estados Unidos, Andrés quedó asombrado.

En todas partes no se hablaba más que de la posibilidad del éxito o del fracaso. El padre de Hurtado creía en la victoria española, pero en una victoria sin esfuerzo; los yanquis, que eran todos vendedores de tocino, al ver a los primeros soldados españoles, dejarían las armas y echarían a correr. El hermano de Andrés, Pedro, hacía vida de sportman y no le preocupaba la guerra; a Alejandro le pasaba lo mismo; Margarita seguía en Valencia.

Andrés encontró un empleo en una consulta de enfermedades del estómago, sustituyendo a un médico que había ido al extranjero por tres meses.

Por la tarde Andrés iba a la consulta, estaba allí hasta el anochecer, luego marchaba a cenar a casa y por la noche salía en busca de noticias.

Los periódicos no decían más que necedades y bravuconadas; los yanquis no estaban preparados para la guerra; no tenían ni uniformes para los soldados. En el país de las máquinas de coser el hacer unos cuantos uniformes era un conflicto enorme, según se decía en Madrid.

Para colmo de ridiculez, hubo un mensaje de Castelar a los yanquis. Cierto que no tenía las peroporciones bufo-grandilocuentes del manifiesto de Victor Hugo a los alemanes para que respetaran París; pero era bastante para que los españoles de buen sentido pudieran sentir toda la vacuidad de los grandes hombres.

Andrés siguió los preparativos de la guerra con una emoción intensa.

Los periódicos traían unos cálculos completamente falsos. Andrés llegó a creer que había alguna razón para los optimismos.





Días antes de la derrota encontró a Iturriz en la calle.

-¿Qué le parece a usted todo esto? -le pregunto.

-Estamos perdidos.

¿Pero si dicen que estamos preparados?

Sí, preparados para la derrota. Sólo a ese chino, que nosotros consideramos como el colmo de la candidez, se le pueden decir las cosas que nos están diciendo los periódicos.

-Hombre, yo no veo eso.

-Pues no hay más que tener ojos en la cara y comparar la fuerza de las escuadras. Tú fíjate; nosotros tenemos en Santiago de Cuba seis barcos viejos, malos y de poca velocidad; ellos tienen veintiuno, casi todos nuevos, bien acorazados y de mayor velocidad. Los seis nuestros, en conjunto, desplazan aproximadamente, veintiocho mil toneladas; los seis primeros suyos sesenta mil. Con dos de sus barcos pueden echar a pique toda nuestra escuadra; con veintiuno no van a tener sitio a donde apuntar.

-¿De manera que usted cree que vamos a la derrota?

-No a la derrota, a una cacería. Si alguno de nuestros barcos puede salvarse será una gran cosa.

Andrés pensó que Iturriz podía engañarse: pero pronto los acontecimiento le dieron la razón. El desastre había sido como decía él: una cacería, una cosa ridícula.

A Andrés le indignó la indiferencia de la gente al saber la noticia. Al menos él había creído que el español, inepto para la ciencia y para la civilización, era un patriota exaltado y se encontraba que no: después del desastre de las dos pequeñas escuadras españolas en Cuba y en Filipinas, todo el mundo iba al teatro y a los toros tan tranquilo: aquellas manifestaciones y gritos habían sido espuma, humo de pajas, nada.

(...)



**Ramón Pérez de Ayala**

**Belarmino y Apolonio**

## **CAPÍTULO II.**

### **RÚA RUERA, VISTA DESDE DOS LADOS.**

(El lector impaciente de acontecimientos recorra con mirada ligera este capítulo que no es sino el escenario donde se va a desarrollar la acción.)

De la zona profunda, negra y dormida de la memoria, laguna Estigia de nuestra alma, en donde se han ido sumiendo los afectos y las imágenes de antaño, se levantan, de raro en raro, inesperadamente, viejas voces y viejos rostros familiares, a manera de espectros sin corporeidad. Así como en la noche los lóbregos e inmóviles pantanos respiran niebla blanca y fantasmal, así nuestra interior laguna Estigia deja en libertad sus vaporosos espectros a las horas en que la tiniebla del sueño satura nuestro espíritu. Pero, en ocasiones, las criaturas incorpóreas del más allá de la memoria se alzan a la luz del día.

Ahora mismo me apercibía yo a describir la Rúa Ruera, de la muy ilustre y veterana ciudad de Pilares, en donde vivía Belarmino Pinto, llamado también monxú Codorniú, zapatero y filósofo bilateral, cuando, al pronto, en el umbral u orilla de mi conciencia, se yergue el espectro de don Amaranto de Fraile, enarbolando un tenedor de peltre, que a mí se me ha figurado tridente de Caronte, ese Neptuno del mar de la eternidad. Como Bruto a la silueta de César en la tragedia shakespeariana, digo a la sombra incorpórea del excelente don Amaranto:

—¡Speak! ¡Speak!

Y la sombra rompe a hablar, con la propia gracia y penetración que hace tantos años me deleitaban:

—¿Vas a describir la Rúa Ruera? ¿Vas a describirla, o vas a pintarla?—Advierto dos novedades. Primera, que don Amaranto ahora me trata de tú. Segunda, que la voz se le ha ahilado y suena como la de un eunuco. Prosigue la voz:—Los cíclopes veían el mundo superficialmente, porque sólo tenían un ojo. Los cíclopes, por ver el mundo superficialmente, quisieron asaltar el Olimpo; pero los dioses los precipitaron en el hondo Tártaro.—Don Amaranto siempre con sus mitologías.—El novelista es como un pequeño cíclope, esto es, como un cíclope que no es cíclope. Sólo tiene de cíclope la visión superficial y el empeño sacrílego de ocupar la mansión de los dioses, pues a nada menos aspira el novelista que a crear un breve universo, que no otra cosa pretende ser la novela. El hombre, con ser más mezquino, aventaja al cíclope, a causa de poseer dos ojos con que ve en profundidad el mundo sensible. Ahora bien: describir es como ver con un ojo, paseándolo por la superficie de un plano, porque las imágenes son sucesivas en el tiempo, y no se funden, ni superponen, ni, por lo tanto, adquieren profundidad. En cambio, la visión propia del hombre, que es la visión diafenomenal, como quiera que, por enfocar el objeto con cada ojo desde un lado, lo penetra en ángulo y recibe dos imágenes laterales que se confunden en una imagen central, es una visión en profundidad. El novelista, en cuanto hombre, ve las cosas estereoscópicamente, en profundidad; pero, en cuanto artista, está desprovisto de medios con que reproducir su visión. No puede pintar: únicamente puede describir, enumerar. La misión de ver con mayor profundidad, delicadeza y emoción y enseñar a los otros a ver de la propia suerte, le toca al pintor. La maldición



originaria del novelista cífrase en que necesariamente se ha de extender sobre sinnúmero de objetos. El pintor, por el contrario, escoge un solo objeto, o, si toma varios, los agrupa en reducido espacio, los concentra y sensibiliza. El pintor, a la inversa del novelista, no se deja dominar por la vastedad del objeto, sino que lo domina. Que sea el objeto vértice del ángulo de visión del pintor, y no el pintor vértice del ángulo de contemplación del panorama, como lo es el novelista. El pintor que pinta cuadros de más de dos metros cuadrados, es inexorablemente un pintor superficial. La cuestión, para el pintor de grandes dimensiones, es de concepto; de que se dé cuenta que debe ser artísticamente superficial, o de que sea superficial e inartístico sin darse cuenta. Los famosos pintores de frescos, así antiguos como modernos, dándose cuenta de esto, pintaron por largos planos, con tintas monótonas, esquivando la sensación obvia de volumen y profundidad; fueron deliberadamente superficiales.

Yo interrumpo a la sombra locuaz, de voz de eunuco:

—En la iglesia vecina ha sonado el Ángelus meridiano. En una hora interrumpiré mi trabajo. Si te escuchase, jamás haría otra cosa que dejarme arrastrar en el curso ocioso de la deleitación discursiva. Dime, en resolución, cómo he de describir la Rúa Ruera, y que te plazca la descripción.

—No describiéndola. Busca la visión diafenomenal. Inhíbete en tu persona de novelista. Haz que otras dos personas la vean al propio tiempo, desde ángulos laterales contrapuestos. Recuerda si en alguna ocasión te aconteció ser testigo presencial de cómo ese mismo objeto, la Rúa Ruera, suscitó duplicidad de imágenes e impresiones en dos observadores de genio contradictorio; y tú ahora amalgama aquellas imágenes e impresiones.

—¡Recuerdo, recuerdo...!—exclamo; pero ya la sombra del excelente don Amaranto se ha desvanecido, al hombro el tenedor de peltre, emblema del ascetismo de las casas de huéspedes.

—Sí; recuerdo que...

En rigor, ¿qué importa describir o pintar? ¿Qué importa obtener una visión de dos o de tres dimensiones? Lo importante es comunicarse, manifestarse, darse a entender, siquiera sea por alusiones remotas, gestos mudos y palabras volanderas. Mas, porque no me importune nuevamente la silueta magistral e imperiosa del admirable don Amaranto, me doblegaré esta vez a seguir su pauta.

Recuerdo que, viviendo yo en la ilustre y veterana Pilares, vinieron a visitar la urbe mis amigos madrileños Juan Lirio, pintor, y Pedro Lario, que no sé lo que era; él decía que espenceriano. Les acompañé como guía. Al llegar a la acrópolis, o parte alta de la ciudad, cuya calle más antigua y señalada es la Rúa Ruera, Lirio dijo, haciendo descompuestos ademanes de entusiasmo:

—¡Qué calle más hermosa!

—¡Qué calle tan horrible!—corrigió Lario, frunciendo un gesto desabrido. Añadió:—¡Qué calle tan absurda!

—Por eso es hermosa.

—¿Lo absurdo es lo hermoso?... ¿Qué diría de esa opinión un griego, para quien la belleza era el resultado más meticuloso y fino de la lógica? El mundo es hermoso, pulcro, porque es lógico.

—En cuanto a la belleza de los griegos, te respondo que a la nariz, en mármol de Paros, de una estatua, prefiero la nariz respingadilla y de aletas palpitantes de esa chatunga que sube por la calle. Y en cuanto a la belleza lógica del mundo, te respondo que me atraen más las obras del hombre que las de la Naturaleza. Me gusta más una góndola que un tiburón, y si me apuras, admiro más un cacharro de Talavera que el Himalaya. En la Naturaleza, transijo mejor con lo caprichoso y absurdo, o que tal parece. Una jirafa me divierte más que el terreno terciario.

—Has caído en contradicción. Prefieres la chata a la estatua; y la chata es una obra de la Naturaleza. Prefieres la góndola al tiburón, porque la góndola es obra del hombre.

—Sobre las obras de la Naturaleza pongo las del hombre, y sobre las del hombre, la vida misma, y con preferencia la fuente de la vida: la mujer. Pero concedo que me contradigo con frecuencia. ¿Y



qué? Así me siento vivir. Si no me contradijese y obedeciese a pura lógica, sería un fenómeno de naturaleza y no me sentiría vivir. Las obras del hombre, y más todavía las de arte, son estimables en la medida que se las siente animadas de esa necesidad de contradicción, que es la vida. Esta calle es hermosa y tiene vida, porque es contradictoria. Déjame que tome un apunte de ella; no me voy sin pintarla. La única nota molesta y detonante es aquella casa nueva y afrancesada.

—Te has mostrado al desnudo. Los pintores y los filólogos y eruditos sois bestias de la misma especie, y me irritáis tanto los unos como los otros. Unos y otros os alimentáis de vejeces. Os fascina lo caduco, lo carcomido, lo apolillado. Entre un mamotreto momia y un gustoso tratado de sociología, recién salido del horno, el filólogo y el erudito eligen el primero. Entre un mancebo apolíneo y un vejete horrendo, de verrugosa nariz, el pintor elige el segundo y disputa de buena fe que es más hermoso pictóricamente.

¡Qué aberración! Pero hay algo que me exaspera aún más. Y es que el erudito se figura que los libros no cumplen una misión social de amenización y perfeccionamiento del espíritu, sino que existen sólo para que él tome notas. Y el pintor se figura que las cosas y los seres carecen de finalidad propia y utilidad colectiva, y que existen nada más para que él tome apuntes.—A todo esto, Lirio se ocupaba en dibujar la Rúa Ruera.

Como no le atajaban, Lario prosiguió:—He aquí esta calle absurda y odiosa. ¿Por qué se le ha de denominar calle? Cada casa es el producto impulsivo del arbitrio de cada habitante. No hay dos iguales. No se echa de ver norma ni simetría. Todo son líneas quebradas, colorines desvaídos y roña, que tú quizá llames pátina. Está, además, en una pendiente de 45°, losada de musgosas lápidas de granito. Por ella no pueden subir carruajes, ni caballerías, ni cardíacos. Soledad, soledad. El sol no penetra por esta angostura, que parece un intestino aquejado de estreñimiento. Ahora tañen las campanas de la catedral y nos atruenan. Probablemente están tañendo a todas horas, desde esa mole hinchada, de alargado cuello, que gravita sobre las prietas casucas, como una avestruz clueca que empollase una nidada de escarabajos. ¿Y esto es una calle, una calle hermosa? Una calle es una arteria de una ciudad, por donde deben circular la salud y la vida. Ahora bien: la idea, el concepto de ciudad aparece cuando el hombre comprende que por encima del capricho impulsivo de su arbitrio personal están la utilidad y el decoro colectivos, el propósito común de prosperidad, cultura y deleite, en los cuales participan por obligación y derecho cuantos en la ciudad conviven. Antes de llegar a este punto, el hombre arraiga en aldehuelas salvajes o posa en aduares nómadas. Mas ya que el individuo se aplica a realizar el concepto de ciudad, es decir, de un esquema, una estructura, con propósitos ideales, de la cual él no es sino subordinada partícula, surge la ciudad helénica, arquetipo de urbes, surgen la norma, el canon, la simetría, las calles soleadas, regulares y homogéneas, las viviendas civiles de hospitalario pórtico e inviolable hogar, los jardines, el mercado, el ágora, el templo armonioso, que no esa catedral bárbara y campanuda.

—El bárbaro eres tú—interrumpió Lirio, mirando con ojos desdeñosos a Lario—.¿De suerte que, para ti, una ciudad hermosa, una ciudad civilizada, una ciudad lógica, es una ciudad regular y homogénea?

—Claro está.

—Si el hombre no pudiera dar de sí más que eso, la ciudad homogénea, entonces holgaba que las especies hubieran evolucionado y ascendido hasta fructificar en el género humano. Las abejas y los castores construyen ciudades homogéneas.

—La ciudad de las abejas es la república ideal. Ya te he dicho que el mundo es hermoso, es pulcro, porque es lógico; eso quiere decir la voz mundo, mundus, si no me equivoco. Todo en el universo está sujeto a maravillosa ordenación. Lo inorgánico se rige por leyes serenas, no contingentes. Lo orgánico y zoológico, hasta el hombre, se atiende al instinto, que procede siempre en derechura y sin dubitaciones. En cambio, el símbolo del hombre fué el jumento de Buridán, que poseía una vislumbre o premonición de inteligencia discursiva, y por esto mismo murió de



inanición entre dos montones de heno, dudando por cuál decidirse. Antes de que las especies evolucionen y produzcan, el género humano, antes del orto del hombre con su conciencia, la Naturaleza se desarrolla en un sentido ideológico de coordinación y finalidad. Seres y cosas ensamblan por algún modo sutil. La jirafa, ese animal que te agrada, por absurdo, no es nada absurdo; tiene el cuello largo, para poder alcanzar los dátiles de las altas palmeras. El tigre tiene chorreada la piel para poder disimularse entre los cañaverales.

—Y las palmeras son altas—cortó Lirio—, porque la jirafa tiene el cuello largo. Los cañaverales existen para que el tigre, confundiéndose con el medio, adquiera una piel bonita. Esa calle existe para que yo la pinte, porque la juzgo preciosa y porque me da la gana.

—Prosigo sin hacer caso de tus chocarrerías. El advenimiento del hombre, con su inteligencia precaria, en medio de la Naturaleza, trae aparejados el desorden, la discordia, las dudas y confusiones, en cuanto a la finalidad. ¿Qué otra cosa es la inteligencia normal humana sin tentación al desorden y torpeza de coordinación? Apenas levanta la cabeza, el hombre trastrueca todo el bien concertado sistema de finalidades con que el universo se sustenta en equilibrio, y él mismo se erige centro del universo y foco de todas las finalidades. La finalidad de todas las cosas reside en el hombre, dice el hombre. Pero, y el hombre, ¿qué finalidad tiene? Comienza la era de lo absurdo. La lógica humana, en su origen, es rudimentaria e ilógica, porque procede por tanteos y no en derecha ni con seguridad. Débese ello a que durante esta etapa el hombre anda buscando finalidades absolutas, en lugar de coordinaciones experimentales y finalidades relativas; y todo porque tiene miedo a la muerte, pusilanimidad desconocida en la Naturaleza hasta el nacimiento de la conciencia humana. Cuando el hombre, por fin, se limpia de niebla metafísica y se libra de superstición (que esta palabra viene de *superesse* y *superstare*, sobre ser, sobre estar, sobrevivir, o seguir viviendo, y expresa el desdén irónico que sentían los antiguos hacia los cristianos, que creían en la inmortalidad), renuncia a escudriñar finalidades absolutas, confórmase con finalidades concretas, naturales, biológicas, se perfecciona, se somete a la lógica cósmica, supera el absurdo, obra con rectitud, simplicidad y eficacia, como un mecanismo perfecto; vuelve a la Naturaleza.

Lirio va a interrumpir. Lirio le contiene alargando la mano.

—Aguarda. Concluyo en seguida. ¿Qué es una ciudad, y dentro de una ciudad, una calle? Una finalidad concreta; un lugar donde vivir de asiento, con agrado y comodidad. El hombre ya manumitido de supersticiones y que acepta con buena gracia los postulados biológicos, trazará una vía ancha, en lugar llano, y edificará viviendas holgadas, aireadas, luminosas, higiénicas, conforme a un patrón fijo y que mejor provea en las necesidades domésticas. El conjunto será una calle lógica, decorosa, bella. Contempla ahora ese callejón incongruente, hacinamiento de zahurdas, que no viviendas, vergonzoso vestigio de tiempos ignorantes y supersticiosos. Quienes levantaron esas casas no pensaban vivir en ellas de asiento, sino de paso, de tránsito, mientras ganaban el cielo. No les preocupaba el estar, sino el superestar, el sobrevivir en el otro mundo. No les importaba la humedad, el mal olor, la falta de aire, luz y agua, sino la salvación eterna. Todas las casucas se apretujan y amontonan por ponerse en contacto con el torso de la catedral, o, cuando menos, por situarse a la sombra de su torre. Sólo hay una casa decente: esa de tres pisos, blanca y aseada, con miradores de hierro; ésa, en cuyo piso terrizo hay una confitería, con su grande y llamativo rótulo, que dice: «L'Ambrosie des dieux; le plaisir des dames. Confiserie et pâtisserie de René Colignon.»

—¿Has concluído?

—He concluído.

—Pues voy a responderte, sin lógica, porque me revienta la lógica. La casa esa blanca, yo la derruí, y a René Colignon lo ahorcaba de lo más empinado de la torre de la catedral. Dices que el hombre es hombre superior cuando se convierte en un mecanismo perfecto; vaya, cuando deja de ser hombre. Pues yo no quiero ser hombre superior. No quiero emanciparme de supersticiones. Quiero sentirme vivir; y no me siento vivir sino porque sé que puedo morir. Amo la vida, porque



temo la muerte. Amo el Arte, porque es la expresión más íntima y completa de la vida. Pongo el Arte sobre la Naturaleza, porque la Naturaleza, no sabiendo que de continuo se está muriendo, es una realidad inexpresiva y muerta. El árbol amarillo de otoño ignora que se muere; yo soy quien lo sabe, cuando en un cuadro perpetuo su agonía. El Arte vivifica las cosas, las exime de su coordinación concreta y de su finalidad utilitaria: las hace absolutas, únicas y absurdas; las satura de esa contradicción radical que es la vida, puesto que la vida es al propio tiempo negación y afirmación de la muerte. Sólo las cosas vivas son hermosas. Esa calle es hermosa, porque vive; es lo contrario de esas calles inanimadas e inexpresivas que pregonan. Tú mismo has dicho que las casas se amontonan, se empujan; buscan el abrigo de la catedral. Sí; parece que las casas están dotadas de volición y de movimiento. Cada una tiene su personalidad, su alma, su fisonomía, su gesto, su biografía. Una medita; otra sueña; otra ríe; otra bosteza. Aquella casona de sillares de granito, angostos y escasos huecos de románico diseño, gran portón de arco apuntado y escudos junto al alero, es un señorón feudal que se atreve a mirar a la Iglesia casi par a par y se mantiene apartado de ella. Aquella otra casa solariega, de entrada barroca y escudo blanquinoso, labrado no ha mucho, es un noble de ayer, y muy afecto a la Iglesia, puesto que salen del portal dos dominicos de abundantes libras. Luego vienen los burgueses, el estado llano, la plebe. En aquella casuca amarilla, de entrada abismática, como el orificio de una boca desdentada, galería de vidrios como antiparras, y tejado redondo, negruzco y a trechos desguarnecido, como gorro mugriento, vive, sin duda, un prestamista. Aquella casita cenceña y larguirucha, con ventanas pobladas de macetas y pájaros, ¿qué ha de ser sino la morada de una doncella talluda? Que un zapatero se asila en aquel bajo, lo proclaman las dos disformes botas de montar que cuelgan de sendas palomillas; y que el zapatero es persona de fantasía, se desprende con evidencia del rótulo: «El Nenrod boscoso y equitativo. Zapatería bilateral de Belarmino Pinto.» ¿A qué seguir? Ya he concluído mi dibujo. ¿Qué opinas, Lario?

Lario examina el dibujo, y exclama, despojándose del sombrero, meneando la cabeza y rascándose el colodrillo:

—La calle no puede ser más fea. El dibujo no puede ser más hermoso. Puesto que ya la has perpetuado, ahora debían arrasar la Rúa Ruera.





## Camilo José Cela

### La familia de Pascual Duarte

#### IV

Usted sabrá disculpar el poco orden que llevo en el relato, que por eso de seguir por la persona y no por el tiempo me hace andar saltando del principio al fin y del fin a los principios como langosta vareada, pero resulta que de manera alguna, que ésta no sea, podría llevarlo, ya que lo suelto como me sale y a las mientes me viene, sin pararme a construirlo como una novela, ya que, a más de que probablemente no me saldría, siempre estarla a pique del peligro que me daría el empezar a hablar y a hablar para quedarme de pronto tan ahogado y tan parado que no supiera por dónde salir.

Los años pasaban sobre nosotros como sobre todo el mundo, la vida en mi casa discurría por las mismas sendas de siempre, y si no he de querer inventar, pocas noticias que usted no se figure puedo darle de entonces.

A los quince años de haber nacido la niña, y cuando por lo muy chupada que mi madre andaba y por el tiempo pasado cualquier cosa podía pensarse menos que nos había de dar un nuevo hermano, quedó la vieja con el vientre lleno, vaya usted a saber de quién, porque sospecho que, ya por la época, liada había de andar con el señor Rafael, de forma que no hubo más que esperar los días de ley para acabar recibiendo a uno más en la familia. El nacer del pobre Mario -que así hubimos de llamar al nuevo hermano- más tuvo de accidentado y de molesto que de otra cosa, porque, para colmo y por si fuera poca la escandalera de mi madre al parir, fue todo a coincidir con la muerte de mi padre, que si no hubiera sido tan trágica, a buen seguro movería a risa así pensada en frío. Dos días hacía que a mi padre lo teníamos encerrado en la alacena cuando Mario vino al mundo; le había mordido un perro rabioso, y aunque al principio parecía que libraba de rabiar, más tarde hubieron de acometerle unos tembleques que nos pusieron a todos sobre aviso.

La señora Engracia nos enteró de que la mirada iba a hacer abortar a mi madre y, como el pobre no tenla arreglo, nos industriamos para encerrarlo con la ayuda de algunos vecinos y de tantas precauciones como pudimos, porque tiraba unos mordiscos que a más de uno hubiera arrancado un brazo de habérselo cogido; todavía me acuerdo con pena y con temor de aquellas horas... ¡Dios, y qué fuerza hubimos de hacer todos para reducirlo! Pateaba como un león, juraba que nos había de matar a todos, y tal fuego había en su mirar, que por seguro lo tengo que lo hubiera hecho si Dios lo hubiera permitido. Dos días hacía, digo, que encerrado lo tentamos, y tales voces daba y tales patadas arreaba sobre la puerta, que hubimos de apuntalar con unos maderos, que no me extraña que Mario, animado también por los gritos de la madre, viniera al mundo asustado y como lelo; mi padre acabó por callarse a la noche siguiente -que era la del día de Reyes-, y cuando fuimos a sacarlo pensando que había muerto, allí nos lo encontramos, arrimado contra el suelo y con un miedo en la cara que mismo parecía haber entrado en los infiernos. A mí me asustó un tanto que mi madre en vez de llorar, como esperaba, se riese, y no tuve más remedio que ahogar las lágrimas que quisieron asomarme cuando vi el cadáver, que tenía los ojos abiertos y llenos de sangre y la boca entreabierta con la lengua morada medio fuera. Cuando tocó a enterrarlo, don Manuel, el cura, me echó un sermoncete en cuanto me vio. Yo no me acuerdo mucho de lo que me dijo; me habló de la otra vida, del cielo y del infierno, de la Virgen María, de la memoria de mi padre, y cuando a mí se me ocurrió decir que en lo tocante al recuerdo de mi padre lo mejor sería ni recordarlo, don Manuel,



pasándome una mano por la cabeza me dijo que la muerte llevaba a los hombres de un reino para otro y que era muy celosa de que odiásemos lo que ella se había llevado para que Dios lo juzgase. Bueno, no me lo dijo así; me lo dijo con unas palabras muy justas y cabales, pero lo que me quiso decir no andaría, sobre poco más o menos, muy alejado de lo que dejó escrito. Desde aquel día siempre que vela a don Manuel lo saludaba y le besaba la mano, pero cuando me casé hubo de decirme mi mujer que parecía marica haciendo tales cosas y, claro es, ya no pude saludarlo más; después me enteré que don Manuel había dicho de mí que era talmente como una rosa en un estercolero y bien sabe Dios qué ganas me entraron de ahogarlo en aquel momento; después se me fue pasando y, como soy de natural violento, pero pronto, acabé por olvidarlo, porque además, y pensándolo bien, nunca estuve muy seguro de haber entendido a derechas; a lo mejor don Manuel no había dicho nada -ala gente no hay que creerla todo lo que cuenta- y aunque lo hubiera dicho... ¡Quién sabe lo que hubiera querido decir! ¡Quién sabe si no había querido decir lo que yo entendí! Si Mario hubiera tenido sentido cuando dejó este valle de lágrimas, a buen seguro que no se hubiera marchado muy satisfecho de él. Poco vivió entre nosotros; parecía que hubiera olido el parentesco que le esperaba y hubiera preferido sacrificarlo a la compañía de los inocentes en el limbo. ¡Bien sabe Dios que acertó con el camino, y cuántos fueron los sufrimientos que se ahorró al ahorrarse años! Cuando nos abandonó no había cumplido todavía los diez años, que si pocos fueron para lo demasiado que había de sufrir, suficientes debieran de haber sido para llegar a hablar y a andar, cosas ambas que no llegó a conocer; el pobre no pasó de arrastrarse por el suelo como si fuese una culebra y de hacer unos ruiditos con la garganta y con la nariz como si fuese una rata: fue lo único que aprendió. En los primeros años de su vida ya a todos nosotros nos fue dado el conocer que el infeliz, que tonto había nacido, tonto había de morir; tardó año y medio en echar el primer hueso de la boca y cuando lo hizo, tan fuera de su sitio le fue a nacer, que la señora Engracia, que tantas veces fuera nuestra providencia, hubo de tirárselo con un cordel para ver de que no se clavara en la lengua. Hacia los mismos días, y vaya usted a saber si como resultas de la mucha sangre que tragó por lo del diente, la salió un sarampión o sarpullido por el trasero (con perdón) que llegó a ponerle las nalguitas como desolladas y en la carne viva por habérsele mezclado la orina con la pus de las bubas; cuando hubo que curarle lo dolido con vinagre y con sal, la criatura tales lloros se dejaba arrancar que hasta al más duro de corazón hubiera enternecido. Pasó algún tiempo que otro de cierto sosiego, jugando con una botella, que era lo que más le llamaba la atención, o echadito al sol, para que reviviese, en el corral o en la puerta de la calle, y así fue tirando el inocente, unas veces mejor y otras peor, pero ya más tranquilo, hasta que un día -teniendo la criatura cuatro años- la suerte se volvió tan de su contra que, sin haberlo buscado ni deseado, sin a nadie haber molestado y sin haber tentado a Dios, un guarro (con perdón) le comió la s dosorejas. Don Raimundo, el boticario, le puso unos polvos amarillitos, de seroformo, y tanta dolor daba el verlo amarillado y sin orejas que todas las vecinas, por llevarle consuelo, le llevaban, las más, un tejeringo los domingos; otras, unas almendras; otras, unas aceitunas en aceite o un poco de chorizo... ¡Pobre Mario, y cómo agradecía, con sus ojos negrillos; los consuelos! Si mal había estado hasta entonces, mucho más mal le aguardaba después de lo del guarro (con perdón); pasábase los días y las noches llorando y aullando como un abandonado, y como la poca paciencia de la madre la agotó cuando más falta le hacía, se pasaba los meses tirado por los suelos, comiendo lo que le echaban, y tan sucio que aun a mí que, ¿para qué mentir?, nunca me lavé demasiado, llegaba a darme repugnancia. Cuando un guarro (con perdón) se le ponía a la vista, cosa que en la provincia pasaba tantas veces al día como no se quisiese, le entraban al hermano unos corajes que se ponía como loco: gritaba con más fuerzas aún que la costumbre, se atosigaba por esconderse detrás de algo, y en la cara y en los ojos un temor se le acusaba que dudo que no lograra parar al mismo Lucifer que a la Tierra subiese.

Me acuerdo que un día -era un domingo-en una de esas temblequeras tanto espanto llevaba y tanta rabia dentro, que en su huida le dio por atacar -Dios sabría por qué- al señor Rafael que en





casa estaba porque, desde la muerte de mi padre, por ella entraba y salía como por terreno conquistado; no se le ocurriera peor cosa al pobre que morderle en una pierna al viejo, y nunca lo hubiera hecho, porque éste con la otra pierna le arreó tal patada en una de las cicatrices que lo dejó como muerto y sin sentido, manándole una agüilla que me dio por pensar que agotara la sangre. El vejete se reía como si hubiera hecho una hazaña y tal odio le tomé desde aquel día que, por mi gloria le juro, que de no habérselo llevado Dios de mis alcances, me lo hubiera endiñado en cuanto hubiera tenido ocasión para ello.

La criatura se quedó tirada todo lo larga que era, y mi madre -le aseguro que me asusté en aquel momento que la vi tan ruin- no lo cogía y se reía haciéndole el coro al, señor Rafael; a mí, bien lo sabe Dios, no me faltaron voluntades para levantarlo, pero preferí no hacerlo... ¡Si el señor Rafael, en el momento, me hubiera llamado blando, por Dios que lo machaco delante de mí madre!

Me marché hasta las casas por tratar de olvidar; en el camino me encontré a mi' hermana -que por entonces andaba por el pueblo-, le conté lo que pasó y tal odio hube de ver en sus ojos que me dio por cavilar en que había de ser mal enemigo; me acordé, no sé por qué sería, del Estirao, y me reía de pensar que alguna vez mi hermana pudiera ponerle aquellos ojos.

Cuando volvimos hasta la casa, pasadas dos horas largas del suceso, el señor Rafael se despedía; Mario seguía tirado en el mismo sitio donde lo dejé, gimiendo por lo bajo, con la boca en la tierra y con la cicatriz más morada y miserable que cómico en cuaresma; mi hermana, que creí que iba a armar el zafarrancho, lo levantó del suelo por ponerlo recostado en la artesa. Aquel día me pareció más hermosa que nunca, con su traje de color azul como el del cielo, y sus aires de madre montaraz ella, que ni lo fuer a, ni lohabía de ser...

Cuando el señor Rafael acabó por marcharse, mi madre recogió a Mario, lo acunó en el regazo y le estuvo lamiendo la herida toda la noche, como una perra parida a los cachorros; el chiquillo se dejaba querer y sonreía... Se quedó dormidito y en sus labios quedaba aún la señal de que había sonreído. Fue aquella noche, seguramente, la única vez en su vida que le vi sonreír...



## Rafael Sánchez Ferlosio

### ElJarama

"DESCRIBIRÉ brevemente y por su orden estos ríos, empezando por Jarama: sus primeras fuentes se encuentran en el gneis de la vertiente Sur de Somosierra, entre el Cerro de la Cebollera y el de Excomuni3n. Corre tocando la Provincia de Madrid, por La Hiruela y por los molinos de Montejo de la Sierra y de Pradeña del Rinc3n. Entra luego en Guadalajara, atravesando pizarras silurianas, hasta el Convento que fue de Bonaval. Penetra por grandes estrechuras en la faja caliza del cretáceo — prolongaci3n de la del Pont3n de la Oliva, que se dirige por Tamaj3n a Congostrina hacia Sigüenza. Se une al Lozoya un poco m3s abajo del Pont3n de la Oliva. Tuerce despu3s al Sur y hace la vega de Torrelaguna, dejando Uceda a la izquierda, ochenta metros m3s alta, donde hay un puente de madera. Desde su uni3n con el Lozoya sirve de l3mite a las dos provincias. Se interna en la de Madrid, pocos kil3metros arriba del Espartal, ya en la faja de arenas diluviales del tiempo cuaternario, y sus aguas divagan por un cauce indeciso, sin dejar provecho a la agricultura. En Talamanca, tan s3lo, se pudo hacer con ellas una acequia muy corta, para dar movimiento a un molino de dos piedras. Tiene un puente en el mismo Talamanca, hoy ya in3til, porque el r3o lo rehus3 hace largos a3os y se abri3 otro camino. De Talamanca a Paracuellos se pasa el r3o por diferentes barcas, hasta el Puente Viveros, por donde cruza la carretera de Arag3n-Catalu3a, en el kil3metro dieciseis desde Madrid...»

— ¿Me dejas que descorra la cortina?

Siempre estaba sentado de la misma manera: su espalda contra lo oscuro de la pared del fondo; su cara contra la puerta, hacia la luz. El mostrador corr3a a su izquierda, paralelo a su mirada. Colocaba la silla de lado, de modo que el respaldo de 3sta le sostribase el brazo derecho, mientras pon3a el izquierdo sobre el mostrador. As3 que se encajaba como en una hornacina, parapetando su cuerpo por tres lados; y por el cuarto quer3a tener luz. Por el frente quer3a tener abierto el camino de la cara y no soportaba que la cortina le cortase la vista hacia afuera de la puerta.

— ¿Me dejas que descorra la cortina?

El ventero asent3a con la cabeza. Era un lienzo pesado, de tela de costales.

Pronto le conocieron la man3a y en cuanto se hubo sentado una ma3ana, como siempre, en su rinc3n, fue el mismo ventero quien apart3 la cortina, sin que 3l se lo hubiese pedido. Lo hizo ceremonioso, con un gesto alusivo, y el otro se ofendi3:

— Si te molesta que abra la cortina, pod3as haberlo dicho, y me largo a beber en otra parte. Pero ese retint3n que te manejas, no es manera de decirme las cosas.

— Pero hombre, Lucio, ¿ni una broma tan chica se te puede gastar? No me molesta, hombre; no es m3s que por las moscas, ahora en el verano; pero me da lo mismo, si est3s a gusto as3. S3lo que me hace gracia el capricho que tienes con mirar para afuera. ¿No est3s harto de verlo? Siempre ese mismo 3rbol y ese cacho camino y esa tapia.

— No es cuesti3n de lo que se vea o se deje de ver. Yo no s3 ni siquiera si lo veo; pero me gusta que est3 abierto, capricho o lo que sea. De la otra forma es un agobio, que no sabes qu3 hacer con los ojos, ni d3nde colocarlos. Y adem3s, me gusta ver qui3n pasa.

— Ver qui3n no pasa, me querr3s decir.



Callaban. El ventero tenía los antebrazos peludos contra el mostrador, y todo el peso del torso sobre ellos. Una tira dé sol se recostaba en el cemento del piso. Cuando el pito del tren llegó hasta sus oídos, habló el ventero:

— Las nueve menos cuarto.

Ambos cambiaron imperceptiblemente de postura. Vino de dentro una voz de mujer:

— ¡A ver si le dices a ése, cuando venga, que se quede esta tarde, para servir en el jardín; que Justina no puede. Viene el novio a las cuatro a buscarla!

El ventero respondió hacia el pasillo de donde había venido la voz:

— Ése también podía escoger un día entre semana, para salir con ella. Ya lo sabe que los domingos Justina me hace falta aquí.

Entró la mujer, con la cabeza ladeada, y peleando con el peine contra un nudo de su pelo grisáceo, dijo:

— La niña no tiene por qué estarse aquí sacrificada todos los domingos; también tiene derecho de ir al cine.

— Nadie la quita de que vaya al cine. Yo sólo digo que se les ocurra otro día.

— ¿Y cómo quieres que le dé al otro tiempo, en día de diario, venir desde Madrid y volverse con ella, si sale a las siete y media de trabajar, o más tarde?

— Pues bueno, mujer, no he dicho nada. Que hagan lo que quieran.

La mujer ya se había desenredado el pelo y ahora, más libre, se dirigió a su marido en otro tono:

— Y además, se la lleva los domingos, precisamente porque no le gusta que la chica despache en el jardín y tenga que aguantar las miradas y groserías de los clientes. Y en eso le doy toda la razón.

— Ah, ¿conque no le gusta? ¿Y quién es él para decir lo que ha de hacer mi hija y lo que no? Buenos estamos. Ahora me va a enseñar a mí cómo la tengo que educar.

— ¡Falta te hacía! Eso es. Que entendieras lo que es una muchacha, para que no la tuvieras por ahí, de mesa en mesa, como un mozo de taberna. Falta te hacía enterarte de una vez que una chica es asunto delicado — discutía con su marido a través del mostrador y le agitaba el gran peine negro delante de la cara

— Parece hasta mentira, Mauricio, que abuses de esa manera con tu hija. Me alegro que se la lleve; en eso le alabo el gusto, ya ves tú.

— Vamos, que ahora ése nos va a meter a todos a señores. Lucio miraba a uno y a otro alternativamente.

— Ni señores ni nada. La chica sale hoy, se ha concluido.

Se metió para adentro a terminarse de peinar. Mauricio miró al otro y se encogió de hombros. Luego miraban hacia la puerta. Dijo Mauricio, suspirando:

— Aquí cada día nos inventamos algo nuevo.

Callaron. Aquel rectángulo de sol se había ensanchado levemente ; daba el reflejo contra el techo.

Zumbaban moscas en la ráfaga de polvo y de luz. Lucio cambiaba de postura, dijo:

— Hoy vendrá gente al río.

— Sí, más que el domingo pasado, si cabe. Con el calor que ha hecho esta semana...

— Hoy tiene que venir mucha gente, lo digo yo.

— Es en el campo, y no se para de calor, conque ¿qué no será en la Capital?

— De bote en bote se va a poner el río.

— Tienen que haber tenido lo menos treinta y treinta y cinco a la sombra, ayer y antes de ayer.

— Sí, hoy vendrán; hoy tiene que venir la mar de gente, a bañarse en el río.

Los almanques enseñaban sus estridentes colores. El reverbero que venía del suelo, de la mancha de sol, se difundía por la sombra y la volvía brillante e iluminada, como la claridad de las cantinas. Refulgó en los estantes el vidrio vanidoso de las blancas botellas de cazalla y de anís, que



ponían en exhibición sus cuadraditos, como piedras preciosas, sus cuerpos de tortugas transparentes. Macas, muescas, nudos, asperezas, huellas de vasos, se dibujaban en el fregado y refregado mostrador de madera. Mauricio se entretenía en arrancar una amarilla hebra de estropajo, que había quedado prendida en uno de los clavos.

En las rendijas entre tabla y tabla había jabón y mugre. Las vetas más resistentes al desgaste sobresalían de la madera, cuya superficie ondulada se quedaba grabada en los antebrazos de Mauricio. Luego él se divertía mirándose el dibujo y se rascaba con fruición sobre la piel enrojecida. Lucio se andaba en la nariz.

Veía, en el cuadro de la puerta, tierra tostada y olivar, y las casas del pueblo a un kilómetro; la ruina sobresaliente de la fábrica vieja. Y al otro lado, las tierras onduladas hasta el mismo horizonte, velado de una franja sucia y baja, como de bruma, o polvo y tamo de las eras. De ahí para arriba, el cielo liso, impávido, como un acero de coraza, sin una sola perturbación.

Aquel hombrón cubría toda la puerta con sus hombros.

Había mirado a un lado y a otro en el momento en que iba a entrar. Se oscureció el local, mientras cruzaba el quicio.

— ¿Dónde le dejo esto? Buenos días. Traía contra un lado del cuello una barra de hielo, liada en arpillera.

— Hola, Demetrio. Pues déjalo aquí de momento; primero hay que partirlo. Ve trayendo las otras, no se las coma el sol.

Mauricio le ayudó a desliar la arpillera. El otro volvió a salir. Mauricio buscaba su martillo por todos los cajones. Entró Demetrio otra vez, con la segunda barra.

— ¿Dónde dejaste el carro, que no lo hemos oído?

— Pues a la sombra. ¿Dónde quería que lo dejase?

— Ya. Me extrañaba. ¿Las cajas las traes también?

— Sí, dos; la una de cerveza, y de gaseosas la otra; ¿no era eso?

— Eso era, sí. Vete a por la otra barra, que se va a deshacer. ¡Este martillo del demonio! ¡Faustina! Aquí te cogen las cosas de los sitios y luego no se molestan en volverlas a poner donde uno las tiene. ¡Faustina!

Levantó la cabeza y se la vio delante.

— ¿Qué quieres? Aquí estoy. Con una vez que me llames ya basta; tampoco soy sorda.

— Ah, ¡dónde echáis el martillo, quisiera yo saber!

— Si es un perro te muerde — señaló a los estantes —. Míralo.

— ¡Me lo vais a poner en unos sitios! ¿Para qué sirven los cajones?

— ¿Algo más?

— ¡Nooo!

Ya saliendo, Faustina tocó a Lucio en el hombro y señaló a su marido con el pulgar hacia atrás; murmuró:

— Ya lo sabes.

Lucio hizo un guiño y encogió las espaldas. El carrero depositó la última barra de hielo junto a las anteriores.

— No te traigas las cajas todavía. Ayúdame a partir el hielo, haz favor.

Demetrio sujetaba la barra, y Mauricio la iba cuarteando a golpes de martillo. Saltó hasta Lucio alguna esquirla de hielo; la miró deshacerse rápidamente sobre la manga de su chaqueta, hasta volverse una gotita.

— Enteras entran muy mal y así me queda el frío más repartido. Ya puedes traerme las cajas.

Demetrio salió de nuevo. Lucio habló, señalando a la puerta:

— Buen chico éste.

— Un poco blanco, pero bueno. A carta cabal.



- No se parece a su padre. Aquel...
- Suerte que lo dejó huérfano a tiempo.
- Suerte.

— Lo que tiene de grande lo tiene de infeliz.

— Incapaz de nada malo. Un buen muchacho, sí señor.

— Y el poco orgullo que tiene, que le dices cualquier cosa y escapado te la hace, como si fuera suya. Otros, a sus años, se te ponen gallitos y se creen que los quieres avasallar...

La sombra anunció de nuevo la presencia de Demetrio.

— ¿Me quiere usted ayudar, señor Mauricio?

— Trae.

El ventero salió del mostrador y le ayudó a depositar las cajas. Después los botellines estuvieron sonando un buen rato, como ocas, al ir pasando uno a uno desde sus cajas a la caja de hielo. Mauricio puso el último y le echaba a Demetrio una copita de cazalla.

— A ver si esta tarde te dejas caer un rato por aquí, para echarme una mano.

— Tenía pensamiento de ir al baile esta tarde, señor Mauricio; si puede usted llamar a otro, mejor sería.

— Tras de alguna andas tú, cuando te dejas unos duros por el baile. Déjalo, qué le vamos a hacer. Mi hija se va al cine; no sé a quién llamaría.

— Pues que lo ayude a usted el señor Lucio, que no hace nunca nada.

— Ya hice bastante cuando era como tú.

— ¿Qué hizo?, a ver.

— Muchas cosas; más que tú hice.

— Dígame alguna...

— Más que tú.

— No me lo creo.

— Mira, muchacho, no sabes nada todavía. Te queda mucho que aprender.

— Anda, toma lo tuyo y no te metas con el señor Lucio.

Puso tres duros sobre el mostrador. Los había sacado del cajón con la mano mojada. Se la secó en el paño. Demetrio recogió los billetes.

— Bueno, otro día será. Que te diviertas en el baile. Ya me defenderé como sea yo solo.

— Pues voy a dejar el carro, que se me hace tarde. Hasta mañana.

— Adiós.

Demetrio volvió al sol de fuera. Mauricio dijo:

— No lo vas a obligar. Ya está haciendo siempre por uno bastante más de lo que tiene obligación. Ésta se cree que puede uno disponer de quien quiere y cuando quiere. Si a la niña se le antoja ir al cine, el mismo derecho tiene éste, hoy que es domingo para todos. No se puede abusar de la gente; y el que se gane una propina no quita que sea un favor lo que me hace con quedármeme aquí todo el santo domingo a despachar.

— Naturalmente. Las mujeres disponen de todo como suyo. Hasta de las personas.

— Sí, pero en cambio su hija que no se la miren. ¡Ya lo acabas de oír!

— Eso es que son ellas así; que no hay quien las mude.

— Pues esta tarde yo me voy a ver negro para poder atender.

— Desde luego. Ya verás hoy el público que afluye. No son las diez todavía, y ya se siente calor.

— ¡Es un verano! No hay quien lo resista.

— Pues mejor para ti; a más calor, más se te llena el establecimiento.

— Desde luego. Como que no siendo por días como éste, no valía ni casi la pena perder tiempo detrás del mostrador. Por más que ahora ya no es como antes, cá, ni muchísimo menos; va habiendo



ya demasiado merendero pegando al río y la General. Antes estaba yo casi solo. Tú esto no lo has llegado a conocer en sus tiempos mejores.

— Pero lo bueno que tiene es que está más aislado.

— No lo creas. No sé yo si la gente no prefiere mejor en aquellos, así sea en mitad del barullo, con tal de tener a mano el río o la carretera general. Especie el que tenga su coche; por no tenerse que andar este cachito de carretera mala.

— ¿Cuándo la arreglarán definitivo?

— Nunca.

En el rastrojo se formó un remolino de polvo de las eras, al soplo de un airecillo débil que arrancaba rastrero entre el camino y la tapia; un remolino que bailó un momento, como un embudo gigante, en el marco de la puerta, y se abatió allí mismo, dejando dibujada en el polvo su espiral.

— Se ha levantado aire — dijo Lucio. Entró Justina desde el pasillo:

— Buenos días, señor Lucio. ¿Ya está usted ahí?

— ¡Ya salió el sol! — contestaba mirándola —. Hola, preciosa.

— Padre, que me dé usted treinta pesetas.

Mauricio la miró un momento; abrió el cajón y sacó las pesetas. Con ellas en la mano, miró a su hija de nuevo; empezaba a decir:

— Mira hija mía; vas a decirle de mi parte a tu...

Del interior de la casa vino una voz. Contestaba Justina:

— ¡Voy, madre!

Acudía hacia adentro, dejando al padre con la palabra en la boca y las pesetas en la mano. Volvió casi en seguida.

— Que dice que en vez de treinta, que me dé usted cincuenta.

De nuevo abrió Mauricio el cajón y añadió cuatro duros a los seis que tenía.

— Gracias, padre. ¿Qué es lo que me decía hace un momento?

— Nada.

Justina los miró a los dos, hizo con la barbilla y con los ojos un gesto de extrañeza, y se volvió a meter.

Un motor retumbó de improviso, aceleró un par de veces, y el ruido se detuvo ante la puerta. Se oyeron unas voces bajo el sol:

— Trae que te ayude.

— No, no: yo sola, Sebas.

Mauricio se asomó. De una moto con sidecar se apeaba una chica en pantalones. Reconoció la cara del muchacho. Ambos vinieron hacia él.

— ¿Qué hay, mozo? ¿Otra vez por aquí?

— Mira, Paulina; se acuerda todavía de nosotros. ¿Cómo está usted?

— ¿No me voy a acordar? Bien y vosotros.

— Ya lo ve usted; pues a pasar el día.

La chica traía unos pantalones de hombre que le venían muy grandes. Se los había remangado por abajo. En la cabeza, un pañuelito azul y rojo, atado como una cinta en torno de las sienes; le caían a un lado los picos.

— A disfrutar del campo, ¿no es así?

— Sí señor; a pegarnos un bañito.

— En Madrid no habrá quien pare estos días. ¿Qué tomáis?

— No sé. ¿Tú qué tomas, Pauli?

— Yo me desayuné antes de salir. No quiero nada.

— Eso no hace; yo también desayuné — se dirigió a Mauricio —. ¿Café no tiene?



— Creo que lo hay hecho en la cocina. Voy a mirar. Se metió hacia el pasillo. La chica le sacudía la camisa, a su compañero:

— ¡Cómo te has puesto!

— Chica, es una delicia andar en moto; no se nota el calor. Y en cuanto paras, en cambio, te asas. Ésos tardan un rato todavía.

— Tenían que haber salido más temprano. Mauricio entró con el puchero:

— Hay café. Te lo pongo ahora mismo. ¿Habéis venido los dos solos? Ponía un vaso.

— Huy, no, venimos muchos; es que los otros han salido en bicicleta.

— Ya. Échate tú el azúcar que quieras. Esa moto no la traías el verano pasado. ¿La compraste?

— No es mía. ¿Cómo quiere? Es del garaje donde yo trabajo. Mi jefe nos la deja llevar algún domingo.

— Así que no ponéis más que la gasolina.

— Eso es.

— Vaya; pues ya lo estaba yo diciendo: aquéllos del año pasado no han vuelto este verano por aquí. ¿Venís los mismos?

— Algunos, sí señor. A otros no los conoce. Once somos, ¿no, tú?

— Once en total — confirmaba la chica a Mauricio —. Y veníamos doce, ¿sabe usted?, pero a uno le falló a última hora la pareja. No la dejó venir su madre.

— Ya. ¿Y aquel alto, que cantaba tan bien? ¿Viene ése?

— Ah, Miguel — dijo Sebas—. Pues sí que viene, sí. ¡Cómo se acuerda!

— ¡Qué bien cantaba ese muchacho!

— Y canta. Los hemos adelantado ahí detrás, en la autopista Barajas. Cerca de media hora tardarán todavía, digo yo. ¿Pues no son dieciséis kilómetros al puente?

— Dieciséis siguen siendo — asentía Mauricio —; en moto, ya se puede. Dará gusto venir.

— Sí, en la moto se viene demasiado de bien. Luego, en cuanto que paras, notas de golpe el calor. Pero en marcha, te viene dando el fresquito en toda la cara. Oiga, le iba a decir..., usted no tendrá inconveniente, ¿verdad?, que dejemos las bicis aquí, como el año pasado.

— Pueden hacer lo que quieran; faltaría más.

— Muchas gracias. ¿Y de vino qué tal? ¿Es el mismo, también?

— No es el mismo, pero es casi mejor. Un gusto por el estilo.

— Bien; pues entonces convenía que nos fuese usted llenando... cuatro botellas, eso es; para por la mañana.

— Yo, las que ustedes digan.

— ¿Pero cuatro botellas, Sebas? Tú estás loco. ¿Adonde vamos con tantísimo? En seguida queréis exagerar.

— No digas cosas raras; cuatro botellas se marchan sin darnos ni cuenta.

— Bueno; pues lo que es tú, ya te puedes andar con cuidado de no emborracharte, ¿estamos? Luego empezáis a meter la pata y se fastidia la fiesta con el vino dichoso; que maldita la falta que hace para pasarlo bien.

— Por eso no se apure, joven — terciaba Lucio —. Usted déjele, ahora. Que se aproveche. El vino que beba hoy, ya lo tiene bebido para cuando se casen. Y siempre serán unos cuantos cántaros de menos para entonces. ¿No cree?

— Cuando nos casemos será otro día. Lo de hoy vale por hoy.

— No le hagan caso — dijo Mauricio—. Es un ser peligroso. Lo conozco. No se asesoren con él.

— Aquí lo conocen a uno demasiado — decía Lucio, riendo—. Y eso es lo malo. Que lo calen a uno en algún sitio.

— Pues intenta irte a otro. A ver si te reciben como aquí.





Lucio le hizo un aparte a la chica y le decía bajito, escondiendo la voz en el dorso de la mano: «Eso lo dice porque me fia; por eso, ¿sabe usted?»

Paulina sonrió.

— ¿Qué andas diciéndola secretos a la joven? ¿No ves que el novio se molesta? Sebastián sonreía también:

— Es cierto — dijo—. Mire que soy bastante celoso... Conque tenga cuidado.

— ¡Huy, que es celoso, se pone! ¡Qué más quisiera yo! Sebastián la miraba y la atrajo hacia sí por los hombros.

— Ven acá, ven acá, tú, golondrina. Oye: ¿salimos ahí afuera, a ver si vienen éstos?

— Como tú quieras. ¿Y qué hora es?

— Las diez menos veinticinco; ya no pueden tardar. Pues hasta ahora, señores.

— Hasta luego.

Salieron. Caminaban hacia el paso a nivel. Paulina dijo:

— ¡Qué tío más raro! Cuidado que hace cosas difíciles con la cara.

— ¿Qué fue lo que te dijo?

— Nada; no sé qué de que si el otro le fia. ¡Chico, qué calor hace!

— Sí, tengo ya ganas de que lleguen éstos, para meterme en el agua cuanto antes.

— No se te ocurra cometer la tontería de bañarte antes de las once y media; se te puede cortar la digestión.

— Vaya; cómo me cuidas, Pauli. ¿Me vas a cuidar igual cuando nos casemos?

— ¿Y a ti qué más te da? Total, para el caso maldito que me haces. No sé ni de qué me sirve.

— Lo que tú dices sirve siempre, Lucero. Me agrada a mí el que lo digas.

— Anda, ¿y qué gano yo con que te agrade?, si luego no lo llevas a la práctica.

— Pues que te quiero más: eso ganas. ¿Te parece a ti poco?

— Anda con Dios; no eres tú poco fatuo, muchacho; qué barbaridad.

— Te quiero; eres un sol.

— Pues de soles ya tenemos bastante con uno, hijo mío. Lo que es hoy, desde luego, no hacen falta más. Mira: ahí viene el tren.

— ¿Contamos los vagones?

— ¡Qué tontería!; ¿para qué?

— Así, por gusto.

— Una pareja simpática — dijo Lucio —; ahí los tienes. Mauricio estaba enjuagando las botellas, dijo:

— Ya venían el año pasado. Pero se me hace a mí que no eran novios todavía. Se tienen que haber hecho posterior.

— Lo único, lástima de pantalones los de ella. ¡Cosa más fea! ¿Por qué se vestirán así?

— Para la moto, hombre; con pantalones va mejor. Y más decente.

— Cá. No me gustan a mí las muchachas vestidas de esa manera. Si parece un recluta.

— Que le vienen un poco grandes; serán de algún hermano.

— Pues donde esté una chica de ese tiempo con una bonita falda, lo demás es estropearse la figura

Pierden el gusto en ese Madrid; no saben ya qué ponerse.

— Bueno, en Madrid, te digo yo que te ves a las mujeres vestidas con un gusto como en tu vida lo has visto por los pueblos. ¡Vaya telas y vaya hechuras y vaya todo!

— Eso no quita. También se contempla cada espectáculo que es la monda. Al fin y al cabo es el centro, la capital de España; vaya, que todo va a dar a ella; por fuerza tiene que estar allí lo mejor y lo peor.

— Pues hay más cosas buenas que no malas, en Madrid.





— Para nosotros, a lo mejor, los que venimos del campo. Pero anda y vete a preguntárselo a ellos. Y si no, la muestra. Aquí mismo la tienes; míralos cómo se vienen a pasar los domingos. ¿Eh? Será porque ya se aburren de tanta capital; si estuvieran a gusto no saldrían. Y que no es uno ni dos... ¡es que son miles!, los que salen cada domingo, huyendo de la quema. Por eso nadie puede decir en dónde está lo bueno; de todo se acaba cansando la gente, hasta en las capitales.

Mauricio había terminado de llenar las botellas y les pasaba un paño. Callaban. Lucio miraba el rectángulo de campo, enmarcado en la puerta vacía.

— ¡Qué tierra ésta! — dijo.

— ¿Por qué dices eso?

— ¿El qué?

— Eso que acabas de decir.

— ¿Qué tierra ésta? Pues será porque estoy mirando el campo.

— Ya.

— No, no te rías. ¿De qué te rías?

— De ti. Que estás un poco mocho esta mañana.

— ¿Te diviertes?

— La mar.

— No sabes cuánto me alegro.

Tenía el campo el color ardiente de los rastrojos. Un ocre inhóspito, sin sombra, bajo el borroso, impalpable sopor de aquella manta de tamo polvoriento. Sucesivas laderas se iban apoyando, ondulantes, las unas con las otras, como lomos y lomos de animales cansados. Oculto, hundido entre los rebaños, discurría el Jarama. Y aún al otro lado, los eriales incultos repetían otra vez aquel mismo color de los rastrojos, como si el cáustico sol de verano uniformase, en un solo ocre sucio, todas las variaciones de la tierra.

(...)



## Gonzalo Torrente Ballester

### La saga-fuga de JB

#### Incipit

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

En la mañana de niebla, casi al alba, las voces estremecen el aire como trompetas. Toca todavía la campana, a la primera misa; pero su sonido es tenue, precavido, como para entrar de puntillas en las alcobas oscuras, un sonido al que se da la espalda, que se esquiva o acalla metiendo la cabeza bajo las sábanas. "Pepiño, levántate, que ya son las seis y media." Un sonido que sería impertinente si no fuera habitual; que sería íntimamente detestado si no actuara de despertador, a esa hora en que los que trabajan tienen que despertarse.

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

Aquella señora enlutada, que se llama la Tía Benita dos Carallos por los muchos que mete en la conversación, quizá para garantizar la veracidad de sus afirmaciones, y tiene una tienda de abacería en la calle del Rostro Mugriento; aquella mujer arrugada que, además del luto, muestra las canas del cabello, pega voces allá en lo alto de la escalinata, voces tremendas, voces desgarradas, voces despepitadas, en el mismo momento en que la niebla se esclarece un poquito porque el sol acaba de salir y le presta algo de su luminosidad; en el momento en que la niebla, allá abajo, en la Ciudad Nueva, se hace más espesa y gris por la parte del Mendo, más ocre y húmeda por la parte del Baralla: lento el uno, rápido y alborotado el otro; de aguas densas el Mendo, de aguas opacas; transparentes, ligeras, las del Baralla, que se cuentan las guijas relucientes de su lecho. El Mendo es atractivo y siniestro: invita a mirarse en él como un espejo, y hay que apartarse de prisa, porque en los adentros del que se mira nace en seguida un deseo incoercible de aniquilamiento. El Baralla invita, en cambio, a la aventura, a la evasión, al viaje: no descanso, sino camino ofrece; no tumba, sino vehículo. Los cuatro J. B. de que se guarda memoria, por él marcharon hacia la mar, si bien algunos aseguren que se cayeron al Mendo y fueron devorados de las lampreas.

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

Envía contra el cielo los brazos negros, los puños apretados; se le retuerce el cuerpo, le queda al descubierto la trenza escueta y grisácea. Se llama, ya se dijo, la Tía Benita, y nunca toma a mal el remoquete. Tiene una tienda de abacería en la calle del Rostro Mugriento, conforme se entra, a mano izquierda: una tienda muy limpia, en un bajo de dos habitaciones, y, en la que hace de sala, donde está también el mostrador y donde se acumula la mercancía — cestos, limones, quesos de la Illana, barras de pan, ristras de ajos—, preside el retrato de un sargento de las guerras coloniales, que fue su padre y que un pintor ambulante le sacó al carboncillo de una fotografía amarilla y gastada. "Tienes que levantarte, Pepiño. Ya es día claro." "Mi madre, ¿no oye que gritan?" "Pues sí, parece que gritan. Pero, levántate, anda. Mientras, iré a ver." Y aguza el oído para escuchar mejor,



para enterarse de lo que dicen aquellas voces que llegan con el sonido de las campanas, pero sin mezclarse, sin confundirse, como si resbalasen por distintos planos del aire, sin que hubiera lugar a interferencias: una es la voz de la campana; otra, la de la Tía Benita. Cuando sale el sacristán, la agarra sin miramientos y pretende taponarle la boca enfurecida con aquellas manazas negras, tan duras y ásperas que su mujer dice que la lastima cuando la magrea. La niebla está más clara, sí; por allá arriba, y detrás de la Tía Benita, se ve la mole de la Colegiata y el bulto estirado de la torre. El sacristán le dice: "¡Cállese la boca, puñetera beata!"; pero ella le muerde, y él la aparta de un empujón. Es ya tarde para las precauciones: se han abierto cuatro o cinco ventanas; mujeres en camisón y con los abrigos por los hombros se preguntan que qué sucede y que por qué aquellas dos sombras pelean, el sacristán y la señora Benita, una mujer de bien, que se gana la vida honradamente con su tienda de abacería (cestos, limones, quesos de la Illana, ristras de ajos, leche fresca todo el día). ¡Ah! Y empanadas de lamprea, grandes y pequeñas, enteras o en pedazos. Las empanadas las hace ella, que le viene de familia la buena mano para grammar la masa y sacarla delgadita y crujiente; pero las lampreas se las pesca el señor Florindo el Maricallo, que vive con ella, que con ella duerme, pero sin que pase nada. "¡Se lo aseguro, señor Deán, por la gloria de mis difuntiños! ¡Ni una vez me tocó el pobre el pelo de la ropa, y si una hija tuviera, se la dejaría con toda confianza, porque le aseguro que sus partes son más pequeñas que las de un niño, mejorando lo presente y perdone la manera de señalar! Si lo metí en mi casa, por caridad fue, nada más que por eso, y le juro que él se gana lo que come, porque las mejores lampreas van a parar a sus anzuelos y no a los de los otros. Cuando vuelvo de misa, ya me espera en la cocina, con el pescado limpio y cuarteado, y yo no tengo más que ponerme a amasar, y hasta en eso me ayuda." Por respeto al lugar y al sacramento, la Tía Benita, al confesarse, omite los carallos, y eso le hace hablar premiosamente y con tartamudeo: un silencio en el lugar de cada taco, y son muchos silencios. Florindo el Maricallo madruga mucho. Cuando ella se levanta, ya está él dispuesto, con la cesta y los avíos: es tan listo, que él mismo los fabrica, y ¡hay que ver lo que ahorra! Da los buenos días como Dios manda, porque es educado como la gente de antes; bebe el café y marcha Rúa Sacra abajo, entre la niebla, cantando por lo bajinis las canciones que aprendió en Madrid cuando hizo el servicio: con una especie de contoneo de nalgas que parece una convulsión, pero que, en su tiempo, tenía su gracia, ¡ya lo creo!, y hasta sus parroquianos, y esto no es hablar mal de nadie porque lo sabe todo el mundo. Antes de la guerra, le llamaban de todas partes para animar las fiestas con la imitación de las artistas que había visto en los Cafés del Pecado, y todo el mundo se divertía porque lo hacía bien, si no eran algunos bestias que le insultaban. Pero eso era antes. Ahora, no le insultan ni tampoco la gente se divierte. Ahora, los tiempos son otros, y la gente ha cambiado. ¡Y lo que todavía cambiará! Por eso tuvo que acogerse al buen corazón de la Tía Benita y compartir con ella la cama y el pan, pero sin que pase nada. Se calientan el uno al otro, eso sí, cuando hace frío en invierno, pero en calentarse no hay mal alguno.

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

La gente ya sale de las casas: niños sin lavar, con las greñas revueltas; las madres, poniéndose las horquillas en el moño y hablando a voces unas con otras. También salen los maridos, con la chaqueta puesta y abrochándose los últimos botones de la bragueta. Y miran todos hacia arriba, hacia el cabo de la calle, donde ya no se ve el bulto del sacristán, donde la Tía Benita sigue vociferando, sigue enviando al cielo los puños crispados. Mientras, el sacristán avisa. Primero, naturalmente, al señor Deán, que para eso lo es; pero, en seguida, a don Acisclo Azpilcueta, por aquello de lo bien relacionado que está y de la autoridad personal que tiene, y porque sabrá lo que hay que hacer y a quién hay que dar cuenta del caso. Hasta por teléfono se nota la diferencia de las personas. El señor Deán, con telarañas de sueño en las palabras, se limita a decirle: "¡Voy, voy en



seguida!", y parece apurado. Don Acisclo, en cambio, le responde tranquilo, y le pregunta si ha hecho algo, y si la gente acude, y, cuando le responde que la Rúa Sacra está llenándose, le da una orden, cosa que al señor Deán no se le ha ocurrido: "Que no entre nadie en la iglesia. No se mueva del atrio, y, si gritan o le desobedecen, póngalos a rezar". Así, cuando llega el Deán, va por el primer misterio, y no puede interrumpirlo, y el Deán entra corriendo — por la mejilla le resbalan gotas del agua con que acaba de afeitarse —, y comprueba en un periquete que el camarín del Santo Cuerpo está vacío. Y cuando llega don Acisclo — van por el segundo misterio, hacia el final —, el sacristán le saluda con la mano y recibe una sonrisa de aprobación. Don Acisclo viene pausado, cosa rara, diríase que contento. Antes de entrar contempla la multitud que, allá abajo, se incrementa por segundos, que es ya una masa apretada y oscura como la niebla, aunque un poco más compacta. "Y, ahora, ¿qué me dice?" "¿Qué quiere que le diga?" Están frente a frente, el señor Deán y don Acisclo, y se miran, y el señor Deán acaba por bajar la cabeza. "¿Qué quería usted? ¿Que pusiera a la Guardia Civil en la capilla día y noche?" A don Acisclo le sale una sonrisa torcida, una sonrisa de hombre enteramente superior a los acontecimientos, una sonrisa que desinfla la energía de aquel corpachón del Deán, tan fuerte y tan pesado, y le hace aflojar los brazos y caer las manos. Como si le dijera: "Usted gana", lo que equivale a confesar: "Usted es más listo que yo, habla mejor que yo, es más elegante y más guapo, tiene más clientela, yo soy una verdadera mierda y ahora mismo presento la dimisión y marcho a mi casa de Magalofes, de donde ya no saldré más que con los pies para delante". Pero, claro, no es tan explícito, ni piensa presentar la dimisión, sino aguantar, si es que puede, y a otra cosa. Por fortuna no hay que lamentar desgracias personales. Además, don Acisclo sabe ganar, qué caray, para algo es de familia antigua y educada, y por eso, sin decir más, entra en la iglesia y examina con atención el lugar del suceso, donde no hay fractura ni señal alguna de violencia, donde está todo como si no hubiera pasado nada, salvo que, debajo del altar de la Santa; tras el cristal empañado, hay un vacío oscuro. Y, como el Deán, mudamente obediente, ha venido detrás; como ha sentido sus pasos quedos en las losas del suelo, sin volverse, sin mirarle, le dice: "No tendrá usted la menor duda de quién fue". "¿Yo? ¿Cómo voy a saberlo?" Entonces, don Acisclo se vuelve y le examina con esa sonrisa con que sabe mirar sin querer ofender, pero ofendiendo: "No hacen falta más que dos dedos de frente para comprenderlo, señor Deán". Y el Deán levanta la mano y comprueba que su frente excede bastante de los dos dedos, mide lo menos cuatro, y no de los delgados, pero, a pesar de todo... "Fue don Jacinto Barallobre, y no hay quien pueda acusarlo de robo ante ningún tribunal, ni civil ni eclesiástico, porque ustedes llevan más de mil años aceptando el desafuero de que el Santo Cuerpo no sea propiedad eclesiástica." Entonces, señala la piedra donde consta, en letras casi borrosas, el privilegio absurdo. El Deán apenas se atreve a murmurar: "Sí, claro...", y don Acisclo concluye: "De manera que aquí ya no hay nada que hacer"; que es, aproximadamente, lo que el señor Juan el Evangelista acaba de decir al señor Florindo el Maricallo ante la evidencia de que en el río ya no hay lampreas. El Florindo y el Juan no son amigos, a pesar de que todas las mañanas pescan en vecindad y con parecido éxito. El señor Juan el Evangelista recibe este nombre a causa de su rostro lampiño y bello con aureola de rizos tirando a rubio, y también de que nadie sabe que haya catado fembra, aunque no al modo de Florindo, ni por las mismas razones, sino por la vía de la más casta indiferencia. El señor Juan tiene fama de santo, aunque nunca haya hecho milagros: un santo pobre y digno cuya virtud premia el Señor empujando dulcemente hasta sus artes las lampreas más sabrosas; pero como siempre sobra alguna, el excedente acude a los anzuelos del señor Florindo, reputado de pecador y no sin causa. Los que saben leer más allá de lo aparente, los que consideran la vida como un libro abierto, se paran muchas veces a contemplarlos, tan cerca el santo del demonio, próximos los cestos, coincidentes las artes en las aguas del río, y las lampreas vacilando entre el mal y el bien como meros mortales. ¡Ay, si la gente tuviera de esas miradas que penetran! No habría más que asomarse, por la mañana, al parapeto de la Alameda, para contemplar en espacio escaso, y reducida a dos



figuras, aquella alegoría de la Vida. Pero la gente, ya se sabe, va a lo suyo, y ni siquiera se pregunta por qué pescan tan próximos el casto y el pecador jubilado. Es un espectáculo cotidiano. Uno termina antes que el otro, si, pero con muy pocos minutos de diferencia. Y el que primero termina se marcha antes, acaso para no tener que hablar al otro. Se limitan a decirse: "Buenos días", al llegar y al marchar: sin desabrimiento, sin orgullo. El uno, con la humildad del santo, el otro, con la del pecador, que son iguales humildades. Pero esta mañana, cosa extraña, se han mirado. Han osado mirarse después de comprobar que las lampreas no acuden. Y han hablado, y han explorado juntos las aguas próximas y las lejanas, y al final de aquella operación conjunta y casi silenciosa, han exclamado al mismo tiempo que el río está vacío y que ya no hay nada que hacer. Aunque las cosas no sean en realidad tan fáciles, porque si el río se ha vaciado, ¿de qué va a comer la gente? ¿De qué van a alimentar, el uno, su santidad, y el otro, el recuerdo de sus pecados? Es el momento en que se escuchan, una detrás de otra, la sirena de la fábrica de gaseosas, y la de la serrería, y la de la fábrica de conservas. Todos los días, los trabajadores pasan de prisa, porque nada de lo que ven pertenece al orden de lo extraordinario. Pero lo es hoy el hecho de que el pecador y el santo se hayan juntado, y se hablen, y manoteen (aunque con mesura y dignidad). Por eso hay alguno que se acerca, y se detiene, y se entera sin preguntar de que el río ha quedado desierto. Así, empiezan a gritarse y a formar grupos, y las conversaciones suben de tono, y todas ellas se pueden resumir en una sola interrogación patética: "¿Qué vamos a comer ahora los pobres?". La Colegiata está allá arriba, al otro lado del río, corona de la Cibidá. Puede verse desde la Alameda, y la Alameda puede ser vista desde la Colegiata. Pero las casas antiguas, encaladas, de ventanas verdes y tejados húmedos, ocultan la Rúa Sacra, ocultan la gente que la llena, que se apiña, que se pregunta y se queja: "¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?". Y van llegando los personajes, el Juez y el Presidente de la Audiencia los primeros, y, casi en seguida, el Poncio y el Comisario. El Poncio viene tan pincho como siempre, con su traje gris, su sombrero negro de gran barandilla y su caña de Ceylán, que sustituye al bastón de mando en las ocasiones de trapillo. También con sus gafas oscuras, que ocultan al espectador la realidad de su mirada. El Comisario, en cambio, es menos aparente, pero no necesita galas; y se viste de tal manera que nadie se fija en cómo viste, y actúa siempre de modo que nadie se dé cuenta de lo que hace; por eso el Poncio, sin confesárselo, confía y descansa en él: "Usted, Comisario, que tiene tanta experiencia, ¿quiere venir conmigo a la Colegiata, donde creo que han robado algo?" Pasan entre la gente, ascienden la calle pina, hablan por fin con el Deán y con don Acisclo, y los que llenan la calle enmudecen poco a poco, sin más que suspiros sueltos y la inevitable información somera, en voz muy baja, a los nuevos que van viniendo: "Nada, mujer, nada, que robaron el Cuerpo Santo. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?". Miran a los personajes, que no suspiran, que no gimen; esperan sin saber qué, pero lanzan miradas tímidas a la fachada muda de la Casa del Barco, la fachada de piedra con el bergantín encima de la puerta cerrada, entre dos ventanas también cerradas. "Y ahí no puede haber nadie, porque, si alguno de los hermanos estuviera, ya habría acudido." El Deán da explicaciones al Magistrado y al Juez; don Acisclo, al Poncio y al Comisario. Otros clérigos y otros personajes se unen a un grupo o al otro conforme llegan. Y hay un momento en que los grupos se confunden, forman uno solo, como una de esas curvas que tienen dos centros, don Acisclo y el Deán. No se hará nada hasta que los centros secundarios sean eliminados en beneficio de uno solo, que ocupará precisamente el Juez. Pero las circunstancias del caso, que obligan a decir siempre "la desaparición" y nunca "el robo", excluyen la posibilidad, al menos inmediata, de que el Juez llegue a ocupar el puesto que, por derecho y en circunstancias normales, le correspondería. También en la Alameda se han formado dos grupos, alrededor del santo, alrededor del pecador, y cada uno explica con sus palabras que en el río no hay nada, lo que se dice nada. La Alameda nunca vio tanta gente, ni los días de la verbena del Cuerpo Santo, allá por el veinte de agosto, cuando se quemaban los fuegos artificiales con la gran lamprea mítica, casi dragón y no lamprea, que empieza siendo roja, luego verde, y, por fin, amarilla, y acaba





deshaciéndose en millares de lampreitas que vuelan por el aire y después caen, y los chiquillos se colocan debajo a recibir aquella lluvia de peces encendidos. Las lampreas se han ido. Es, parece ser, una súbita catástrofe sin causa prevista, y, por supuesto, inevitable como un terremoto o un ciclón. Ante la Colegiata, el nombre de Barallobre está en todas las lenguas, y el sacristán se encarga de comunicarlo a la masa silenciosa que espera algo, no sabe qué. El nombre desciende hasta las últimas filas, se suma a la información escueta de los que llegan. Pero no levanta gritos, sino sollozos. No protestas, sino conformidad resignada y llorosa. Barallobre es el dueño del Cuerpo Santo: un día u otro se lo tenía que llevar. Si tío él, sus hijos o sus nietos; pero, ¿adonde?, pero, ¿cómo? Don Acisclo se aparta descaradamente con el Poncio, lo lleva por debajo del arco de la capilla hasta el parapeto sobre el abismo del Baralla, y señala la escalerilla que, desde la terraza de la Casa del Barco, conduce a las aguas tumultuosas. "¿Ve usted? Allí había siempre una barca, y ya no está." "Pero, ¿es posible?" "Pues, ¡ya ve!" "¿Y se han ido los dos?" "No. La hermana, no. La hermana se había marchado ayer, pero no definitivamente. Hubo cosas, ¿sabe?", y guiña el ojo. "¿Hay que esperar entonces a que regrese?" "No queda otro remedio." "El Juez hablaba de abrir la casa con mandato legal." "¿Quiere decir echar la puerta abajo?" "Otra manera habrá." Don Acisclo se queda pensando: "Quizás haya una, aunque no es segura. Barallobre tenía un secretario, un tipejo raro, a quien, a lo mejor, ha dado una llave". "¡Que lo traigan en seguida!" Antes de reunirse con el grupo, el Poncio retiene a don Acisclo: "Por cierto, no le agradezco nada el consejo que dio a mi mujer el otro día. ¿No comprende que arruinaría mi carrera?" "Pues, del otro modo, pienso que va a arruinar su matrimonio." "Para evitarlo, precisament e, la he mandado a una casa de reposo. Lo que necesita es eso, tranquilidad, y dejar quieta la imaginación." Don Acisclo se encoge de hombros y, en su fuero interno, se desentiende del caso particular del señor Poncio. Aquella sonrisa rápida, casi secreta, quiere significar que muera el cuento. Pero el señor Poncio desconoce las claves que permiten interpretar la sonrisa de don Acisclo, que siempre es la misma, pero con matices y significaciones múltiples. "No se fije en la mueca de los labios, sino en lo que sucede en las comisuras." Como el Poncio no lo hace, como piensa que don Acisclo, con la mueca, asiente, le echa la mano al hombro, lo aparta del parapeto y lo conduce al atrio, desde donde se ve la muchedumbre que llena la Alameda, se ven las cabezas asomadas al río, pero a nadie llama la atención hasta que unos niños se desnudan y se arrojan al agua. Hace cientos de años que nadie se ha bañado en el Mendo, el río que no devuelve los cadáveres, pero también el río en que uno podría bañarse dos veces si no fuera por las lampreas. Las lampreas se han encargado de impedir que Heráclito fuera empíricamente contra dicho, que es lo que hacen ahora esos muchachos desnudos que se bañan en el río: contradecir a Heráclito sin saberlo. Porque el Mendo no fluye, las aguas del Mendo son aguas quietas, o, al menos, tan lentas que no parecen moverse. Los niños que se arrojan desde el parapeto de la Alameda rompen la superficie de espejo oscuro, cruzan de una orilla a otra, ríen, se zambullen, bucean y sacan piedras limosas; a veces, huesos humanos carcomidos, roídos por dientes menudos y voraces. "¡Que vayan a buscar a un tal Bastida!", ordena el Poncio; y el Comisario, al recibir la orden, sonrío: " ¡No conozco otra cosa!". Pero alguien, uno de los clérigos anónimos que rondan silenciosos, le advierte que el tal Bastida no vive, desde ayer, en la fonda del Espiritista, sino en lugar ignorado, porque el Espiritista lo ha cogido en la cama de su hija y los ha echado a los dos de casa. "¡Búsquemelo debajo de la tierra!" El Comisario empieza a abrirse paso entre la gente, en el momento mismo en que alguien ve a los niños bañarse y los señala asombrado. "¿Y las lampreas?" "¡Oiga, mire allá abajo!" Hay un movimiento unánime de clérigos y personajes hacia el balaustre de piedra, más allá del cual empieza la pendiente suave que termina en la orilla. El Deán da al señor Presidente de la Audiencia una nueva explicación, pero don Acisclo no explica nada al Pono: contempla los niños que se están bañando, la muchedumbre congregada en torno a otro suceso que no le fue explicado, pero que ya adivina. ¡Es listo, muy listo, extremadamente listo don Acisclo Azpilcueta! Y, cuando se vuelve para informar al Poncio de la complejidad de los



acontecimientos, el del río y el de la Colegiata, y, ante todo, de su conexión sobrenatural, la muchedumbre que llena la Rúa Sacra no mira hacia arriba, no espía los movimientos de los personajes, no intenta interpretarlos, porque las dos muchedumbres, al crecer, se han juntado, y los de abajo saben que han robado el Cuerpo Santo, y los de la Rúa Sacra saben que han huido las lampreas. Y hay como un apaciguamiento inmediato, como cuando se explican con todas las de la ley las causas de una catástrofe: al Santo Cuerpo Iluminado se lo llevó don Jacinto Barallobre porque era suyo, y las lampreas han huido siguiéndolo — al Santo Cuerpo, no a don Jacinto —. Todos, los de arriba y los de abajo, sabían que a una cosa seguiría la otra: inexorablemente, y con esa certeza por encima de cualquier contingencia, como la de la muerte. "Hombre, ¿y a usted quién le asegura que tiene que morir?" "Mire, hasta ahora, no se sabe de nadie que no lo haya hecho." "Pero bien pudiera suceder que, de pronto, usted..." "¡No sea imbécil!" Pudiera suceder, eso sí, que el Santo Cuerpo permaneciese siglos y siglos más en la urna de cristal y bronce, y entonces las lampreas se mantendrían en el río, unas veces gruesas, grasientas, de vender a buen precio, y otras flacas, pajizas, melancólicas, de ir tiradas, según que hubiera o no cadáveres, y no de suicidas, ni tampoco de gente forastera que arrojemos al río, todo eso son leyendas inventadas por la envidia, todo el mundo lo sabe, por eso siguen viniendo los viajeros de comercio, y los funcionarios públicos, y los curiosos de la Colegiata y los aficionados a la buena mesa; pero, si por alguna razón, o, al menos, por alguna causa aunque no fuese razonable, desapareciera, las lampreas irían detrás, y, ese día, sin Santo Cuerpo y sin lampreas, ¿qué va a ser de nosotros, Dios del cielo?



## Gabriel García Márquez

### Cien años de soledad

#### I

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquiades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquiades.

«Las cosas, tienen vida propia -pregonaba el gitano con áspero acento-, todo es cuestión de despertarles el ánima.» José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aun más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquiades, que era un hombre honrado, le previno:

«Para eso no sirve.» Pero José Arcadio Buendía no creía en aquel tiempo en la honradez de los gitanos, así que cambió su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes imantados. Úrsula Iguarán, su mujer, que contaba con aquellos animales para ensanchar el desmedrado patrimonio doméstico, no consiguió disuadirlo. «Muy pronto ha de sobrnarnos oro para empedrar la casa», replicó su marido. Durante varios meses se empeñó en demostrar el acierto de sus conjeturas. Exploró palmo a palmo la región, inclusive el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y recitando en voz alta el conjuro de Melquiades. Lo único que logró desenterrar fue una armadura del siglo xv con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura, encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer.

En marzo volvieron los gitanos. Esta vez llevaban un catalejo y una lupa del tamaño de un tambor, que exhibieron como el último descubrimiento de los judíos de Amsterdam. Sentaron una gitana en un extremo de la aldea e instalaron el catalejo a la entrada de la carpa. Mediante el pago de cinco reales, la gente se asomaba al catalejo y veía a la gitana al alcance de su mano.

«La ciencia ha eliminado las distancias», pregonaba Melquiades. «Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa.» Un mediodía





ardiente hicieron una asombrosa demostración con la lupa gigantesca: pusieron un montón de hierba seca en mitad de la calle y le prendieron fuego mediante la concentración de los rayos solares. José Arcadio Buendía, que aún no acababa de consolarse por el fracaso de sus imanes, concibió la idea de utilizar aquel invento como un arma de guerra. Melquíades, otra vez, trató de disuadirlo. Pero terminó por aceptar los dos lingotes imantados y tres piezas de dinero colonial a cambio de la lupa. Úrsula lloró de consternación. Aquel dinero formaba parte de un cofre de monedas de oro que su padre había acumulado en toda una vida de privaciones, y que ella había enterrado debajo de la cama en espera de una buena ocasión para invertirías.

José Arcadio Buendía no trató siquiera de consolarla, entregado por entero a sus experimentos tácticos con la abnegación de un científico y aun a riesgo de su propia vida. Tratando de demostrar los efectos de la lupa en la tropa enemiga, se expuso él mismo a la concentración de los rayos solares y sufrió quemaduras que se convirtieron en úlceras y tardaron mucho tiempo en sanar. Ante las protestas de su mujer, alarmada por tan peligrosa inventiva, estuvo a punto de incendiar la casa.

Pasaba largas horas en su cuarto, haciendo cálculos sobre las posibilidades estratégicas de su arma novedosa, hasta que logró componer un manual de una asombrosa claridad didáctica y un poder de convicción irresistible. Lo envió a las autoridades acompañado de numerosos testimonios sobre sus experiencias y de varios pliegos de dibujos explicativos, al cuidado de un mensajero que atravesó la sierra, y se extravió en pantanos desmesurados, remontó ríos tormentosos y estuvo a punto de perecer bajo el azote de las fieras, la desesperación y la peste, antes de conseguir una ruta de enlace con las mulas del correo. A pesar de que el viaje a la capital era en aquel tiempo poco menos que imposible, José Arcadio Buendía prometía intentarlo tan pronto como se lo ordenara el gobierno, con el fin de hacer demostraciones prácticas de su invento ante los poderes militares, y adiestrarlos personalmente en las complicadas artes de la guerra solar. Durante varios años esperó la respuesta. Por último, cansado de esperar, se lamentó ante Melquíades del fracaso de su iniciativa, y el gitano dio entonces una prueba convincente de honradez: le devolvió los doblones a cambio de la lupa, y le dejó además unos mapas portugueses y varios instrumentos de navegación. De su puño y letra escribió una apretada síntesis de los estudios del monje Hermann, que dejó a su disposición para que pudiera servirse del astrolabio, la brújula y el sextante. José Arcadio Buendía pasó los largos meses de lluvia encerrado en un cuartito que construyó en el fondo de la casa para que nadie perturbara sus experimentos. Habiendo abandonado por completo las obligaciones domésticas, permaneció noches enteras en el patio vigilando el curso de los astros, y estuvo a punto de contraer una insolación por tratar de establecer un método exacto para encontrar el mediodía. Cuando se hizo experto en el uso y manejo de sus instrumentos, tuvo una noción del espacio que le permitió navegar por mares incógnitos, visitar territorios deshabitados y trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de abandonar su gabinete. Fue ésa la época en que adquirió el hábito de hablar a solas, paseándose por la casa sin hacer caso de nadie, mientras Úrsula y los niños se partían el espinazo en la huerta cuidando el plátano y la malanga, la yuca y el ñame, la ahuyama y la berenjena. De pronto, sin ningún anuncio, su actividad febril se interrumpió y fue sustituida por una especie de fascinación. Estuvo varios días como hechizado, repitiéndose a sí mismo en voz baja un sartal de asombrosas conjeturas, sin dar crédito a su propio entendimiento. Por fin, un martes de diciembre, a la hora del almuerzo, soltó de un golpe toda la carga de su tormento.

Los niños habían de recordar por el resto de su vida la augusta solemnidad con que su padre se sentó a la cabecera de la mesa, temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el encono de su imaginación, y les reveló su descubrimiento.

-La tierra es redonda como una naranja.

Úrsula perdió la paciencia. «Si has de volverte loco, vuélvete tú solo -gritó-. Pero no trates de inculcar a los niños tus ideas de gitano.» José Arcadio Buendía, impasible, no se dejó amedrentar por la desesperación de su mujer, que en un rapto de cólera le destrozó el astrolabio contra el suelo.



Construyó otro, reunió en el cuartito a los hombres del pueblo y les demostró, con teorías que para todos resultaban incomprensibles, la posibilidad de regresar al punto de partida navegando siempre hacia el Oriente. Toda la aldea estaba convencida de que José Arcadio Buendía había perdido el juicio, cuando llegó Melquíades a poner las cosas en su punto. Exaltó en público la inteligencia de aquel hombre que por pura especulación astronómica había construido una teoría ya comprobada en la práctica, aunque desconocida hasta entonces en Macondo, y como una prueba de su admiración le hizo un regalo que había de ejercer una influencia terminante en el futuro de la aldea: un laboratorio de alquimia.

Para esa época, Melquíades había envejecido con una rapidez asombrosa. En sus primeros viajes parecía tener la misma edad de José Arcadio Buendía. Pero mientras éste conservaba su fuerza descomunal, que le permitía derribar un caballo agarrándolo por las orejas, el gitano parecía estragado por una dolencia tenaz. Era, en realidad, el resultado de múltiples y raras enfermedades contraídas en sus incontables viajes alrededor del mundo. Según él mismo le contó a José Arcadio Buendía mientras lo ayudaba a montar el laboratorio, la muerte lo seguía a todas partes, husmeándole los pantalones, pero sin decidirse a darle el zarpazo final. Era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano. Sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes. Aquel ser prodigioso que decía poseer las claves de Nostradamus, era un hombre lúgubre, envuelto en un aura triste, con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas. Usaba un sombrero grande y negro, como las alas extendidas de un cuervo, y un chaleco de terciopelo patinado por el verdín de los siglos. Pero a pesar de su inmensa sabiduría y de su ámbito misterioso, tenía un peso humano, una condición terrestre que lo mantenía enredado en los minúsculos problemas de la vida cotidiana. Se quejaba de dolencias de viejo, sufría por los más insignificantes percances económicos y había dejado de reír desde hacía mucho tiempo, porque el escorbuto le había arrancado los dientes. El sofocante mediodía en que reveló sus secretos, José Arcadio Buendía tuvo la certidumbre de que aquél era el principio de una grande amistad. Los niños se asombraron con sus relatos fantásticos. Aureliano, que no tenía entonces más de cinco años, había de recordarlo por el resto de su vida como lo vio aquella tarde, sentado contra la claridad metálica y reverberante de la ventana, alumbrando con su profunda voz de órgano los territorios más oscuros de la imaginación, mientras chorreaba por sus sienes la grasa derretida por el calor. José Arcadio, su hermano mayor, había de transmitir aquella imagen maravillosa, como un recuerdo hereditario, a toda su descendencia. Úrsula, en cambio, conservó un mal recuerdo de aquella visita, porque entró al cuarto en el momento en que Melquíades rompió por distracción un frasco de bicloruro de mercurio.

-Es el olor del demonio -dijo ella.

-En absoluto -corrigió Melquíades-. Está comprobado que el demonio tiene propiedades sulfúricas, y esto no es más que un poco de solimán.

Siempre didáctico, hizo una sabia exposición sobre las virtudes diabólicas del cinabrio, pero Úrsula no le hizo caso, sino que se llevó los niños a rezar. Aquel olor mordiente quedaría para siempre en su memoria, vinculado al recuerdo de Melquíades.

El rudimentario laboratorio -sin contar una profusión de cazuelas, embudos, retortas, filtros y coladores- estaba compuesto por un atanor primitivo; una probeta de cristal de cuello largo y angosto, imitación del huevo filosófico, y un destilador construido por los propios gitanos según las descripciones modernas del alambique de tres brazos de María la judía. Además de estas cosas, Melquíades dejó muestras de los siete metales correspondientes a los siete planetas, las fórmulas de Moisés y Zósimo para el doblado del oro, y una serie de apuntes y dibujos sobre los procesos del Gran Magisterio, que permitían a quien supiera interpretarlos intentar la fabricación de la piedra



filosofal. Seducido por la simplicidad de las fórmulas para doblar el oro, José Arcadio Buendía cortejó a Úrsula durante varias semanas, para que le permitiera desenterrar sus monedas coloniales y aumentarlas tantas veces como era posible subdividir el azogile.

Úrsula cedió, como ocurría siempre, ante la inquebrantable obstinación de su marido. Entonces José Arcadio Buendía echó treinta doblones en una cazuela, y los fundió con raspadura de cobre, oropimente, azufre y plomo. Puso a hervir todo a fuego vivo en un caldero de aceite de ricino hasta obtener un jarabe espeso y pestilente más parecido al caramelo vulgar que al oro magnífico. En azarosos y desesperados procesos de destilación, fundida con los siete metales planetarios, trabajada con el mercurio hermético y el vitriolo de Chipre, y vuelta a cocer en manteca de cerdo a falta de aceite de rábano, la preciosa herencia de Úrsula quedó reducida a un chicharrón carbonizado que no pudo ser desprendido del fondo del caldero.

Cuando volvieron los gitanos, Úrsula había predispuesto contra ellos a toda la población. Pero la curiosidad pudo más que el temor, porque aquella vez los gitanos recorrieron la aldea haciendo un ruido ensordecedor con toda clase de instrumentos músicos, mientras el pregonero anunciaba la exhibición del más fabuloso hallazgo de los nasciencenos. De modo que todo el mundo se fue a la carpa, y mediante el pago de un centavo vieron un Melquíades juvenil, repuesto, desarrugado, con una dentadura nueva y radiante. Quienes recordaban sus encías destruidas por el escorbuto, sus mejillas flácidas y sus labios marchitos, se estremecieron de pavor ante aquella prueba terminante de los poderes sobrenaturales del gitano. El pavor se convirtió en pánico cuando Melquíades se sacó los dientes, intactos, engastados en las encías, y se los mostró al público por un instante un instante fugaz en que volvió a ser el mismo hombre decrepito de los años anteriores y se los puso otra vez y sonrió de nuevo con un dominio pleno de su juventud restaurada. Hasta el propio José Arcadio Buendía consideró que los conocimientos de Melquíades habían llegado a extremos intolerables, pero experimentó un saludable alborozo cuando el gitano le explicó a solas el mecanismo de su dentadura postiza. Aquello le pareció a la vez tan sencillo y prodigioso, que de la noche a la mañana perdió todo interés en las investigaciones de alquimia; sufrió una nueva crisis de mal humor, no volvió a comer en forma regular y se pasaba el día dando vueltas por la casa. «En el mundo están ocurriendo cosas increíbles -le decía a Úrsula-. Ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como los burros.» Quienes lo conocían desde los tiempos de la fundación de Macondo, se asombraban de cuánto había cambiado bajo la influencia de Melquíades.

Al principio, José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo físico, para la buena marcha de la comunidad. Puesto que su casa fue desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras fueron arregladas a su imagen y semejanza. Tenía una salita amplia y bien iluminada, un comedor en forma de terraza con flores de colores alegres, dos dormitorios, un patio con un castaño gigantesco, un huerto bien plantado y un corral donde vivían en comunidad pacífica los chivos, los cerdos y las gallinas. Los únicos animales prohibidos no sólo en la casa, sino en todo el poblado, eran los gallos de pelea.

La laboriosidad de Úrsula andaba a la par con la de su marido. Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche, siempre perseguida por el suave susurro de sus pollerines de olán. Gracias a ella, los pisos de tierra golpeada, los muros de barro sin encalar, los rústicos muebles de madera contruidos por ellos mismos estaban siempre limpios, y los viejos arcones donde se guardaba la ropa exhalaban un tibio olor de albahaca.

José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol



que otra a la hora del calor. En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto.

Desde los tiempos de la fundación, José Arcadio Buendía construyó trampas y jaulas. En poco tiempo llenó de turpiales, canarios, azulejos y petirrojos no sólo la propia casa, sino todas las de la aldea. El concierto de tantos pájaros distintos llegó a ser tan aturdidor, que Úrsula se tapó los oídos con cera de abejas para no perder el sentido de la realidad. La primera vez que llegó la tribu de Melquíades vendiendo bolas de vidrio para el dolor de cabeza, todo el mundo se sorprendió de que hubieran podido encontrar aquella aldea perdida en el sopor de la ciénaga, y los gitanos confesaron que se habían orientado por el canto de los pájaros.

Aquel espíritu de iniciativa social desapareció en poco tiempo, arrastrado por la fiebre de los imanes, los cálculos astronómicos, los sueños de transmutación y las ansias de conocer las maravillas del mundo. De emprendedor y limpio, José Arcadio Buendía se convirtió en un hombre de aspecto holgazán, descuidado en el vestir, con una barba salvaje que Úrsula lograba cuadrar a duras penas con un cuchillo de cocina. No faltó quien lo considerara víctima de algún extraño sortilegio. Pero hasta los más convencidos de su locura abandonaron trabajo y familias para seguirlo, cuando se echó al hombro sus herramientas de desmontar, y pidió el concurso de todos para abrir una trocha que pusiera a Macondo en contacto con los grandes inventos.

José Arcadio Buendía ignoraba por completo la geografía de la región. Sabía que hacia el Oriente estaba la sierra impenetrable, y al otro lado de la sierra la antigua ciudad de Riohacha, donde en épocas pasadas -según le había contado el primer Aureliano Buendía, su abuelo- sir Francis Drake se daba al deporte de cazar caimanes a cañonazos, que luego hacía remendar y rellenar de paja para llevárselos a la reina Isabel. En su juventud, él y sus hombres, con mujeres y niños y animales y toda clase de enseres domésticos, atravesaron la sierra buscando una salida al mar, y al cabo de veintiséis meses desistieron de la empresa y fundaron a Macondo para no tener que emprender el camino de regreso. Era, pues, una ruta que no le interesaba, porque sólo podía conducirlo al pasado. Al sur estaban los pantanos, cubiertos de una eterna nata vegetal, y el vasto universo de la ciénaga grande, que según testimonio de los gitanos carecía de límites. La ciénaga grande se confundía al Occidente con una extensión acuática sin horizontes, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales. Los gitanos navegaban seis meses por esa ruta antes de alcanzar el cinturón de tierra firme por donde pasaban las mulas del correo. De acuerdo con los cálculos de José Arcadio Buendía, la única posibilidad de contacto con la civilización era la ruta del Norte. De modo que dotó de herramientas de desmonte y armas de cacería a los mismos hombres que lo acompañaron en la fundación de Macondo; echó en una mochila sus instrumentos de orientación y sus mapas, y emprendió la temeraria aventura.

Los primeros días no encontraron un obstáculo apreciable. Descendieron por la pedregosa ribera del río hasta el lugar en que años antes habían encontrado la armadura del guerrero, y allí penetraron al bosque por un sendero de naranjos silvestres. Al término de la primera semana, mataron y asaron un venado, pero se conformaron con comer la mitad y salar el resto para los próximos días. Trataban de aplazar con esa precaución la necesidad de seguir comiendo guacamayas, cuya carne azul tenía un áspero sabor de almizcle. Luego, durante más de diez días, no volvieron a ver el sol. El suelo se volvió blando y húmedo, como ceniza volcánica, y la vegetación fue cada vez más insidiosa y se hicieron cada vez más lejanos los gritos de los pájaros y la bullaranga de los monos, y el mundo se volvió triste para siempre. Los hombres de la expedición se sintieron abrumados por sus recuerdos más antiguos en aquel paraíso de humedad y silencio, anterior al pecado original, donde las botas se hundían en pozos de aceites humeantes y los machetes destrozaban lirios sangrientos y salamandras doradas. Durante una semana, casi sin



hablar, avanzaron como sonámbulos por un universo de pesadumbre, alumbrados apenas por una tenue reverberación de insectos luminosos y con los pulmones agobiados por un sofocante olor de sangre. No podían regresar, porque la trocha que iban abriendo a su paso se volvía a cerrar en poco tiempo, con una vegetación nueva que casi veían crecer ante sus ojos. «No importa -decía José Arcadio Buendía-. Lo esencial es no perder la orientación.» Siempre pendiente de la brújula, siguió guiando a sus hombres hacia el norte invisible, hasta que lograron salir de la región encantada. Era una noche densa, sin estrellas, pero la oscuridad estaba impregnada por un aire nuevo y limpio. Agotados por la prolongada travesía, colgaron las hamacas y durmieron a fondo por primera vez en dos semanas. Cuando despertaron, ya con el sol alto, se quedaron pasmados de fascinación. Frente a ellos, rodeado de helechos y palmeras, blanco y polvoriento en la silenciosa luz de la mañana, estaba un enorme galeón español.

Ligeramente volteado a estribor, de su arboladura intacta colgaban las piltrafas escuálidas del velamen, entre jarcias adornadas de orquídeas. El casco, cubierto con una tersa coraza de rémora petrificada y musgo tierno, estaba firmemente enclavado en un suelo de piedras. Toda la estructura parecía ocupar un ámbito propio, un espacio de soledad y de olvido, vedado a los vicios del tiempo y a las costumbres de los pájaros. En el interior, que los expedicionarios exploraron con un fervor sigiloso, no había nada más que un apretado bosque de flores.

El hallazgo del galeón, indicio de la proximidad del mar, quebrantó el ímpetu de José Arcadio Buendía. Consideraba como una burla de su travieso destino haber buscado el mar sin encontrarlo, al precio de sacrificios y penalidades sin cuento, y haberlo encontrado entonces sin buscarlo, atravesado en su camino como un obstáculo insalvable. Muchos años después, el coronel Aureliano Buendía volvió a travesar la región, cuando era ya una ruta regular del correo, y lo único que encontró de la nave fue el costillar carbonizado en medio de un campo de amapolas. Sólo entonces convencido de que aquella historia no había sido un engendro de la imaginación de su padre, se preguntó cómo había podido el galeón adentrarse hasta ese punto en tierra firme. Pero José Arcadio Buendía no se planteó esa inquietud cuando encontró el mar, al cabo de otros cuatro días de viaje, a doce kilómetros de distancia del galeón. Sus sueños terminaban frente a ese mar color de ceniza, espumoso y sucio, que no merecía los riesgos y sacrificios de su aventura.

-¡Carajo! -gritó-. Macondo está rodeado de agua por todas partes.

La idea de un Macondo peninsular prevaleció durante mucho tiempo, inspirada en el mapa arbitrario que dibujó José Arcadio Buendía al regreso de su expedición. Lo trazó con rabia, exagerando de mala fe las dificultades de comunicación, como para castigarse a sí mismo por la absoluta falta de sentido con que eligió el lugar. «Nunca llegaremos a ninguna parte -se lamentaba ante Úrsula-. Aquí nos hemos de pudrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia.» Esa certidumbre, rumiada varios meses en el cuartito del laboratorio, lo llevó a concebir el proyecto de trasladar a Macondo a un lugar más propicio. Pero esta vez, Úrsula se anticipó a sus designios febriles. En una secreta e implacable labor de hormiguita predispuso a las mujeres de la aldea contra la veleidad de sus hombres, que ya empezaban a prepararse para la mudanza.

José Arcadio Buendía no supo en qué momento, ni en virtud de qué fuerzas adversas, sus planes se fueron enredando en una maraña de pretextos, contratiempos y evasivas, hasta convertirse en pura y simple ilusión. Úrsula lo observó con una atención inocente, y hasta sintió por él un poco de piedad, la mañana en que lo encontró en el cuartito del fondo comentando entre dientes sus sueños de mudanza, mientras colocaba en sus cajas originales las piezas del laboratorio. Lo dejó terminar. Lo dejó clavar las cajas y poner sus iniciales encima con un hisopo entintado, sin hacerle ningún reproche, pero sabiendo ya que él sabía (porque se lo oyó decir en sus sordos monólogos) que los hombres del pueblo no lo secundarían en su empresa. Sólo cuando empezó a desmontar la puerta del cuartito, Úrsula se atrevió a preguntarle por qué lo hacía, y él le contestó con una cierta amargura: «Puesto que nadie quiere irse, nos iremos solos.» Úrsula no se alteró.





-No nos iremos -dijo-. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo.

-Todavía no tenemos un muerto -dijo él-. Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra.

Úrsula replicó, con una suave firmeza: -Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me muero.

José Arcadio Buendía no creyó que fuera tan rígida la voluntad de su mujer. Trató de seducirla con el hechizo de su fantasía, con la promesa de un mundo prodigioso donde bastaba con echar unos líquidos mágicos en la tierra para que las plantas dieran frutos a voluntad del hombre, y donde se vendían a precio de baratillo toda clase de aparatos para el dolor. Pero Úrsula fue insensible a su clarividencia.

-En vez de andar pensando en tus alocadas novelorías, debes ocuparte de tus hijos -replicó-. Míralos cómo están, abandonados a la buena de Dios, igual que los burros.

José Arcadio Buendía tomó al pie de la letra las palabras de su mujer. Miró a través de la ventana y vio a los dos niños descalzos en la huerta soleada, y tuvo la impresión de que sólo en aquel instante habían empezado a existir, concebidos por el conjuro de Úrsula. Algo ocurrió entonces en su interior; algo misterioso y definitivo que lo desarraigó de su tiempo actual y lo llevó a la deriva por una región inexplorada de los re cuerdos. Mientras Úrsula seguía barriendo la casa que ahora estaba segura de no abandonar en el resto de su vida él permaneció contemplando a los niños con mirada absorta hasta que los ojos se le humedecieron y se los secó con el dorso de la mano, y exhaló un hondo suspiro de resignación.

-Bueno -dijo-. Diles que vengan a ayudarme a sacar las cosas de los cajones.

José Arcadio, el mayor de los niños, había cumplido catorce años. Tenía la cabeza cuadrada, el pelo hirsuto y el carácter voluntarioso de su padre. Aunque llevaba el mismo impulso de crecimiento y fortaleza física, ya desde entonces era evidente que carecía de imaginación. Fue concebido y dado a luz durante la penosa travesía de la sierra, antes de la fundación de Macondo, y sus padres dieron gracias al cielo al comprobar que no tenía ningún órgano de animal.

Aureliano, el primer ser humano que nació en Macondo, iba a cumplir seis años en marzo. Era silencioso y retraído. Había llorado en el vientre de su madre y nació con los ojos abiertos. Mientras le cortaban el ombligo movía la cabeza de un lado a otro reconociendo las cosas del cuarto, y examinaba el rostro de la gente con una curiosidad sin asombro. Luego, indiferente a quienes se acercaban a conocerlo, mantuvo la atención concentrada en el techo de palma, que parecía a punto de derrumbarse bajo la tremenda presión de la lluvia. Úrsula no volvió a acordarse de la intensidad de esa mirada hasta un día en que el pequeño Aureliano, a la edad de tres años, entró a la cocina en el momento en que ella retiraba del fogón y ponía en la mesa una olla de caldo hirviendo. El niño, perplejo en la puerta, dijo: «Se va a caer.» La olla estaba bien puesta en el centro de la mesa, pero tan pronto como el niño hizo el anuncio, inició un movimiento irrevocable hacia el borde, como impulsada por un dinamismo interior, y se despedazó en el suelo. Úrsula, alarmada, le contó el episodio a su marido, pero éste lo interpretó como un fenómeno natural. Así fue siempre, ajeno a la existencia de sus hijos, en parte porque consideraba la infancia como un período de insuficiencia mental, y en parte porque siempre estaba demasiado absorto en sus propias especulaciones quiméricas.

Pero desde la tarde en que llamó a los niños para que lo ayudaran a desempacar las cosas del laboratorio, les dedicó sus horas mejores. En el cuartito apartado, cuyas paredes se fueron llenando poco a poco de mapas inverosímiles y gráficos fabulosos, les enseñó a leer y escribir y a sacar cuentas, y les habló de las maravillas del mundo no sólo hasta donde le alcanzaban sus conocimientos, sino forzando a extremos increíbles los límites de su imaginación. Fue así como los niños terminaron por aprender que en el extremo meridional del África había hombres tan inteligentes y pacíficos que su único entretenimiento era sentarse a pensar, y que era posible



atravesar a pie el mar Egeo saltando de isla en isla hasta el puerto de Salónica. Aquellas alucinantes sesiones quedaron de tal modo impresas en la memoria de los niños, que muchos años más tarde, un segundo antes de que el oficial de los ejércitos regulares diera la orden de fuego al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía volvió a vivir la tibia tarde de marzo en que su padre interrumpió la lección de física, y se quedó fascinado, con la mano en el aire y los ojos inmóviles, oyendo a la distancia los pífanos y tambores y sonajas de los gitanos que una vez más llegaban a la aldea, pregonando el último y asombroso descubrimiento de los sabios de Memphis.

Eran gitanos nuevos. Hombres y mujeres jóvenes que sólo conocían su propia lengua, ejemplares hermosos de piel aceitada y manos inteligentes, cuyos bailes y músicas sembraron en las calles un pánico de alborotada alegría, con sus loros pintados de todos los colores que recitaban romanzas italianas, y la gallina que ponía un centenar de huevos de oro al son de la pandereta, y el mono amaestrado que adivinaba el pensamiento, y la máquina múltiple que servía al mismo tiempo para pegar botones y bajar la fiebre, y el aparato para olvidar los malos recuerdos, y el emplasto para perder el tiempo, y un millar de invenciones más, tan ingeniosas e insólitas, que José Arcadio Buendía hubiera querido inventar la máquina de la memoria para poder acordarse de todas. En un instante transformaron la aldea. Los habitantes de Macondo se encontraron de pronto perdidos en sus propias calles, aturdidos por la feria multitudinaria.

Llevando un niño de cada mano para no perderlos en el tumulto, tropezando con saltimbanquis de dientes acorazados de oro y malabaristas de seis brazos, sofocado por el confuso aliento de estiércol y sándalo que exhalaba la muchedumbre, José Arcadio Buendía andaba como un loco buscando a Melquíades por todas partes, para que le revelara los infinitos secretos de aquella pesadilla fabulosa. Se dirigió a varios gitanos que no entendieron su lengua. Por último llegó hasta el lugar donde Melquíades solía plantar su tienda, y encontró un armenio taciturno que anunciaba en castellano un jarabe para hacerse invisible. Se había tomado de un golpe una copa de la sustancia ambarina, cuando José Arcadio Buendía se abrió paso a empujones por entre el grupo absorto que presenciaba el espectáculo, y alcanzó a hacer la pregunta. El gitano le envolvió en el clima atónito de su mirada, antes de convertirse en un charco de alquitrán pestilente y humeante sobre el cual quedó flotando la resonancia de su respuesta: «Melquíades murió.» Aturdido por la noticia, José Arcadio Buendía permaneció inmóvil, tratando de sobreponerse a la aflicción, hasta que el grupo se dispersó reclamado por otros artificios y el charco del armenio taciturno se evaporó por completo. Más tarde, otros gitanos le confirmaron que en efecto Melquíades había sucumbido a las fiebres en los médanos de Singapur, y su cuerpo había sido arrojado en el lugar más profundo del mar de Java. A los niños no les interesó la noticia. Estaban obstinados en que su padre los llevara a conocer la portentosa novedad de los sabios de Memphis, anunciada a la entrada de una tienda que, según decían, perteneció al rey Salomón.

Tanto insistieron, que José Arcadio Buendía pagó los treinta reales y los condujo hasta el centro de la carpa, donde había un gigante de torso peludo y cabeza rapada, con un anillo de cobre en la nariz y una pesada cadena de hierro en el tobillo, custodiando un cofre de pirata. Al ser destapado por el gigante, el cofre dejó escapar un aliento glacial. Dentro sólo había un enorme bloque transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba en estrellas de colores la claridad del crepúsculo. Desconcertado, sabiendo que los niños esperaban una explicación inmediata, José Arcadio Buendía se atrevió a murmurar:

-Es el diamante más grande del mundo.

-No -corrigió el gitano-. Es hielo.

José Arcadio Buendía, sin entender, extendió la mano hacia el témpano, pero el gigante se la apartó. «Cinco reales más para tocarlo», dijo. José Arcadio Buendía los pagó, y entonces puso la mano sobre el hielo, y la mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio. Sin saber qué decir, pagó otros diez reales para que sus



hijos vivieran la prodigiosa experiencia. El pequeño José Arcadio se negó a tocarlo. Aureliano, en cambio, dio un paso hacia adelante, puso la mano y la retiró en el acto. «Está hirviendo», exclamó asustado. Pero su padre no le prestó atención. Embriagado por la evidencia del prodigio, en aquel momento se olvidó de la frustración de sus empresas delirantes y del cuerpo de Melquíades abandonado al apetito de los calamares. Pagó otros cinco reales, y con la mano puesta en el tímpano, como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó: -Éste es el gran invento de nuestro tiempo.





## Eduardo Mendoza

### La ciudad de los prodigios

4

Al volver a casa encontró a su familia presa de gran agitación. Desde hacía varios días lo buscaban desesperadamente; creyéndolo en París habían telefoneado al consulado y a la embajada española en esa ciudad y a todos los hoteles de cierta categoría y se habían puesto en contacto también con las autoridades francesas. El revuelo ocasionado por estas medidas drásticas eclipsaba ahora la sorpresa provocada por su propio regreso: nadie parecía reparar en él.

Por fin logró que alguien le explicara la razón de aquella solicitud inusual: un joven bien parecido y de muy buena familia había pedido sin previo aviso la mano de su hija menor, que a la sazón contaba dieciocho años recién cumplidos.

Ya empieza la lucha por mis despojos, pensó. No valoraba en mucho a sus hijas: supuso que tendría que vérselas con un cazadotes, pero a esta eventualidad ya se había resignado. No podía tomar la cosa a la ligera, sin embargo, por lo que dio instrucciones para que convocaran el pretendiente esa misma tarde a su despacho. Luego se retiró a descansar. El mayordomo lo despertó para anunciarle la visita de Efrén Castells. El gigante irrumpió en el despacho con una cartera repleta de papeles: venía a hablar de negocios. Esta perspectiva lo descorazonó.

—Hiciste bien en desaparecer —empezó diciendo—; realmente iban por tu cabeza —el gigante de Calella hizo un gesto de desconcierto y exhaló un suspiro. Por fortuna aquel primer momento de exaltación había pasado ya—. Como vino se fue —dijo. Durante unos días ni él mismo se había sentido seguro.

Automóviles misteriosos recorrían las calles a altas horas de la noche; otras veces en las horas de mayor bullicio la ciudad quedaba súbitamente silenciosa y quieta; la gente hablaba en voz baja. Luego todo había vuelto a la normalidad. El gigante abrió la cartera y empezó a sacar legajos de ella—. Vengo a rendirte cuentas... —empezó a decir. Onofre Bouvila le interrumpió con un gesto: Hay tiempo, dijo. Efrén Castells insistió en ponerle al corriente de la situación económica peculiar en que se encontraban ambos—. Al principio querían quitártelo todo —dijo el gigante—; luego vieron los contratos que habíamos firmado y ya no supieron qué hacer: se les podía leer el estupor y la indignación pintados en la cara —aquellas mismas personas que no habrían vacilado en enviarlo a la muerte se habían quedado paralizadas ante unos documentos legalizados; esta contradicción aparente no le sorprendió—.

Llamaron todos sus abogados a consejo y estuvieron discutiendo el asunto varios días con sus noches; no veían forma de hincarle el diente. Recabaron desesperadamente mi colaboración. Yo me mantuve firme. Al final llegamos a un acuerdo: yo les prometí que seguiría haciéndome cargo de tus negocios; ellos a cambio prometieron respetar mi independencia; también tuve que prometerles que obtendría tu consentimiento a este acuerdo: de esto depende todo ahora —dijo el gigante. Luego guardó un silencio respetuoso.

—He sido jubilado, ¿verdad? —dijo Onofre Bouvila.

—Esto pasará —dijo Efrén *f* Castells. *f*



A las ocho el pretendiente de su hija compareció muy azarado en el despacho. Tenía aspecto quebradizo y poco inteligente y le costaba esfuerzo articular dos frases con coherencia; no parecía un sinvergüenza ni tampoco un hombre honrado. Onofre empezó tratándolo con cordialidad; esta cordialidad que no esperaba desconcertó al pretendiente; su padre le había dicho: pase lo que pase tú no pierdas la compostura, si te insulta o habla mal de la familia, no te des por enterado. Ahora ante tanta amabilidad no sabía qué hacer ni qué decir. Onofre también iba a la deriva. Poco después de la marcha de Efrén Castells había recibido la visita de su suegro. Don Humbert Figa i Morera había repetido los mismos argumentos que ya había esgrimido el gigante de Calella. Lo mejor es armarse de paciencia, le había recomendado; considera este paréntesis como unas vacaciones bien merecidas, dedícate a la vida de familia y a los placeres del hogar y de la buena mesa. Onofre Bouvila le había prometido tener en cuenta sus consejos.

Luego habían entrado su hija y su mujer. Mi padre me ha puesto al corriente de la situación, le había dicho su mujer, me alegro de que hayas decidido tomarte la cosa con calma. En su voz había percibido un deje de satisfacción: Si estos reveses sirven para que yo y mis hijas te recuperemos, bienvenidos sean, parecía dar a entender con su expresión. Su hija había ido directamente al grano: Sé benévolo con él, papá, le había rogado, le quiero con toda mi alma; ahora mi felicidad depende enteramente de ti. Viendo al pretendiente recordaba estas palabras. Será un pelele en manos de mi hija, pensaba, un perro faldero, quizá sea esto lo que ella quiera, estas cosas ya se tienen muy claras a su edad; bien, le daré mi consentimiento y me ganaré el reconocimiento de toda mi familia, dentro de poco la casa estará invadida de nietos, quizá tenga razón mi suegro y haya llegado la hora de disfrutar del hogar, se dijo. Luego en voz alta dijo: No sólo me opongo terminantemente a este matrimonio absurdo sino que le prohíbo a usted que vuelva a ver a mi hija; si por cualquier medio trata de ponerse en contacto con ella o con otro miembro cualquiera de esta casa, familiar o criado, haré que mis hombres le sigan y le rompan todos los huesos en un callejón oscuro. La suerte le deparaba una víctima sobre la que descargar la ira acumulada durante todo el día; nunca desperdiciaba estas oportunidades. Que Dios confunda a mi familia, pensó. Luego, dirigiéndose al pretendiente, que no daba crédito a sus oídos, prosiguió diciendo: Esta prohibición que ahora expreso es irrevocable; no espere usted que con el tiempo cambie de opinión: esto es algo que nunca he hecho y nunca haré. Si a pesar de todas mis advertencias usted insistiese en ver a mi hija o en hacerle llegar algún mensaje, me veré en la penosa obligación de hacer que le peguen un tiro en la nuca. Me parece que he hablado con la suficiente claridad. El mayordomo le acompañará a la puerta. Esta entrevista le hizo recuperar parte del humor perdido; incluso tuvo un gesto de condescendencia más tarde con su mujer: No te inquietes, le dijo, si se quieren de verdad y él la merece realmente, vendrá por ella a pesar de todas mis amenazas; en tal caso, yo no cumpliría lo que he dicho; al contrario, habría una gran boda y yo procuraría que nunca les faltara nada; pero yo creo que de este muchacho no volveremos a oír hablar: créeme, mujer, es un zángano, no habría hecho feliz a la niña. Ya vendrán otros. Anda, deja de llorar y ve a consolarla; ya verás qué aprisa se le pasa el disgusto. Pero al margen de estos entretenimientos ocasionales la vida de familia no tenía ningún aliciente para él.

Ahora dedicaba todo su tiempo a proseguir la reconstrucción de la mansión, que había dejado interrumpida con su marcha.

Por casualidad esta obra ingente quedó finalizada a mediados de diciembre de 1924, pocos días después de que Onofre Bouvila cumpliera los cincuenta años de edad. Ahora el jardín había perdido su aspecto selvático y había recuperado su antigua armonía; los esquifes recién barnizados se mecían en el canal, varias parejas de cisnes reflejaban sus formas gráciles en el agua cristalina del lago; dentro de la casa las puertas se abrían y cerraban con suavidad, las lámparas centelleaban en los espejos, en los techos se podían ver querubines y ninfas recién pintados, las alfombras amortiguaban el ruido de los pasos y los muebles absorbían en la superficie reluciente la luz



tamizada que filtraban los visillos. Había llegado el momento de hacer el traslado. Sus hijas intentaron oponer a ello resistencia: se negaban a abandonar la ciudad. ¿Quién vendrá a vernos a este lugar dejado de la mano de Dios?, objetaban. Mientras yo sea rico vendrán a vernos al infierno si es preciso, respondía él. En realidad tanto a su mujer como a sus hijas les daba miedo verse aisladas con aquel hombre que las tiranizaba y parecía divertirse haciéndolas sufrir.

También la mansión les infundía temor y desagrado. Aunque la reconstrucción podía considerarse perfecta había algo inquietante en aquella copia fidelísima, algo pomposo en aquel ornato excesivo, algo demente en aquel afán por calcar una existencia anacrónica y ajena, algo grosero en aquellos cuadros, jarrones, relojes y figuras de imitación que no eran regalos ni legados, cuya presencia no era fruto de sucesivos hallazgos o caprichos, que no atesoraban la memoria del momento en que fueron adquiridos, de la ocasión en que pasaron a formar parte de la casa: allí todo respondía a una voluntad rigurosa, todo era falso y opresivo. Acallados los ruidos de la obra y desaparecidos los albañiles, peones, yeseros y pintores, restablecido el orden y la limpieza la mansión adquirió una solemnidad funeraria. Hasta los cisnes del lago tenían un aire de idiocia que les era propio. El alba amanecía para arrojar una luz siniestra y distinta sobre la mansión.

Estas características eran del agrado de Onofre Bouvila. Allí podía vivir a su antojo, sin ver ni oír a su mujer ni a sus hijas durante semanas enteras. Jamás paseaba por el jardín y salía raramente durante el día de los aposentos que había reservado para su uso exclusivo. No recibía visitas y en contra de sus predicciones nadie iba a visitarles por propia iniciativa. Al cabo de unos meses de efectuado el traslado sus dos hijas abandonaron el hogar definitivamente. La menor fue la primera en marcharse. Con la ayuda de su abuelo, don Humbert Figa i Morera, que la adoraba hasta el punto de atreverse, a pesar de su edad y sus achaques, a incurrir en la ira posible de su yerno, se estableció en París; allí contrajo matrimonio al cabo de un tiempo con un pianista húngaro de reputación escasa y futuro incierto que le doblaba la edad; ambos vagaron de ciudad en ciudad a partir de entonces, acosados por los acreedores. La hija mayor no tardó en seguir el ejemplo de su hermana. Aunque reconocía abiertamente no sentir por ello ninguna inclinación ingresó en una congregación de misioneras laicas que ejercían la docencia y la medicina en lugares remotos y atrasados. Después de pasar varios años en el Amazonas, cerca de Iquitos, tratando mal que bien de compaginar la práctica de la obstetricia con el consumo inmoderado de whisky fue repatriada por las autoridades peruanas; para ello fue necesario sobornar a varios funcionarios gubernamentales e indemnizar a las víctimas de su negligencia, su vicio y su ignorancia. Luego vivió apaciblemente envuelta en los vahos del alcohol en una "suite" del hotel Ritz de Madrid hasta su muerte en 1981.

Onofre Bouvila vio disolverse su familia con la misma indiferencia con que la había visto formarse después de la muerte de su segundo hijo: una familia hecha de residuos y desencantos. Su esposa pasaba el día entero y parte de la noche en la capilla del primer piso: allí se hacía llevar las cajas de trufas heladas y de bombones de licor que consumía compulsivamente a todas horas mientras trataba de orientarse en el laberinto de novenas, triduos, viacrucis, adoraciones, cuarenta horas, infraoctavas y velas en que vivía sumida.

Ahora la casa parecía verdaderamente desierta. Si al principio los muebles y los objetos carecían de vida afectiva, pronto adquirieron otra vida fantasmagórica: por las noches se oían ruidos en las estancias vacías y a la mañana siguiente los armarios aparecían desplazados y las alfombras arrolladas, como si todas aquellas piezas colosales y pesadísimas hubieran estado deambulando por los salones al amparo de la oscuridad.

En realidad no había nada sobrenatural en aquello: eran los criados, que manifestaban de este modo su descontento y su hastío. Vamos a ver si acabamos de volver tarumba a la señora, se decían; sin más se dedicaban a golpear cacerolas y arrastrar muebles y golpear las paredes con cadenas. De todo esto Onofre Bouvila no se daba por enterado: para librarse del ambiente lúgubre que reinaba en la casa había adquirido el hábito de salir todas las noches. En compañía de su chófer y



guardaespaldas frecuentaba los antros más infames; huyendo de la elegancia y la limpieza buscaba la camaradería de rufianes, maleantes y putas: así creía haber reencontrado aquella Barcelona de la que había logrado elevarse pero en la que ahora creía haber sido bastante feliz. En realidad era la juventud perdida lo que añoraba. Con este objeto trataba de convencerse a sí mismo de que en aquellos ambientes que rezumaban ignominia y miseria se sentía como en su propia casa; en el fondo sabía que le repugnaban aquellos cuchitriles inmundos, mal ventilados, aquellos catres sudados y pestilentes en los que despertaba sobresaltado. El vino peleón, el champaña adulterado y la cocaína que consumía para mantenerse alegre durante toda la noche le sentaban mal: a menudo vomitaba en la calle o dentro del coche cuando regresaba a casa al despuntar el día

También sabía que aquellos charlatanes, contrabandistas y mujerzuelas iban desesperadamente detrás de su dinero. Cuando el chófer lo sacaba casi en brazos de algún burdel las putas que le habían recibido con muestras descocadas de simpatía cambiaban de talante en un abrir y cerrar de ojos, sus chulos les arrebatában a golpes el dinero que él les había dado sin tasa, la euforia y la lujuria se desvanecían: ahora imperaban allí la codicia, la violencia y el rencor. Todo esto lo sabía pero se dejaba engañar; no con el dinero que despilfarraba, sino con este engaño creía pagar el derecho a respirar nuevamente el aire del puerto, el olor a salitre y petróleo y a frutas maduras que se echaban a perder en las sentinas de los barcos como si aún perteneciera a este mundo, que había perdido para siempre muchos años atrás.

Una noche se despertó en una habitación minúscula; las paredes estaban recubiertas de un papel sucio que originalmente había sido de color naranja; colgada de un hilo eléctrico parpadeaba una bombilla de filamentos. Tenía los pies y las manos helados y un hormigueo desagradable le recorría el costado izquierdo. Supo que se moría y le extrañó la precisión con que aún podía registrar detalles nimios. A su lado oyó gritar a una furcia cuyo rostro no recordaba haber visto nunca antes de entonces. Haciendo un gran esfuerzo consiguió asirle la muñeca: sabía que si ella lograba zafarse le quitaría todo lo que llevaba y huiría sin decir nada a nadie. Lo dejaría morir allí. Le prometeré el oro y el moro si me ayuda, pensó, pero las palabras le ahogaban, no le dejaban respirar. No es mal sitio para morir, pensó, menudo escándalo.

Pero ¿qué estoy diciendo? Yo no quiero morir aquí ni en ningún otro sitio. La furcia se había soltado de un tirón: recogía la ropa desperdigada por el suelo de la habitación y salía al pasillo con la ropa en los brazos. Al verse solo luchó por no dejarse vencer por el pánico. Es el fin, pensó. Oyó gritos y carreras en el pasillo antes de perder el conocimiento.

En realidad todos obraron con acierto. La furcia corrió a buscar al chófer apenas se hubo vestido y éste, temeroso de la responsabilidad en que podría incurrir si el suceso terminaba mal, fue a su vez en busca de Efrén Castells. Cuando ambos se personaron en la casa de tolerancia las pupilas y sus chulos habían conseguido ponerle mal que bien la ropa que traía; no habían conseguido en cambio hacerle beber un trago de coñac por más que habían forcejeado con el mango de una cuchara.

Efrén Castells repartió gratificaciones; incluso el sereno y el vigilante, que estaban presentes, recibieron su parte; todos quedaron contentos y juraron guardar silencio. Daban las cuatro cuando lo metieron en la cama y avisaron a su esposa.

Ella estuvo a la altura de las circunstancias, se comportó como una dama: aceptó secamente las explicaciones improvisadas e inverosímiles que *f* Efrén Castells *f* le daba torpemente y puso en movimiento a todo el servicio. De resultas de ello al cabo de unas horas la mansión era un hervidero: allí habían acudido médicos especialistas y enfermeras y también en previsión de un desenlace fatal abogados y notarios con sus pasantes y agentes de cambio y bolsa y registradores de la propiedad y funcionarios de la delegación de Hacienda, cónsules y agregados comerciales, hampones y políticos (que trataban de pasar inadvertidos), periodistas y corresponsales y muchos sacerdotes provistos de lo necesario para administrar los sacramentos del caso: la confesión, la



eucaristía y la extremaunción. Esta muchedumbre vagaba ahora por el jardín y por la casa, entraba en todas las dependencias, fisgaba en los armarios, abría los cajones revolvía los enseres, manoseaba las obras de arte y dañaba algunos objetos sin querer o queriendo; los reporteros gráficos instalaban los trípodes y las cámaras en mitad de los salones, herían los ojos de todos con los fogonazos de las lámparas de magnesio y malgastaban las placas en hacer unos retratos cuyo significado se perdía al revelarlas. Los criados se dejaban sobornar y revelaban secretos reales o imaginarios al mejor postor. No faltaban embaucadores que se hacían pasar por amigos de la familia o por colaboradores estrechos del enfermo; de estas personas los periodistas y negociantes bisoños obtenían mediante pago la información más distorsionada y confusa. De resultas de ello la bolsa bajó en casi todos los mercados. De estas cosas él no se enteraba o se enteraba vagamente: a consecuencia de la medicación recibida parecía estar suspendido en el aire: no le dolía nada ni sentía su propio cuerpo, salvo por el frío persistente en las extremidades. Si no fuera por este frío estaría mejor que nunca, pensaba. Algo de este bienestar le devolvía a una infancia anterior a sus recuerdos más antiguos. Había perdido la noción del tiempo: a pesar de su inmovilidad absoluta las horas no se le hacían largas ni le pesaba la inactividad. Las personas que entraban y salían de la habitación, los médicos que lo examinaban sin cesar, las enfermeras que le administraban medicamentos, alimento y calmantes, que le ponían inyecciones y le sacaban sangre y atendían sus necesidades que ya no controlaba y lo lavaban y perfumaban, las visitas periódicas de su esposa, que pasaba llorando junto al lecho los momentos escasos que le dejaban a solas con él, la irrupción de quienes por medio de algún artificio habían conseguido penetrar hasta su alcoba para pedirle un favor póstumo, para instarle a que pusiera su alma en paz con Dios, para preguntarle un dato esencial sobre una empresa o una operación comercial de cierta envergadura o quizá para oír de sus labios a modo de testamento la clave de su éxito le parecían figuras ficticias, personajes escapados de un grabado infantil, que ahora se movían en unos pocos planos fijos del espacio que le rodeaba con los cuales se confundían. Los murmullos y susurros y el ronroneo de voces y pasos que le llegaba a través de los tabiques, que aumentaba cuando se abría una puerta y se acallaba al cerrarse esa misma puerta también le desconcertaban: no podía establecer una distinción clara entre

sonidos, olores, formas y sensaciones: unos y otras se prestaban a interpretaciones complicadas y no siempre inequívocas o coherentes.

El tacto de la mano de un médico o una enfermera, el olor a quina, la blancura de una bata, un rostro inquisitivo cerca del suyo podían formar un todo cuyo sentido le costaba desentrañar. ¿Qué significa esto?, se decía, ¿qué hacen estas cosas heterogéneas a mi lado?, ¿por qué están aquí? Y su fantasía desencadenada al contacto con estos estímulos le transportaba un rato vertiginosamente por un espacio sin límites y lo depositaba luego en la orilla de algún momento perdido de su pasado, que en aquel punto revivía con una precisión tal que su visión le resultaba turbadora y dolorosa. Luego todo esto se desvanecía lentamente como el humo de los cigarrillos en el aire caldeado de un salón y sólo quedaba en su conciencia el terror que le inspiraba la certeza de la muerte. En estas ocasiones quería ofrecer lo que fuera a cambio de seguir viviendo un poco más y de cualquier modo; sabía que en aquel trance no valía ninguna transacción y esto le desesperaba. ¿Cómo es posible que no pueda hacer absolutamente nada para evitar una cosa tan horrible?, se decía. Convencido de que su vida estaba a punto de extinguirse como se extingue una luz al pulsar un interruptor y de que él iba a desaparecer en cualquier momento para siempre y sin remedio rompía a llorar con la desesperación de un recién nacido; de esto nadie se daba cuenta, porque su fisonomía permanecía inalterable, sólo expresaba serenidad y entereza.

Tampoco faltaban ocasiones en que estos vértigos, remembranzas y terrores dejaban paso a visiones irreales y placenteras. En una de estas visiones creyó encontrarse en un lugar incierto alumbrado por una claridad monótona, como de mediodía nublado. Estando allí sin saber con qué fin vio venir hacia él un individuo que ya de lejos creyó reconocer. Cuando lo tuvo más cerca





celebró la circunstancia que había hecho posible este reencuentro. Padre, dijo, cuánto tiempo sin vernos. El americano sonrió: físicamente había cambiado poco desde el día aquel en que regresó de Cuba con el traje de dril, el panamá y la jaula del mono, salvo que ahora llevaba una barba larga y bien cuidada. Y esa barba, padre, ¿a qué se debe?, le preguntó. El americano se encogió de hombros. No sé, hijo, parecía querer indicar con este gesto. Luego abrió la boca, movió los labios lentamente, como si fuera a decir algo, pero se quedó así, sin proferir ningún sonido. Onofre contenía la respiración; esperaba que su padre le revelara en cualquier momento algo trascendental. Pero su padre seguía mudo; al final cerró la boca y volvió a sonreír: ahora su sonrisa estaba teñida de melancolía. Quizá sea esto en realidad estar muerto, pensó Onofre con un estremecimiento, esta inmutabilidad; cuando se está muerto ya no se va a ninguna parte verdaderamente, pensó, todo es permanecer; donde no hay cambio no hay dolor, pero tampoco alegría, si algo tiene la muerte es la ausencia completa de alegría, sólo esta ignorancia embarazosa que ahora veo escrita en el rostro de mi padre. Él está realmente muerto, eso se ve sin ningún género de dudas, siguió pensando, por eso su compañía, que al principio me pareció tan agradable ahora sólo sirve para llenarme de tristeza; todo esto indica que yo no estoy muerto, se dijo luego, o no pensaría como lo estoy haciendo. Pero tampoco debo de estar vivo, o no habría tenido esta visión. No hay duda, estoy en un estado transitorio, con un pie a cada lado de la línea divisoria, como se dice en el mundo que estoy a punto de dejar. Qué no daría yo por volver a vivir, pensaba; no pido empezar de nuevo: eso es imposible y por otra parte es seguro que volvería a vivir como he vivido.

No, yo sólo pido seguir viviendo, con eso ya me conformo. Ay, si volviera a vivir lo vería todo con ojos distintos.

## 5

—No sé si es acertado dejar que usted la vea —dijo la monja—. Quiero decir dejar que ella lo vea a usted.

—Entonces, ¿usted sabe quién soy? —preguntó.

La monja frunció los labios; no disminuyó por esta razón la frialdad con que estudiaba a su interlocutor. En esta frialdad no había trazas de animadversión: sólo curiosidad y cautela por partes iguales.

—Todo el mundo sabe quién es usted, señor Bouvila —dijo en voz muy baja, casi con coquetería.

Cada una de sus facciones revelaba una cualidad de su carácter: desprendimiento, dulzura, paciencia, fortaleza, etcétera; su cara entera era un emblema—. La pobre ha sufrido mucho —añadió cambiando de tono—. Ahora pasa la mayor parte del tiempo tranquila; sólo recae de cuando en cuando y aun eso por pocos días. En estas ocasiones vuelve a creerse una reina y una santa. Onofre Bouvila movió la cabeza en señal de asentimiento: Estoy al corriente de la situación, dijo. En realidad se había enterado hacía muy poco.

Durante los meses inacabables de convalecencia, durante el período en que su vida arrancada "in extremis" de las garras de la muerte parecía sustentada precariamente por una tela de araña le habían ocultado la verdad: cualquier trastorno puede serle fatal, habían dicho los médicos. Pero no pudieron evitar que acabara enterándose indirectamente. Un día de otoño en que combatía el tedio hojeando revistas en un extremo del salón, junto al ventanal cerrado, con las piernas cubiertas por una manta de alpaca, leyó la noticia de la boda. Al principio le pasó por alto su significado: casi todo le pasaba por alto desde hacía tiempo.

Una doncella retiró las revistas que había dejado caer al suelo y corrió las cortinas para que el sol de tarde que empezaba a entrar a través de los cristales no le diera en la cara. Cuando la doncella se hubo ido apoyó la mejilla en el antimacasar: estaba recién planchado y aún conservaba el olor a



albahaca fresca. Así se dejó invadir por la somnolencia. Por primera vez en su vida ahora dormía muchas horas; cualquier actividad sencilla le fatigaba; por fortuna estos sueños eran siempre placenteros. Esta vez, sin embargo, se despertó sobresaltado. No sabía cuánto rato había dormido, pero a juzgar por la posición de la línea que dibujaba el sol en las losas de mármol, poco. Durante unos minutos estuvo tratando de identificar la razón de su inquietud: ¿Es algo que he leído en las revistas?, se preguntaba. Hizo sonar la campanilla que siempre tenía al lado: la doncella y la enfermera acudieron con expresión asustada. No me pasa nada, coño, les dijo irritado ante esta muestra oficiosa de solicitud; sólo quiero que me traigan las revistas que estaba leyendo hace un rato.

Mientras la doncella iba en busca de las revistas la enfermera le tomó el pulso: era una mujer enjuta y avinagrada. Con estos viragos me castiga mi mujer, le decía a Efrén Castells cuando éste iba a visitarle. ¿Qué quieres?, replicaba el gigante con severidad, ¿un pimpollo y que te vuelva a dar un síncope?

Miraba a todas partes para cerciorarse de que nadie les oía y agregaba: Si te hubieras visto como te vi yo cuando fui a recogerte al prostíbulo no dirías estas cosas. Bah, deje de mirar si estoy vivo o muerto y límpieme las gafas con esa gasa que le asoma por el bolsillo, rezongó retirando la mano. La enfermera y él se miraron un instante con aire de desafío. A esto he llegado, pensó: a pelearme con solteronas. Luego ordenó que descorrieran las cortinas y le dejaran en paz.

Febrilmente buscó la noticia de la boda. Soy muy feliz, había declarado la estrella al corresponsal de la revista. James y yo viviremos la mayor parte del año en Escocia; allí James tenía un castillo. James era un aristócrata inglés apuesto y adinerado. Se habían conocido a bordo de un transatlántico de lujo; sí, había sido amor a primera vista, confesaron ambos luego; durante unos meses prefirieron mantener el noviazgo en secreto para eludir el acoso de la prensa; durante estos meses él le enviaba todos los días una orquídea a su habitación: esto era lo primero que ella veía al abrir los ojos. La boda tendría lugar antes del invierno en un lugar que no querían revelar; luego nos espera una larga luna de miel por países exóticos, puntualizaba.

Soy muy feliz, repetía. Con tal motivo anunciaba su retirada definitiva del cine.

—¿Dónde está? —le preguntó a bocajarro aquella misma tarde a Efrén Castells. El gigante se quedó desconcertado.

—Está todo lo bien que se puede estar, créeme —le dijo—.

El sitio es muy agradable; no parece un sanatorio —luego, sintiéndose acusado implícitamente por el silencio hosco de su amigo, se defendió montando en cólera—. No me mires con esta cara, Onofre, por lo que más quieras: tú habrías hecho lo mismo, ¿qué otra salida nos quedaba? Desde el principio sabías tú mejor que nadie que esta aventura tenía que acabar así, la cosa viene de antiguo —le contó cómo las cosas habían ido de mal en peor desde el traspaso de los estudios cinematográficos. Pronto comprendieron que Honesta Labroux no estaba dispuesta a acatar órdenes de nadie, salvo de él; pero él se había ido para no volver. Ahora una película que antes se rodaba en cuatro o cinco días exigía varias semanas de rodaje: los problemas se multiplicaban. Al final había intentado matar a Zuckermann. Un día en que él la había tratado con más crueldad que de ordinario ella sacó una pistola del bolso y disparó contra el director. La pistola era una antigualla, sabe Dios de dónde la habría sacado; le había estallado en la mano: de puro milagro no le voló su propia cabeza. Después de este incidente todos convinieron en que no había más remedio que encerrarla. Onofre asintió sombríamente.

Desaparecida Honesta Labroux la industria cinematográfica que él había creado empezó a declinar. Probaron otras actrices, pero todas fracasaron; ahora las películas resultaban difíciles de amortizar donde antes habían rendido beneficios enormes. El público prefería sin lugar a dudas las películas que llegaban de los estados Unidos; el propio Efrén Castells hablaba con entusiasmo de Mary Pickford y de Charles Chaplin.



Ya habían decidido cerrar los estudios, liquidar la sociedad y dedicarse a la importación de películas extranjeras. Deja que ellos se rompan la mollera y arriesguen el dinero, dijo Efrén Castells. Onofre Bouvila se subió la manta de alpaca hasta el pecho y se encogió de hombros: todo le daba igual.

—Venga —dijo la monja súbitamente. Había estado cavilando y esta decisión era el resultado de sus cavilaciones: de su forma de hablar se desprendía que estaba acostumbrada a tratar con personas cuya comprensión no precisaba. Siguiendo a la monja desembocó en una sala de regulares dimensiones; estaba amueblada con sencillez y parecía limpia y confortable, pero rezumaba olor a enfermedad y decadencia. Por la ventana entraba la claridad delicada de un mediodía de invierno. En la sala hacía bastante frío. Tres hombres de edad indefinida jugaban a las cartas en torno a una mesa camilla; dos de estos hombres llevaban boina y los tres llevaban bufandas arrolladas al cuello. En otra mesa adosada a la pared y cubierta de un mantel azul que colgaba hasta tocar el suelo había un nacimiento: las montañas eran de corcho; el río era de papel de estaño; la vegetación eran unas placas de musgo; las figuritas de barro no guardaban mucha proporción entre sí. Al lado de la mesa había un piano vertical cubierto por una funda de lona.

—Los propios pacientes han hecho este belén —dijo la monja. Al oír esto los tres hombres suspendieron el juego y sonrieron en dirección a Onofre Bouvila—. En la nochebuena, después de la misa del gallo hay una cena comunitaria; quiero decir que pueden asistir a ella también los familiares y allegados que lo deseen. Ya me figuro que éste no es su caso, pero se lo digo igualmente.

Onofre advirtió que todas las ventanas tenían rejas.

Salieron de allí por una puerta distinta; esta puerta llevaba a otro pasillo. Al llegar al final de este segundo pasillo la monja se detuvo.

—Ahora tendrá que esperar aquí un momento —dijo—. Los hombres no pueden entrar en el ala de las mujeres y viceversa: nunca se sabe en qué estado los vamos a encontrar.

La monja lo dejó allí solo. Rebuscó en todos los bolsillos, aun sabiendo la inutilidad de este gesto; los médicos le habían prohibido fumar y no llevaba nunca cigarrillos encima.

Pensó volver a la sala y pedir un cigarrillo a los jugadores.

Algo tendrán y no parecían peligrosos, se dijo. Después de todo, ¿qué pueden hacerme? Al hacerse esta reflexión escruñó críticamente el reflejo de su figura en el cristal de la ventana del pasillo. Allí vio un anciano diminuto, encorvado y pálido, cubierto por un gabán negro con cuello de astracán y apoyado en un bastón con empuñadura de marfil. En la mano que no tenía en la empuñadura del bastón sostenía el sombrero flexible y los guantes. Todo ello le daba un aire de filigrana no exento de comicidad. La llegada de la monja interrumpió esta contemplación desconsoladora. Ya puede venir, le dijo.

Delfina también había envejecido mucho; además de esto había enflaquecido de una manera alarmante: había recuperado la escualidez propia de su naturaleza; nadie habría reconocido en ella la actriz famosa que encandilaba al mundo, ahora sólo él podía reconocer en aquel vestigio la fámula arisca de otros tiempos. Llevaba una bata de lana gruesa sobre el camisón de franela, unos calcetines también de lana y unas pantuflas forradas de pelo de conejo. Mire quién ha venido a verla, señora Delfina, dijo la monja. Ella no reaccionó ante estas palabras ni ante su presencia; miraba un punto lejano, más allá de las paredes del pasillo: esto provocó un silencio incómodo para él. La monja sugirió que fueran a dar un paseo los dos solos. El día está fresquito, pero al sol no se estará mal, dijo; salgan al jardín: el ejercicio les hará bien a los dos. A los ojos de la monja una actriz cinematográfica debía de ser poco más que una prostituta si no su equivalente; si los dejaba salir solos al jardín era porque la decrepitud de ambos les confería una inocencia renovada, pensó Onofre mientras conducía a Delfina por el pasillo hacia el jardín. Esta operación resultó muy ardua y prolongada; ella andaba muy envarada y con lentitud extrema; cada movimiento suyo parecía ser





el fruto de un cálculo complicadísimo y una decisión ponderada y no carente de riesgo. Ya he dado medio paso, parecía ir diciendo cada vez, bueno, ahora daré otro medio. Gracias a esta parsimonia el jardín, que no era muy extenso, parecía enorme. No le falta razón, pensaba Onofre; si no va a pasar jamás de la tapia del jardín, ¿a qué apurarse? Era él quien se fatigaba de resultados de aquella lentitud exasperante. Ven, Delfina, acabó diciendo, vamos a sentarnos un poquito en aquel banco.

—Aquí estaremos muy bien —dijo él cuando se hubieron sentado lado a lado en el banco de piedra; ahora la necesidad de mantener una conversación se hacía imperiosa. Los árboles habían perdido las hojas y junto al muro del sanatorio crecían unas algalias. Le preguntó cómo se encontraba, ¿le dolía algo?, en el sanatorio, ¿la trataban bien?, ¿necesitaba alguna cosa que él pudiera proporcionarle? Ella no respondía, seguía mirando hacia delante con la misma expresión impertérrita; ni siquiera parecía darse cuenta de dónde estaba o con quién.

Este silencio oprimió a Onofre más de lo que él habría podido imaginar. Cuántas cosas han pasado, dijo a media voz; y sin embargo nada ha cambiado; los dos seguimos siendo los mismos, ¿no crees?; sólo que ahora la vida ha echado a perder lo poco que teníamos. Un pájaro negro se posó en la grava del jardín, allí se detuvo un rato y emprendió luego el vuelo. Onofre siguió hablando cuando el pájaro se hubo ido. ¿Recuerdas cuando nos conocimos, Delfina? No digo el momento en que nos conocimos, sino la época. Era el año 1887, otro siglo, ahí es nada: Barcelona era un pueblo, no había luz eléctrica ni tranvías ni teléfonos; era la época de la Exposición Universal. ¿Sabes que ya se habla de hacer otra? Quizá sea ésta la ocasión de volver a las andadas, ¿qué me dices? Ay, entonces yo me sentía muy solo, estaba asustadísimo; en esto, ya ves, no he cambiado. Entonces sin embargo te tenía a ti; nunca nos llevamos bien pero yo sabía que tú estabas allí y con esto tenía suficiente aunque no lo sabía aún entonces.

Como ella permanecía inmóvil temió que se hubiese congelado, aunque el aire era tibio y el sol contrarrestaba la humedad.

Una estatua de hielo, pensó; siempre fue una estatua de hielo salvo la noche aquella en que la tuve en mis brazos. Le cogió una mano y vio que la tenía fría, pero no helada como había temido—. Te vas a enfriar —le dijo—, toma, ponte mis guantes —se quitó los guantes y se los puso a Delfina sin que ella cooperase ni opusiese resistencia. Con sorpresa advirtió que los guantes le venían bien a ella: entonces recordó que siempre había tenido las manos muy grandes. Con estas manos se aferraba a mis hombros desesperadamente, pensó—. Puedes quedarte con los guantes dijo en voz alta—, ya ves que te vienen que ni pintados —al levantar la cabeza vio a los tres hombres que un rato antes jugaban a las cartas asomados ahora a la ventana de la sala; desde allí espían sin ningún disimulo a la pareja del banco con aire de desconcentración y seriedad. Aunque estaban lejos y eran sólo tres enfermos Onofre soltó la mano de Delfina que había retenido entre las suyas. Ella juntó esta mano con la otra y posó las dos sobre las rodillas—. Ya es bien inútil sin embargo pensar en esto —siguió diciendo—. Si hablo de estas cosas es porque he estado al borde de la muerte y tengo miedo. A ti no me importa decírtelo: siempre he sabido que tú eres la única persona que me ha comprendido. Tú siempre has entendido el porqué de mis actos. Los demás no me entienden, ni siquiera los que me odian. Ellos tienen su ideología y sus prerrogativas: con estas dos cosas lo explican todo; gracias a esto justifican cualquier cosa, el éxito como el fracaso; yo soy un fallo en el sistema, la conjunción fortuita y rarísima de muchos imponderables. No son mis actos lo que me reprochan, no mi ambición o los medios de que me he valido para satisfacerla, para trepar y enriquecerme: eso es lo que todos queremos; ellos habrían obrado igual si les hubiera impelido la necesidad o no les hubiera disuadido el miedo. En realidad soy yo quien ha perdido. Yo creía que siendo malo tendría el mundo en mis manos y sin embargo me equivocaba: el mundo es peor que yo. Muy entrada la primavera recibió una carta; la firmaba una religiosa, quizá la misma que le había atendido el día que fue al sanatorio. En esta carta la religiosa le comunicaba el fallecimiento de Delfina; "la muerte le sobrevino mientras dormía", decía la carta. Ahora le informaban de este



suceso luctuoso aun sabiendo que no era su pariente ni allegado "dada la especial relación afectiva que le había unido a la difunta". Aunque desde el día en que él había ido a visitarla Delfina no había recobrado ni la voz ni la conciencia, no era aventurado afirmar que "murió, por así decir, con su nombre en los labios", decía la carta.

En el cuarto de la difunta habían sido encontradas unas hojas manuscritas, probablemente una misiva dirigida a él, junto con "otros escritos de contenido íntimo y escabroso que hemos estimado oportuno destruir", acababa diciendo la carta. La misiva de Delfina decía así: "La realidad que nos envuelve es sólo una cortina pintada, al otro lado de esta cortina no hay otra vida, es la misma vida, el más allá sólo es aquel lado de la cortina, al detener la vista en la cortina no vemos el otro lado, que es lo mismo, cuando comprendamos que la realidad es sólo un fenómeno óptico podremos cruzar esta cortina pintada, al cruzar esta cortina pintada nos encontraremos en otro mundo que es igual que éste, en aquel mundo están también los que han muerto y los que todavía no han nacido, pero ahora no los vemos porque los separa esta cortina pintada que confundimos con la realidad, una vez traspasada la cortina en un sentido ya es fácil siempre traspasarla en ese mismo sentido y en el sentido opuesto también, se puede vivir al mismo tiempo en este lado y en el otro lado no al mismo tiempo, el momento indicado para atravesar la cortina pintada es la hora del crepúsculo hacia allí, la del amanecer hacia aquí así se consigue mejor todo el efecto, lo demás no sirve, no sirve hacer invocaciones ni pagar, al otro lado de la cortina pintada no existe la ridícula división de la materia en tres dimensiones, en este lado cada dimensión tiene algo de ridículo a nuestros propios ojos, los que están al otro lado de la cortina lo saben y se ríen, los que todavía no han nacido se creen que los muertos son sus papás". Luego la letra se volvía ininteligible.



## Teatro

**Ramón María del Valle-Inclán**

**Luces de bohemia**

### Escena XII

Rinconada en costanilla y una iglesia barroca por fondo. Sobre las campanas negras, la luna clara. DON LATINO y MAX ESTRELLA filosofan sentados en el quicio de una puerta. A lo largo de su coloquio, se torna lívido el cielo. En el alero de la iglesia pían algunos pájaros. Remotos albores de amanecida. Ya se han ido los serenos, pero aún están las puertas cerradas. Despiertan las porteras.

MAX: ¿Debe estar amaneciendo?

DON LATINO: Así es.

MAX: ¡Y que frío!

DON LATINO: Vamos a dar unos pasos.

MAX: Ayúdame, que no puedo levantarme. ¡Estoy aterido!

DON LATINO: ¡Mira que haber empeñado la capa!

MAX: Préstame tu carrik, Latino.

DON LATINO: ¡Max, eres fantástico!

MAX: Ayúdame a ponerme en pie.

DON LATINO: ¡Arriba, carcunda!

MAX: ¡No me tengo!

DON LATINO: ¡Qué tuno eres!

MAX: ¡Idiota!

DON LATINO: ¡La verdad es que tienes una fisonomía algo rara!



MAX: ¡Don Latino de Hispalis, grotesco personaje, te inmortalizaré en una novela!

DON LATINO: Una tragedia, Max.

MAX: La tragedia nuestra no es tragedia.

DON LATINO: ¡Pues algo será!

MAX: El Esperpento.

DON LATINO: No tuerzas la boca, Max.

MAX: ¡Me estoy helando!

DON LATINO: Levántate. Vamos a caminar.

MAX: No puedo.

DON LATINO: Deja esa farsa. Vamos a caminar.

MAX: Échame el aliento. ¿Adónde te has ido, Latino?

DON LATINO: Estoy a tu lado.

MAX: Como te has convertido en buey, no podía reconocerte. Échame el aliento, ilustre buey del pesebre belenita. ¡Muge, Latino! Tú eres el cabestro, y si muges vendrá el Buey Apis. Lo torearemos.

DON LATINO: Me estás asustando. Debías dejar esa broma.

MAX: Los ultraístas son unos farsantes. El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse en el callejón del Gato.

DON LATINO: ¡Estás completamente curda!

MAX: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

DON LATINO: ¡Miau! ¡Te estás contagiando!

MAX: España es una deformación grotesca de la civilización europea.

DON LATINO: ¡Pudiera! Yo me inhibo.

MAX: Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

DON LATINO: Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato.



MAX: Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta, Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

DON LATINO: ¿Y dónde está el espejo?

MAX: En el fondo del vaso.

DON LATINO: ¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo!

MAX: Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España.

DON LATINO: Nos mudaremos al callejón del Gato.

MAX: Vamos a ver qué palacio está desalquilado. Arrímame a la pared. ¡Sacúdeme!

DON LATINO: No tuerzas la boca.

MAX: Es nervioso. ¡Ni me entero!

DON LATINO: ¡Te traes una guasa!

MAX: Préstame tu carrik.

DON LATINO: ¡Mira cómo me he quedado de un aire!

MAX: No me siento las manos y me duelen las uñas. ¡Estoy muy malo!

DON LATINO: Quieres conmovirme, para luego tomarme la coleta.

MAX: Idiota, llévame a la puerta de mi casa y déjame morir en paz.

DON LATINO: La verdad sea dicha, no madrugan en nuestro barrio.

MAX: Llama.

DON LATINO DE HISPALIS, volviéndose de espaldas, comienza a cocear en la puerta. El eco de los golpes tolondrea por el ámbito lívido de la costanilla, y como en respuesta a una provocación, el reloj de la iglesia da cinco campanadas bajo el gallo de la veleta.

MAX: ¡Latino!

DON LATINO: ¿Qué antojas? ¡Deja la mueca!

MAX: ¡Si Collet estuviese despierta!... Ponme en pie para darle una voz.

DON LATINO: No llega tu voz a ese quinto cielo.



MAX: ¡Collet! ¡Me estoy aburriendo!

DON LATINO: No olvides al compañero.

MAX: Latino, me parece que recobro la vista. ¿Pero cómo hemos venido a este entierro? ¡Esa apoteosis es de París! ¡Estamos en el entierro de Víctor Hugo! ¿Oye, Latino, pero cómo vamos nosotros presidiendo?

DON LATINO: No te alucines, Max.

MAX: Es incomprendible cómo veo.

DON LATINO: Ya sabes que has tenido esa misma ilusión otras veces.

MAX: ¿A quién enterramos, Latino?

DON LATINO: Es un secreto que debemos ignorar.

MAX: ¡Cómo brilla el sol en las carrozas!

DON LATINO: Max, si todo cuanto dices no fuese una broma, tendría una significación teosófica... En un entierro presidido por mí, yo debo ser el muerto... Pero por esas coronas, me inclino a pensar que el muerto eres tú.

MAX: Voy a complacerte. Para quitarte el miedo del augurio, me acuesto a la espera. ¡Yo soy el muerto! ¿Qué dirá mañana esa canalla de los periódicos?, se preguntaba el paria catalán.

MÁXIMO ESTRELLA se tiende en el umbral de su puerta. Cruza la costanilla un perro golfo que corre en zigzag. En el centro, encoge la pata y se orina. El ojo legañoso, como un poeta, levantado al azul de la última estrella.

MAX: Latino, entona el gori-gori.

DON LATINO: Si continúas con esa broma macabra, te abandono.

MAX: Yo soy el que se va para siempre.

DON LATINO: Incorporate, Max. Vamos a caminar.

MAX: Estoy muerto.

DON LATINO: ¡Que me estás asustando! Max, vamos a caminar. Incorporate, ¡no tuerzas la boca, condenado! ¡Max! ¡Max! ¡Condenado, responde!

MAX: Los muertos no hablan.

DON LATINO: Definitivamente, te dejo.



MAX: ¡Buenas noches!

DON LATINO DE HISPALIS se sopla los dedos arrecidos y camina unos pasos encorvándose bajo su carrik pingón, orlado de cascarrias. Con una tos gruñona retorna al lado de MAX ESTRELLA. Procura incorporarle hablándole a la oreja.

DON LATINO: Max, estás completamente borracho y sería un crimen dejarte la cartera encima, para que te la roben. Max, me llevo tu cartera y te la devolveré mañana. Finalmente se eleva tras de la puerta la voz achulada de una vecina. Resuenan pasos dentro del zaguán.

DON LATINO se cuela por un callejón.

LA VOZ DE LA VECINA: ¡Señá Flora! ¡Señá Flora! Se le han apegado a usted las mantas de la cama.

LA VOZ DE LA PORTERA: ¿Quién es? Esperarse que encuentre la caja de mixtos.

LA VECINA: ¡Señá Flora!

LA PORTERA: Ahora salgo. ¿Quién es?

LA VECINA: ¡Está usted marmota! ¿Quién será? ¡La Cuca, que se camina al lavadero!

LA PORTERA: ¡Ay, qué centella de mixtos! ¿Son horas?

LA VECINA: ¡Son horas y pasan de serlo!

Se oye el paso cansino de una mujer en chanclas. Sigue el murmullo de las voces. Rechina la cerradura, y aparecen en el hueco de la puerta dos mujeres: La una, canosa, viva y agalgada, con un saco de ropa cargado sobre la cadera. La otra, jamona, refajo colorado, pañuelo pingón sobre los hombros, greñas y chancletas. El cuerpo del bohemio resbala y queda acostado sobre el umbral al abrirse la puerta.

LA VECINA: ¡Santísimo Cristo, un hombre muerto!

LA PORTERA: Es Don Max el poeta, que la ha pescado.

LA VECINA: ¡Está del color de la cera!

LA PORTERA: Cuca, por tu alma, quédate a la mira un instante, mientras subo el aviso a Madama Collet.

LA PORTERA sube la escalera chancleando. Se la oye renegar. LA CUCA, viéndose sola, con aire medroso, toca las manos del bohemio y luego se inclina a mirarle los ojos entreabiertos bajo la frente lívida.





LA VECINA: ¡Santísimo Señor! ¡Esto no lo dimana la bebida! ¡La muerte talmente representa!  
¡Señá Flora! ¡Señá Flora! ¡Que no puedo demorarme! ¡Ya se me voló un cuarto de día! ¡Que se  
queda esto a la vindicta pública, señá Flora! ¡Propia la muerte!



## Hermanos Álvarez Quintero

### Las Flores

#### Acto primero

Huerto sevillano. A la derecha del actor, la puerta de entrada, abierta en una tapia rematada por caprichosas almenillas. En ángulo recto con ella, la vivienda de la gente del huerto, que es de un solo piso, y ala cual cubre un tejadillo en declive hacia el centro de la escena. De esta vivienda se ven dos fachadas: una lateral, de frente al público, y otra principal, de frente a la izquierda del escenario, y que se prolonga hasta el tercer término. En la fachada de frente al público hay una puerta y una ventana con reja, y entre ambas, un poyete. Orlando la puerta, una enredadera de campanillas blancas y azules. Sobre el poyete, un grupo de macetas de geranios en flor. Las paredes todas blancas, como las campanillas, y todas con zócalo azul, como las campanillas también. En la fachada principal hay una puerta y dos o tres ventanas sin reja, desiguales; y en los huecos, cubriendo materialmente la pared, las ramas de varios jazmines que se crían adheridos al muro. Delante de la puerta que da frente al público, un par de sillas bastas y muy viejas, y una mesa chica de pino. Por la izquierda del actor y por el fondo extiende el huerto su lozana verdura, que cruzan y dividen caprichosas veredas. Algunos melocotoneros y perales se yerguen sobre todo; forma la parte más compacta y brillante del fondo un buen golpe de naranjos cuajados de azahar, y aquí y allí destacan, cada cual con sus galas mejores, la magnolia, la celinda, el granado, la adelfa, los rosales y las malvalocas. Las lindes de algunas veredas las señalan y forman apretadas filas de macetas de reseda, geranios, verbenas, rosas y claveles. Cubriendo el huerto todo, el cielo alegre y limpio de la primavera. Es por la mañana.

(El abuelo está sentado a la puerta del huerto, con sombrero ancho y en mangas de camisa. Es un viejo de ochenta años, muy colorado y con el pelo blanco como la nieve. Un mozo del huerto canta allá dentro, hacia la izquierda.)

MOZO.—

A la flo de la violeta  
regüerta con er jazmín,  
a eso me güele tu cuerpo  
cuando te asercas a mí.

(Aparece y cruza hacia la derecha del foro, por donde se va, con una regadera llena de agua.)

Tiene mi serrana  
la cara como una rosa,  
cuando dispierta por la mañana.

(Sale una chiquilla por la puerta principal de la casa y se encamina a la del huerto. Lleva la trenza suelta, y viste trajecillo de percal rosa y mantón claro de espuma, puesto en forma de chal.)



CHIQUILLA.— Hasta er domingo y que no farte.  
A BUELO.— (Deteniéndola.) ¿Ande vas, chiquiya?  
CHIQUILLA.— A mi casa.  
A BUELO.— ¿Y de ande vienes?  
CHIQUILLA.— De encargarle a su hija de usté dos ramos pa un bautiso.  
A BUELO.— ¿Cómo le van a pone a la criatura?  
CHIQUILLA.— Anita Troncoso y Oliva.  
A BUELO.— ¿Te toca a ti argo?  
CHIQUILLA.— Sí, señó; si no peleo con mi novio, será mi cuñá.  
A BUELO.— Y tú, ¿cómo te yamas?  
CHIQUILLA.— ¿Yo? Isabé.  
A BUELO.— ¿Cuántos años tienes?  
CHIQUILLA.— Dose.  
A BUELO.— ¿Dose? Te fartan tres.  
CHIQUILLA.— Por más que ya se pue desí que tengo trese. Los cumpla en junio y estamos en mayo...  
A BUELO.— ¿Trese? Entonses no te fartan más que dos.  
CHIQUILLA.— Pero dos, ¿pa qué?  
A BUELO.— Pa tené quinse, tonta.  
CHIQUILLA.— (Marchándose.) ¡Ay, er viejo!  
A BUELO.— ¡Oye!  
CHIQUILLA.— Estoy sorda. Pregunta usté más que la dortrina.  
A BUELO.— (Viéndola ir.)  
Capuyito, capuyito,  
ya te vas gorviendo rosa;  
ya te va yegando er tiempo  
de desirte arguna cosa.  
Flores..., toas son flores... La que no es jazmín es clavé; la que no es clavé es asusena; la que no es asusena es rosa; la que no es rosa es campaniya... Toas son flores..., de ahí no hay quién me saque.

(Sale María Jesús de la casa, por la puerta de frente al público, con una cazuela de berza que partir y arreglar, y se sienta a ello. Es mujer de unos cincuenta y tantos años. Viste un traje de faena remendado y pobre, pero limpio.)

MARÍA JESÚS.— Diga usté, padre: ¿usté ha tomao un encargo que ha venío hase poco?  
A BUELO.— Yo, no: lo tomó Consuelo.  
MARÍA JESÚS.— ¿Pa dónde era?  
A BUELO.— Me paese que era pa er convento de la Encarnación..., o pa er convento der Socorro..., o pa er convento de... Güeno; pa un convento.  
MARÍA JESÜS.— Pa este de aquí abajo sería.  
A BUELO.— Eso es, sí; pa este de aquí abajo.  
MARÍA JESÜS.— ¿Y no ha venío nadie más?  
A BUELO.— Juaniyo er de la Plasa, por jazmines.  
MARÍA JESÜS.— Ya podía paga lo que debe Juaniyo er de la Plasa. En comiendo eyos, que coma una o no coma les tiene sin cuidao.  
A BUELO.— No te quejes, mujé; que nunca se ha vendío en este güerto más que ahora.  
MARÍA JESÜS.— Señá de que lo hay.  
A BUELO.— Como que cresen flores hasta en la arberca.



MARÍA JESÚS.— Su trabajo les ha costao a mis hijas.

A BUELO.— Y a ti también, no ersageremos. Y no digo que a mí, porque no me gusta echarme piropos.

(Llega de la calle Juliana, comadre de María Jesús y mujer de sus años, en lo cual es en lo único que se parecen. Viste a lo popular, pero con cierto lujo y con mal gusto.)

MARÍA JESÚS.— (Contrariada al verla.) (¡Vaya! Ahora vamos a tené visita diaria.)

JULIANA.— Dios guarde a ustedes.

A BUELO.— Venga usted con Dios. (Pausa. Juliana se abanica.)

JULIANA.— Media Seviya he correteao.

MARÍA JESÚS.— (Pos no le digo que se siente.) (Nueva pausa.)

JULIANA.— ¿Qué hay por aquí?

MARÍA JESÚS.— Lo de tos los días: mucha tranquilidad, mucho trabajo... y mu pocas ganas de conversasión. (Y menos con lagartonas como tú.)

JULIANA.— Yo voy a habla mu poco.

MARÍA JESÚS.— Yo no lo he dicho por usted.

JULIANA.— ¿Y las niñas?

MARÍA JESÚS.— Por ayá dentro andan.

JULIANA.— Les quería enseña un corte e blusa que le ha regalao su novio a mi Dolores...

A BUELO.— (Riéndose.) (¡Su novio! ¡Pf...!) ¿Es de raso?

JULIANA.— Es de sea.

MARÍA JESÚS.— Pos no lo deslíe usted, comadre. No nos vayamos a enamorá de la sea. Ya sabe usted que acá semos pobres, y no podemos vestirmos más que de percá.

JULIANA.— Comadre, no se eche usted por tierra, que yo no vengo a pedirle a usted dinero.

MARÍA JESÚS.— Ya me hago cargo. Usted tiene to lo que nesecita.

JULIANA.— Gracias a Dios, hija de mi arma. Nos cayó la veta, comadre. En güena hora lo diga, pero ni a mis hijas ni a mí nos farta ná

A BUELO.— Eso cree usted, señora.

JULIANA.— Miste qué peina. Tómela usted en peso.

MARÍA JESÚS.— ¿Yo, pa qué?

JULIANA.— ¿No le gustaría a usted vérsela puesta a su Consueliyo?

MARÍA JESÚS.— Se engaña usted en más e la mita, comadre.

JULIANA.— ¿Es orguyo eso?

MARÍA JESÚS.— Eso es comodidá. Como pesa tanto, la que se la clava en er moño tiene que bajá la cabeza pa er suelo, y a mi Consueliyo y a toas mis niñas siempre las verá usted con la frente mu arta.

A BUELO.— (¡Arsa con ésa, repulía!)

JULIANA.— (Abanicándose, hecha una pólvora.) ¿Sabe usted lo que le digo, comadre?

MARÍA JESÚS.— Comadre, usted dirá.

JULIANA.— Que habla usted mucho de la frente e las niñas, y que de tanto mirá pa er sielo se van a queá siegas, y que tiene usted toavía cuatro mositas, y que en este mundo cae luego ensima to lo que se mormura, y que no es menesté fartarle a nadie pa sé ca una como Dios la haya hecho..., y que en esta «pajolera» casa estoy yo cogiendo un mar de estómago.

MARÍA JESÚS.— (Dejando la cazuela y levantándose, pero sin perder su tranquilidad y aplomo.)

Escuche usted, comadre: de nueve hijos que he tenío, ocho han sío mujeres. Una se me murió de seis años —¡pobresita mía!—, angelitos ar sielo; dos se me han casao y no saben sus maríos dónde ponerlas, porque como son pobres, no tienen en la casa oratorio; otra está en el Hospitá cuidando



enfermos —le dio por ahí, Dios la bendiga; no es por farta e cara, que la tiene presiosa—; y tocante a las cuatro que me quean a la vera toavía, ni las malas lenguas der barrio —y no lo digo por usted— han podido desí de eyas ni esto. Miste que es poco... Pos ni esto. Pa que se me venga usted a mí con peinas de való y con cortesitos e blusa.

JULIANA.— Conosía la historia.

MARÍA JESÚS.— Y me la sé ar dediyo, ¿no es verdá?

JULIANA.— Sólo que siempre se caya usted, no sé si por orvío o por convenencia, a la viuda de su hijo Migué, que me paese que también está en la familia.

MARÍA JESÚS.— (Con sentimiento.) En la familia está..., no pueo negarlo...

JULIANA.— ¡Je!

MARÍA JESÚS.— Pero no es de mi rama, no es de acá..., no es der Güerto e las Campaniyas. Mi pobre hijo —que por no desmentí la casta era mu güeno y mu honrao, pa que usted lo sepa— la cogió e la caye compadesío de su desgrasia..., y como había de salirle güena..., le salió na más que regulá... Por eso se murió er pobresito... Y por eso mi Consueliyo, que es leche con asuca, quitó der lao e la mala madre a las tres criaturitas que nasieron. ¿Quie usted que le diga argo más? Porque acá tenemos contestasión pa to lo que usted nos pregunte. Acá no sernos como otras que hay que tienen que tapa muchas picaúras.

JULIANA.— La encuentro a usted mu fantesiosa esta mañana.

MARÍA JESÚS.— Pos estoy lo mismo que siempre.

(Ángeles y Charito salen por la puerta principal de la casa en traje de calle. Ángeles viste hábito del Señor y mantón negro. Charito, traje claro de percal y mantón blanco. Ambas lo llevan puesto a modo de chal.)

MARÍA JESÚS.— ¿Ande vais?

ÁNGELES.— Güenos días, Juliana.

CHARITO.— Güenos días.

JULIANA.— Vengan ustedes con Dios.

MARÍA JESÚS.— ¿Ande vais, niñas?

CHARITO.— Yo, a compra un carrete y una jaula.

ÁNGELES.— Y yo, por una vela pa las tormentas.

MARÍA JESÚS.— No tardarse, ¿eh?

ÁNGELES.— Descuide usted, que venimos pronto.

JULIANA.— ¿Vais pa abajo?

MARÍA JESÚS.— No; van pa arriba.

JULIANA.— Le arvierto a usted que no me las voy a comer.

CHARITO.— No nos dejaríamos nosotras.

ÁNGELES.— Caya tú... Hasta luego, madre.

CHARITO.— Hasta luego.

(Al ir a salir, llegan Juan Antonio y Vicenta y se detienen saludándolos. A Juan Antonio se le advierte que es sacristán a tiro de cañón. Vicenta es una criada de la iglesia en que Juan Antonio presta sus servicios. Trae una gran bandeja de mimbres para llevar flores.)

JUAN ANTONIO.— La paz de Dios sea en esta santa casa.

ÁNGELES.— ¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO.— Hola, niñas... María Jesús... Abuelo..., Juliana...

A BUELO.— Güenos días, amigo.



MARÍA JESÚS. —Pensando en usted estaba yo hace poco.

JUAN ANTONIO.— Yo estoy pensando en ustedes a todas horas.

CHARITO.— Usted es muy fino.

JUAN ANTONIO.— Ya saltó la chica. ¿Adónde va por ahí esta parejita de lirios tempranos? ¡Ah!

(Dirigiéndose a Ángeles, que lo turba visiblemente con sus ojos.) El padre Santiago está muy enfadado con usted..., está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted el padre Santiago... ¡Oh!, ¡qué cabeza! He querido decir..., el padre Santiago. (María Jesús recoge la cazuela que antes sacó y se entra en la casa. A poco vuelve sin ella.)

CHARITO.— Pos no sale usted del padre Santiago en toda la mañana.

JUAN ANTONIO.— ¡Je! Qué mala es esta chica... (La mala es la otra, que me roba la voluntad.)

ÁNGELES.— Dígame usted al padre que ya iré yo por aquí..., que ya verá cómo no me orvido... ¡Ah! Y muchísimas gracias por el agua bendita.

JUAN ANTONIO.— Calle usted, por Dios... El agua bendita... ¡Eso no vale nada!

ÁNGELES.— ¿Qué está usted diciendo?

JUAN ANTONIO.— ¡Jesús!, ¡qué animal! El Señor me perdone... Quise decir que es el agua bendita la que debe estar agradecida..., ya que usted va a mojar en ella sus..., sus... ¡Atiza!, ¡qué profanación! ¡No sé por dónde ando!...

CHARITO.— Mira, vamos ya, si no quieres que se condene Juan Antonio.

ÁNGELES.— Es verdad; que está desatinado esta mañana.

JUAN ANTONIO.— «Desatinado...» Vaya, Señor las «ascopañes»... (¡Adiós!, ¡ya empezaron a bailar las esas!...)

ÁNGELES.— Hasta luego.

JUAN ANTONIO.— «Hatas luego.» (¡Jesús!)

CHARITO.— (Al sacristán le gusta mi hermana más de la cuenta.)

JUAN ANTONIO.— (Si esa mujer se encierra en un claustro..., yo me voy a un desierto.)

MARÍA JESÚS.— (Viendo ir a sus hijas.) Místelas, comadre; da gloria verlas a las dos.

JULIANA.— A todas las madres nos parece lo mismo.

JUAN ANTONIO.— ¿Están mis flores, María Jesús?

MARÍA JESÚS.— ¿Se le ha fartado a usted acá alguna vez?

JUAN ANTONIO.— ¡Nunca! Si no es eso..., sino que tengo alguna prisilla...

MARÍA JESÚS.— Pos vamos pa ayá. (Encamínase con Juan Antonio y Vicenta hacia el segundo término de la izquierda, por donde se van.)

JUAN ANTONIO.— Ya sabe usted lo que sucede... Anda, Vicenta. Juan Antonio, la sacristía; Juan Antonio, el altar; Juan Antonio, las velas; Juan Antonio, los ramos; Juan Antonio, a tocar a misa... Y Juan Antonio no tiene más que un cuerpo. Pero los curas no se ponen en nada. Al fin, curas. ¿Qué estoy diciendo, santo Dios? El Señor me perdone.

JULIANA.— (Estallando. Si es muda, revienta.) ¡Pos no está mi comadre muy fastidiosa con sus niñas! ¡Jesús! ¡No paese sino que no hay más niñas guenas que las suyas! ¡Ave María!... ¡Este año, er premio a la virtud en los Juegos Florales!...

A BUELO.— Y usted la reina de la fiesta.

JULIANA.— Otras habrá peores.

A BUELO.— No digo que no; eso es cuestión de gusto... Usted todavía está en buena edad... y, retocándose un poquito puede dar el golpe. ¿Por qué no se tapa usted la meya con un grano de arró?

JULIANA.— Porque así le hago más gracia a mi marido.

A BUELO.— ¡Ah!, pero ¿usted está en la equivocación de que le hace gracia a su marido?



JULIANA.— Tanta gracia como mi marío me hace a mí.

A BUELO.— Es que Barrena es muy gracioso.

JULIANA.— ¿Sí, verdad? No sabe él la que le espera por la última gracia.

A BUELO.— Se lo figurará. Tiene fantasía.

JULIANA.— Dos días hace ya que no va por casa... ¡Er demonio er viejo!... por supuesto, que no va a sé de ferpa. Lo vi a pone hecho un higo. (Aparece Barrena, que viene de la calle, con la pesadumbre pintada en el rostro. Al principio no ve a Juliana; pero no bien ha avanzado dos pasos huerto adentro, repara en ella, se le ponen los pelos de punta y al oír sus cariñosas palabras, echa a correr y no lo alcanza un galgo.) Éer se cree que adelanta algo con retarda el encuentro... y lo que hace es da lugar a que a mí me crezcan las uñas... (Viendo a su marido.) ¡Granuja, ven acá! ¡A tiempo yegas!

A BUELO.— ¡En seguía!

JULIANA.— ¡Sidoró! ¿Ve usted como juye? Er que juye, delito tiene... Pero no le vale... (Echando a correr y yéndose detrás de Barrena.) ¡Sidoró! ¡Grandísimo perro!... ¡Sidoró!...

A BUELO.— Sí, sí... Ni con automóvil cogen a Sidoró.

Mozo.— (El mozo vuelve a cantar allá dentro, muy lejos.)

¡Qué grandes fatigas!,

¡qué grande doló!,

¡qué punsaítas más lentas

le dan a mi corasón!

(Viene Bernardo de la calle. Viste traje negro de americana y sombrero flexible.)

B ERNARDO— ¡Buenos días, abuelo!

A BUELO.— (Levantándose.) ¡Don Bernardo!

B ERNARDO.— No se mueva usted.

A BUELO.— Si yevo sentao toa la mañana. ¿Cómo van esas murrias?

B ERNARDO.— Como siempre. ¿Y por aquí, qué tal?

A BUELO.— Tos güenos; muchas gracias.

B ERNARDO.— A usted da gloria verlo. Me da usted envidia. Representa usted menos edad que yo.

A BUELO.— Pos véngase usted a viví ar güerto con nosotros, y yo me encargo de ponerlo a usted como nuevo. Esto es una bendición, señorito. Miste, yo me levanto con er so; me asomo a la ventana e mi cuarto, hago asín... (Respirando fuerte.) y ya no me hace falta er desayuno. Los olores der güerto, metiéndose tos juntos pecho alante alimentan más que er pan de Arcalá.

B ERNARDO.— (Riéndose.) Sí lo creo, sí... ¿Y María Jesús por dónde anda?

A BUELO.— En el «escritorio» la tiene usted.

B ERNARDO.— ¿Cómo en el «escritorio»?

A BUELO.— Ahí, en er cuartucho ese ande hasen los ramos. Le yamamos asín porque un día Charito les dijo a unos ingleses que era el «escritorio»... ¡Je! Y el «escritorio» se le ha queao.

B ERNARDO.— Pues voy al «escritorio». (Encamínase hacia la izquierda, a tiempo que salen por la puerta principal de la casa Consuelo, Salud y Manuel, ante los cuales se detiene. Manuel y Salud son dos sobrinos de Consuelo, de cinco y seis años, respectivamente. Consuelo viste un trajecillo claro de percal, tan traído y llevado como limpio. Los niños salen dispuestos para ir a la academia.) ¡Consuelo!

CONSUELO.— ¡Don Bernardo! ¡Dichosos los ojos!

B ERNARDO.— Calcula tú lo que dirán los míos.

CONSUELO.— Los de usted ¿qué van a desí?





B ERNARDO.— ¿No te digo a ti que lo calcules? Mira qué buenos colores tienes.  
CONSUELO.— De trajiná con estos diabliyos.  
B ERNARDO.— (Tomándoles la cara a los niños.) ¿Son malos?  
CONSUELO.— Regulariyos son... (Los besa.)  
B ERNARDO.— ¿Y la más pequeña?  
CONSUELO.— ¿Luisita? En la cuna la tiene usted; ¿quié usted verla? No hase más que come y dormí. Paese un gusano e sea.  
B ERNARDO.— Vamos a ver: ¿cuál de los dos es el que se va a venir conmigo a mi casa? (A la niña.) ¿Vas a ser tú?  
S ALUD.— No.  
B ERNARDO.— (Al niño.) ¿Y tú?  
S ALUD.— Tampoco.  
B ERNARDO.— Mujer, déjalo a él que conteste.  
CONSUELO.— En seguía. Ésta paese el eco: contesta siempre aunque no le pregunten.  
B ERNARDO.— ¿Cómo te llamas?  
S ALUD.— Salú.  
B ERNARDO.— ¿Salud qué?  
S ALUD.— Salú Campo y Romero.  
CONSUELO.— ¿Qué más se dise? Para serví a Dios...  
S ALUD.— Para serví a Dios y a usted.  
CONSUELO.— (Besándola.) ¡Qué monísima eres, chiquiya!  
B ERNARDO.— (Al niño.) ¿Y tú, cómo te llamas?  
S ALUD.— Manué.  
B ERNARDO.— Ya está el eco.  
CONSUELO.— Déjalo tú que ér lo diga, Salú.  
B ERNARDO.— ¿Qué edad tiene ésta?  
S ALUD.— Seis años.  
B ERNARDO.— (Al niño.) ¿Y tú?  
S ALUD.— Sinco.  
B ERNARDO.— ¡Nada!, ¡no hay manera! ¿Quieres un perro grande?  
MANUEL.— «Dámelo» usted.  
B ERNARDO.— (Riéndose.) ¡Toma, hombre, toma!  
CONSUELO.— Ya habló, don Bernardo.  
B ERNARDO.— El amigo no quiere gastar saliva en balde. Tú serás un gran hombre.  
S ALUD.— «Dame» usted a mí otro.  
B ERNARDO.— ¡Sí, mujer, ya lo creo!  
CONSUELO.— Niños ¿qué se dise?  
S ALUD y M ANUEL.— Muchas gracias.  
CONSUELO.— ¿No es verdá que paresen otras las criaturitas?  
B ERNARDO.— Como que es otra la madre que tienen. (Los besa.) ¿Se sabe de la suya?  
CONSUELO.— Más vale que no se sepa, don Bernardo. No hay quién la sujete: es una cabra.  
A BUELO.— ¿Conque nos vamos a la escuela o no nos vamos?  
CONSUELO.— Anda con agüelito. Dame un beso, Salú. Dame tú otro, Manué. Que seáis güenos.  
A BUELO.— Vamos ayá.  
CONSUELO.— (Volviendo a besarlos.) Cuidaíto con echarse manchas. Hasta luego, gloria.  
A BUELO.— ¡Déjalos ya, chiquiya!



CONSUELO.— A ve si no me compráis chucherías con ese dinero. Salusita, no le dejes a Manué que compre chochos; que luego le hasen daño. Y tú no le respondas a doña Ana. ¡Ea, darme otro beso!

A BUELO.— ¡Mujé, que no se van a Filipinas! ¡A la escuela ahora mismo!

(Se va con Salud de una mano y Manuel de la otra. Consuelo se asoma a la puerta a verlos ir. En seguida vuelve a entrarse en el huerto e interroga a Bernardo, que está pensativo.)

CONSUELO.— ¿En qué piensa usted, don Bernardo?

B ERNARDO.— ¡Si vieras cuántas veces me contó mi madre esta escena!... (Consuelo hace un gesto de tristeza resignada.) Voy a ver a la tuya. (Éntrase por el segundo término de la izquierda.)

CONSUELO.— ¡Pobre don Bernardo! (Después de echarles un vistazo y cortarles unas ramitas a varias macetas que hay en primer término.) ¿Dónde estará mi hermana? (Llamándola.) ¡Rosa María!... ¡Rosa María!...

ROSA MARÍA.— (Dentro, muy hacia el fondo.) ¿Qué quieres?

CONSUELO.— ¿Pues vení?

ROSA MARÍA.— ¡Ahora voy!

CONSUELO.— ¿Qué hases?

ROSA MARÍA.— ¡Cortá las rosas pa Fransisco!

CONSUELO.— ¡Ah!

(Llegan de la calle Román y Romancillo, padre e hijo, floreros de profesión. Usan sombrero ancho, muy viejo, y visten pobremente. El hijo trae dos macetas grandes de latanias, descansando sobre el hombro izquierdo la una y sujeta con el brazo derecho la otra. El padre trae al brazo un canasto lleno de plantas pequeñas. Hablan los dos con calma desesperante, hija de una pereza enervadora. Apenas llegan, sueltan la carga y cada uno se deja caer en una silla.)

ROMÁN.— Güenos días.

ROMANCILLO.— Güenos días.

CONSUELO.— ¡Hola, güenos días! ¿Qué traemos?

ROMÁN.— Na, zino que pazábamos por aquí...

ROMANCILLO.— ¿Tiene usted una poquiya e agua?

CONSUELO.— Sí. Sentarse. (Vase al interior.)

ROMANCILLO.— ¡Lo que pezan estas «pajoleras»!...

ROMÁN.— Poz ¿y éstas? Er brazo tengo yo molío.

(Pausa. Sale Consuelo con una talla llena de agua, que se beben entre los dos.)

CONSUELO.— ¿Quién era er del agua?

ROMANCILLO.— Yo; traiga usted.

ROMÁN.— No te la bebas toa.

CONSUELO.— Iré por otra taya, si acaso.

ROMANCILLO.— No es menesté. Tome usted, padre.

CONSUELO.— ¿Está fresca?

ROMANCILLO.— Está fresca.

ROMÁN.— Está fresca. Gracias.

CONSUELO.— No las merese. (Entra un momento en la casa a dejar la talla.)

ROMÁN.— Romanciyo.

ROMANCILLO.— ¿Qué?

ROMÁN.— ¿Quies hace er favó de arrascarme en esta aleta?



ROMANCILLO.— ¿En cuál?  
ROMÁN.— En esta de este lao.  
ROMANCILLO.— Contra la ziya ze arrasca usted mejó.  
ROMÁN.— ¡Qué flojo eres!... (Romancillo está medio dormido y cabecea. El padre, poco menos.)  
CONSUELO.— ¿Paese que hay sueño?  
ROMÁN.— Este haragán... (Sacudiéndolo perezosamente.) Romanciyo, aspabilate...  
ROMANCILLO.— Estoy aspabilao...  
CONSUELO.— ¿Se ha madrugao mucho, Romansiyo?  
ROMANCILLO.— Desde las cuatro de la mañana estoy en pie. He tenío que di ar río a corta unos juncos... (El padre aprovecha la ocasión para descabezar un sueño.)  
CONSUELO.— ¿Argún encargo e ramos?  
ROMANCILLO.— Zí. Tres ocnas. Aluego pue que mande a mi hermaniya por zarapico.  
CONSUELO.— Güeno. Ya lo piyó er padre.  
ROMANCILLO.— Er pobre viejo... (Llamándolo.) Padre..., padre..., aspabíleze usted, que nos vamos.  
ROMÁN.— Zi no estoy dormío...  
CONSUELO.— ¡Jesús! Pero ¿es que les han pegao a ustedes una palisa?  
ROMÁN.— (Levantándose con trabajo.) ¿Qué paliza, mujé? Que en caza zemos éste y yo zolos pa to.  
CONSUELO.— Pos ¿no tiene usted dies hijos?  
ROMÁN.— Diez o doce tengo, pero ninguno da un gorpe en na. Éste ez el único que ze mueve argo. Y tampoco ez un tranvía elétrico, no crea usted. Místelo ya dormío.  
CONSUELO.— ¿Vendió usted las begonias aqueyas, Román?  
ROMÁN.— Las vendí. A eza zeñora de la caye la Laguna... Y a don Julio le cambié las petunias por unos claveles de arco iris.

(Salen por la izquierda, y cruzan hacia la calle, Juan Antonio y Vicenta. María Jesús los sigue. Vicenta lleva llena de flores la bandeja que traía.)

MARÍA JESÚS.— Le da usted muchas memorias ar padre Justo.  
JUAN ANTONIO.— Muchas gracias. Buenos días, Consuelito.  
CONSUELO.— Güenos días, Juan Antonio.  
ROMÁN.— ¡Hola, María Jezús!  
MARÍA JESÚS.— ¡Hola, Román!  
JUAN ANTONIO.— Vamos, Vicenta, que se nos ha hecho tarde.  
MARÍA JESÚS.— (Acompañándolos a la puerta.) Y dígame usted ar padre Santiago que ya irá Ángeles por ayí...  
JUAN ANTONIO.— Sí; que vaya, que vaya... (Es mi alimento espiritual...). Hasta otro día. (Vase con Vicenta.)  
MARÍA JESÚS.— Con Dios, Juan Antonio. (Vuelve hacia la izquierda, por donde nuevamente se va.)  
ROMÁN.— ¿Mucho trajín, María Jezús?  
MARÍA JESÚS.— Gracias a Dios, no farta. ¿Y ustedes?  
ROMÁN.— Nos vamos defendiendo.  
MARÍA JESÚS.— Más vale así. (Vase.)  
ROMÁN.— (Sacudiendo a su hijo otra vez.) Romanciyo...  
ROMANCILLO.— ¿Que quie usted, padre?



ROMÁN.— Entra por ahí y coge una poquiya e biznaga. (Consuelo oye el diálogo cruzada de brazos y muerta de risa.)

ROMANCILLO.— (Levantándose.) ¿Que coja una poquiya e biznaga? Y ¿pa qué quie usté la biznaga?

ROMÁN.— ¿Que pa qué quieo yo la biznaga? ¿Vas a hace los ramos zin biznaga, guazón?

ROMANCILLO.— Pero ¿no hay en caza biznaga?

ROMÁN.— ¿Que hay en caza biznaga?

ROMANCILLO.— A mí me dijo madre que había biznaga.

ROMÁN.— Mía no zean cozas e tu madre, que tiene una azaúra que... Yo creo que no hay biznaga.

ROMANCILLO.— Yo creo que zí. Amónos.

CONSUELO.— ¡Ay, gracias a Dios! ¡Qué apuro de hombres!

ROMANCILLO.— (Volviendo a cargar con las macetas.) De jierro parecen las condenás.

ROMÁN.— (Cogiendo su canasto.) Quee usté con Dios, Consuelo.

CONSUELO.— Vayan ustés con Dios, y que descansen.

ROMÁN.— Descanzo píe er cuerpo, no ze figure usté. (A Romancillo, deteniéndolo un momento en la puerta.) ¿Estás tú zeguro de que en caza hay biznaga?...

ROMANCILLO.— ¿Otra ve, padre? Un poné que no haya biznaga...

CONSUELO.— Viene Romansiyo por eya en un soplo, ¿no es verdá?

ROMANCILLO.— ¡Pos claro!

ROMÁN.— ¿Tú en un zoplo? ¿No estás viendo que ezo es «pitorreo»? ¡Ajolá haya biznaga!

ROMANCILLO.— ¡Hay biznaga, padre, hay biznaga!

ROMÁN.— Pa mí que no hay biznaga, Romansiyo.

ROMANCILLO.— Pa mí que zí hay biznaga, padre. (Esto último lo dicen ya fuera del huerto, y se supone que llegan a su casa hablando de lo mismo y con la misma variedad de razones.)

CONSUELO.— Vaya un pa. Y eso que son los dos más vivos e la casa. Los otros disen que pa come tienen que agarra la cuchara con las dos manos... (Aparece Rosa María en el fondo y baja hasta unirse a Consuelo, con el delantal lleno de rosas. Su vestido es análogo al de su hermana. Sobre la cabeza trae puesto un pañolillo suelto, muy echado a la frente.)

ROSA MARÍA.— (Sofocadísima.) ¡Jesús!...

CONSUELO.— Chiquiya, cómo vienes... ¿Pica er so?

ROSA MARÍA.— Achicharra. Paese que estamos en agosto. Mía lo que me he hecho en esta mano.

CONSUELO.— Eso no es na. ¿Qué rosas has cogió?

ROSA MARÍA.— Pimpinelas y de té.

CONSUELO.— ¿Quiere muchas ése?

ROSA MARÍA.— Tres dosenas de ca una. ¿Ande está er canasto?

CONSUELO.— Ahí dentro.

ROSA MARÍA.— Tráetelo.

CONSUELO.— Voy por é.

(Éntrase en la casa por la puerta de frente al público. Rosa María vuelca en la mesilla las rosas que trae y se pone sobre los hombros el pañuelo de la cabeza. En la puerta asoma Gabriel. Es un mocito del pueblo, que se roza con el señorío. Viste pantalón claro, guayabera de seda cruda y sombrero de ala ancha gris. Usa espuelas y lleva siempre en la mano una varita. Sus primeras palabras las dice dirigiéndose a Rosa María desde la puerta del huerto.)

GABRIEL.— (Más vale yegá a tiempo que ronda un año.) ¿Hay permiso?

ROSA MARÍA.— Pase usté.

GABRIEL.— ¿Y perro, hay?



ROSA MARÍA.— Está atao. (Éste es er de ayer tarde.) ¿Qué se le ofrese a usté?  
GABRIEL.— A este güerto le disen er Güerto e las Campaniyas, ¿no es verdá?  
ROSA MARÍA.— Sí, señó; pero eso ya me lo preguntó usté ayer tarde.  
GABRIEL.— No me acordaba. ¿Ha visto usté qué mala memoria?  
ROSA MARI A.— ¿Ha visto usté? ¿Se pue sabe lo que usté quiere?  
GABRIEL.— ¡Ya lo creo! ¿Cómo les disen ustés a estas rositas blancas?  
ROSA MARI A.— Pimpinelas.  
GABRIEL.— ¿Pimpi... qué?  
ROSA MARÍA.— Aqueyo.  
GABRIEL.— No se enfade usté conmigo, hija.  
ROSA MARÍA.— ¿Quie usté acaba?  
GABRIEL.— ¿Tengo yo la curpa de sé tan torpe?  
ROSA MARÍA.— ¿Es usté mu torpe? ¡Qué lástima!  
GABRIEL.— Como que hasta ahora no me he dao cuenta de lo bonita que es usté. Miste si hase farta sé arrimao a la cola.  
ROSA MARÍA.— ¡Vaya!... (Trata de irse.)  
GABRIEL.— (Deteniéndola.) Oiga usté, ¿es que no quie usté despacharme?  
ROSA MARÍA.— Ar contrario: lo que quiero es despacharlo a usté en seguía.  
GABRIEL.— Pos vi a darle a usté gusto.  
ROSA MARÍA.— Usté dirá.  
GABRIEL.— Yo necesito un ramo e flores.  
ROSA MARÍA.— ¿De qué flores?  
GABRIEL.— De toas. Ar capricho de usté lo deajo.  
ROSA MARÍA.— ¿Grande o chico?  
GABRIEL.— Ar capricho de usté. Es pa un artá que tengo en mi casa.  
ROSA MARÍA.— ¿Pa un artá?  
GABRIEL.— Sí; me da por la Iglesia. Como no me quie nadie en este mundo...  
ROSA MARÍA.— ¡Vaya por Dios! Y ¿pa cuándo nesesa usté er ramo ese?  
GABRIEL.— Yo me lo yevaría ahora mismo.  
ROSA MARÍA.— Ahora mismo va a sé difisi.  
GABRIEL.— ¿Por qué?  
ROSA MARÍA.— Porque no tenemos flores cortás.  
GABRIEL.— ¿Y ésas?  
ROSA MARÍA.— Ésas están vendías.  
GABRIEL.— Pos mande usté que corten más..., y mientras las cortan charlamos usté y yo de lo que se tersie. (Sale Consuelo con un canasto por donde se fue, a tiempo de oír esta última frase.)  
CONSUELO.— ¿Qué? ¿Qué es eso?  
ROSA MARÍA.— Er señó...  
GABRIEL.— Güenos días.  
CONSUELO.— Güenos días.  
ROSA MARÍA.— Er señó, que quie un ramito e flores a la carrera.  
GABRIEL.— No ersagere usté tanto: a la carrera no hase farta... Con que esté dentro e poco... Digo, si pue sé.  
CONSUELO.— Sí, señó; ya lo creo que pue sé... Si de eso vivimos, de las flores...

(Llega el abuelo de la calle.)

GABRIEL.— ¿Está usté segura? ¿No serán las flores las que vivan de verlas a ustés?



CONSUELO.— ¿Pa qué nos vamos a meté en averiguarlo? Agüelo, vaya usted con er señó y córtelo usted las flores que quiera pa hasé un ramito.

A BUELO.— Vamos ayá.

GABRIEL.— Yo tenía gusto en que las hubiera escogido aquí esta joven.

CONSUELO.— Esta joven no sabe de eso.

GABRIEL.— Porque lo dise usted lo creo, pero paese mentira.

CONSUELO.— Ahí tiene usted las cosas de este mundo.

A BUELO.— ¿Viene usted o no viene?

GABRIEL.— Sí señó; ahora mismo.

CONSUELO.— Usted sabrá que en este güerto las flores son caras.

GABRIEL.— Ar revés.

CONSUELO.— ¿Cómo?

GABRIEL.— Que las caras son flores.

CONSUELO.— Gracias; es favó.

GABRIEL.— Es la pura verdad. (A Bernardo, con quien se cruza al ir huerto adentro.) ¡Güenos días, amigo!

B ERNARDO.— ¡Hola!

GABRIEL.— ¿Cómo estamos?

B ERNARDO.— Bien. ¿Y usted?

GABRIEL.— Pa servirle.

B ERNARDO.— ¿Por flores?

GABRIEL.— Por flores.

B ERNARDO.— Hay donde escoger. Que usted siga bueno.

GABRIEL.— Vaya usted con Dios. (Internándose en el huerto con el abuelo.) ¡Josú qué güerto má bonito! ¡Si esto es la gloria!...

(Consuelo y Rosa María se sientan junto a la mesa y principian a cortar flores y a separar unas de otras. Bernardo se les acerca.)

CONSUELO.— ¿Quién es ese tipo, don Bernardo?

B ERNARDO.— Ni él mismo sabe a punto fijo quién es.

ROSA MARÍA.— ¡Ay, qué gracia!

CONSUELO.— Y ¿cómo pue sé eso? Porque yo sé quién soy.

B ERNARDO.— Ahí verás tú. Es hombre que se mete hasta en los charcos.

CONSUELO.— Eso me ha querido párese a mí.

ROSA MARÍA.— Sí; no es corto e genio, no. Pero tiene ange.

B ERNARDO.— Sí que lo tiene, es un tipo de gracia. Y suele caer bien en todos lados. Y lo he visto siempre dondequiera que ha habido una diversión. En la feria de Córdoba, en la de Mairena, en el Rocío, en el encerradero del Empalme... Unas veces vende caballos, otras veces los compra..., bulle en dos o tres cofradías, tiene un puesto de pájaros, cría gallos ingleses, cambia alhajas, juega..., ¡qué sé yo! En fin, un día que estaba conmigo en los toros, se tiró al redondel y pidió permiso para dar el salto de la garrocha.

CONSUELO.— ¡Ay, qué mareo de hombre! Ahora me explico que ni ér mismo sepa lo que es. No tendrá cabeza pa acordarse.

ROSA MARÍA.— Pos, hija, asín me gusta a mí la gente. Esos hombres que no sirven más que pa una cosa, son mu esaboríos.

B ERNARDO.— Tienes razón, chiquilla. Yo te buscaré en Madrid un novio a tu gusto.

CONSUELO.— ¿Pero por fin se va usted a Madrí?





B ERNARDO.— Esta misma tarde.

CONSUELO.— ¿Tan pronto?

B ERNARDO.— ¡Qué más da!

ROSA MARÍA.— ¿Y por mucho tiempo?

B ERNARDO.— No lo sé.

ROSA MARÍA.— ¡Ay, Madrí! ¡Quién se fuera! ¿Se atreve usted a yevarme en er baú?

B ERNARDO.— Y en el coche.

ROSA MARÍA.— ¡Ajolá

CONSUELO.— Las ganas que tiene esta chiquiya de ve Madrí. Yo no sé qué se le ha figurao.

B ERNARDO.— ¿Y tú, no tienes ganas?

CONSUELO.— ¿Yo? ¿Pa qué? ¿Qué farta me hase a mí Madrí?

ROSA MARÍA.— Ésta no tiene curiosidá por na.

CONSUELO.— Y tú por to: semos diferentes. (Bernardo las oye encantado.)

ROSA MARÍA.— A mí lo que me pasa es que me gustaría salí alguna ve de estas cuatro paredes.

Oye una hablá de muchos sitios y de muchas cosas de por ahí fuera, y como to lo ha hecho Dios..., le pi ca la curiosidá de verlo. Porque mi hermana ha yegao a creerse que en viendo er güerto ya no hay en er mundo más que ve.

CONSUELO.— Como que me sobra to lo demás. ¿Tú te crees que en Inglaterra iba yo a está más a gusto que apartando estas flores?

ROSA MARÍA.— Mujé, también te has ido a acordá de una provinsia...

CONSUELO.— Con la que una tiene más rose, mujé.

ROSA MARÍA.— Pos ya ves tú: si los ingleses fueran tan metíos en sí como tú eres, ¿cuándo íbamos acá a vendé claveles a catorse reales?

CONSUELO.— Güeno; pos que vengan eyos, pero yo me estoy quieta. Y eyos vienen porque esto es mejó que lo suyo; que te coste a ti. Yo he oído desí que ayí no sale er so más que una vez al año, y que se va en seguía porque la gente se asusta d'é.

ROSA MARÍA.— Escuche usted, don Bernardo: ¿usted ha estao en China?

B ERNARDO.— Yo, no, hija de mi alma. ¿Por qué me lo preguntas?

CONSUELO.— Vamos, tú, cáyate y no seas tonta.

ROSA MARÍA.— Porque Consuelo dise que es verdá que hay Francia, y que hay Inglaterra..., y que hay París, pero que se resiste a creé que haya China.

(Bernardo suelta la carcajada.)

CONSUELO.— ¿Ves tú? Ya se está riendo. Pos me resisto a creerlo, don Bernardo; no lo pueo remediá. Se me ha metió en la idea que es una tierra inventá na más que pa los abanicos.

B ERNARDO.— Te advierto que yo también tengo mis dudas.

CONSUELO.— Ya eso es «chufra» de usted.

B ERNARDO.— Benditas sean ustedes que son capaces de distraerme y de alegrarme un rato.

CONSUELO.— Desimos tantas tonterías...

B ERNARDO.— ¡Claro! Y yo, como soy tonto, me río con ellas.

CONSUELO.— ¿Tonto usted?

B ERNARDO.— Tonto y medio. ¿No te parece a ti?

CONSUELO.— ¿A mí qué va a pareserme, don Bernardo?

B ERNARDO.— Esto me interesa. Vamos a ver: ¿qué opinas tú de mí, Consuelito?

CONSUELO.— ¿Yo?...

B ERNARDO.— Sí, tú; dímelo.

CONSUELO.— ¿Y a usted qué farta le hase?...





B ERNARDO.— Ahora me hace falta.

CONSUELO.— Pos no se lo digo a usted porque se va a poner muy ancho.

B ERNARDO.— ¡Vaya! Veo que tienes de mí mejor idea que yo.

ROSA MARÍA.— ¿Pero usted no tiene buena idea de su persona?

B ERNARDO.— Al contrario: muy mala.

CONSUELO.— ¿Por qué, don Bernardo?

B ERNARDO.— ¿Por qué ha de ser? Porque no sirvo para nada, porque no hago cosa a derechas, porque no tengo arranque...

CONSUELO.— Usted lo que tiene es la manía de no ver malamente más que todo lo suyo.

B ERNARDO.— No es manía: es desgracia; es que me conozco. Créeme, Consuelito: me falta voluntad, me falta el entusiasmo que a mi edad se siente por las cosas... Nada me atrae, nada despierta mi interés... Pico aquí, pico allá, de todo me canso a los dos días...

Me vuela el espíritu dentro del cuerpo como una mariposa, y este constante aletear cree que me cansa..., que me rinde...

ROSA MARÍA.— ¡Vaya por Dios!

CONSUELO.— A mí me parece que no se conoce usted tan bien como piensa. ¿Quiere usted que yo le diga lo que tiene? Pos una pena que no lo deja respirar. Y yevándola encima siempre y siempre a los laos, ¿cómo quiere usted que le yame la atención nada de este mundo?

B ERNARDO.— Veo que discurre infinitamente mejor que mi médico.

CONSUELO.— ¿Por qué lo dice usted?

B ERNARDO.— Porque mi médico, el muy simple, me aconseja que cambie de postura, que me distraiga..., que viaje... Tanto machaca, que me voy por no oírlo... Pero tú dices bien: llevando en el alma lo que llevo..., ¿qué más da que recorra el mundo? Sobre que ahora mi único consuelo está cabalmente en recrearme a todas horas en mi dolor..., en vivir del recuerdo de mi madre.... en visitar los sitios que más frecuentaba..., en dar los pasos que ella hubiera dado..., en venir a este huerto, donde no dejó de venir un solo día...

CONSUELO.— Ni uno solo, es verdad.

ROSA MARÍA.— ¡Pobre doña Rosario! Nos quería mucho.

B ERNARDO.— Las quería mucho a ustedes... y a las flores. Ya le he dicho a María Jesús que durante mi ausencia quiero que vaya una de ustedes todas las tardes a cuidar las que me ha dejado.

CONSUELO.— Yo iré.

ROSA MARÍA.— Y yo.

CONSUELO.— Iremos un día una y otro día otra. ¿Usted gorverá pronto?

B ERNARDO.— Creo que sí, que volveré en seguida, mal que pese a mi médico.

CONSUELO.— No, pos eso tampoco lo encuentro yo bien... Cuando don Juan lo manda...

B ERNARDO.— ¿Y qué sabe don Juan?... Conque, niñas, hasta la vuelta.

CONSUELO.— ¿Se va usted ya? (Las dos se levantan.)

B ERNARDO.— Para no pasarme aquí todo el día.

CONSUELO.— No le doy a usted la mano porque la tengo mojada de las flores.

B ERNARDO.— Pues te la secas.

CONSUELO.— Güeno... Ya está. Tome usted.

B ERNARDO.— Así me gusta. Adiós, Rosa María.

ROSA MARÍA.— Don Bernardo, vaya usted con Dios.

CONSUELO.— Que yeve usted feliz viaje... y que se acuerde alguna vez de nosotras.

B ERNARDO.— Eso no me lo tienes que encargar.

CONSUELO.— Por si acaso.

B ERNARDO.— NO olvidar las flores de mi madre, ¿eh?

CONSUELO.— Usted sí que no tiene que encargarse eso.



B ERNARDO.— Que haya salud.

ROSA MARÍA.— Con Dios, señorito.

CONSUELO.— Con Dios, don Bernardo.

B ERNARDO.— (Volviéndose un momento hacia ellas antes de irse.) Aquí empiezan... y aquí acaban mis despedidas... ¡Qué solo estoy!... ¡Qué solo!

CONSUELO.— ¡Pobresiyo don Bernardo!... ¡Me da una pena d'él! ¡Mía que se ha quedao solo en er mundo!

ROSA MARÍA.— Verdá que sí.

(Se sientan. Pausa, durante la cual terminan su faena.)

CONSUELO.— Éstas son tres dosenas cabales. Sobran estas pocas.

ROSA MARÍA.— Pos aquí tengo yo otras tres.

CONSUELO.— Ar canasto las seis.

ROSA MARÍA.— ¡Ajajá! (Quedan sobre la mesa varias flores.)

CONSUELO.— ¿Cuándo va a vení ése por eyas?

ROSA MARÍA.— Dijo que ar mediodía.

CONSUELO.— Entonses me las yevaré aya dentro ar fresquito.

(Encaminase hacia la puerta de frente al público y se detiene a la frase de Rosa María.)

ROSA MARÍA.— ¿A que no sabes tú lo que le está haciendo farta a don Bernardo?

CONSUELO.— ¿Er qué?

ROSA MARI A.— Casarse.

CONSUELO.— ¡Hija, ave María; to lo arreglas tú con er casorio!

ROSA MARÍA.— A mí me han dicho que le gusta la der que fue sosio de su padre.

CONSUELO.— ¿Milagritos?... Pos mira tú, no harían mala pareja. (Éntrase en la casa.)

ROSA MARÍA.— ¡Ya se ve que no!

(Vuelve Gabriel con el abuelo, por la izquierda. Trae en la mano un buen ramo de rosas y claveles.)

GABRIEL.— Usté ya es amigo mío, y eso de la media caña va a sé al istante.

A BUELO.— Güeno, sí; aquí ar lao... Pero que no se enteren mis nietas.

GABRIEL.— No hay pa qué... Pasemos de largo. Güenos días, joven.

ROSA MARI A.— Güenos días.

A BUELO.— Güervo ahora mismo, ¿eh?

(Mientras llegan a la puerta, Gabriel mira atentamente a Rosa María, la cual se hace la distraída fingiendo estar ocupada en algo.)

GABRIEL.— (Más bonita es que la Virgen der Vaye.) (Se va con el abuelo.)

ROSA MARI A.— ¡Qué descarao es! Por poquito suerte la risa.

GABRIEL.— (Volviendo a entrar en el huerto, con sorpresa de Rosa María, que instintivamente hace un movimiento como para marcharse.) No huya usté de mí, que no hago daño. Miste: tengo capiya, tengo artá, tengo flores; hasta velas tengo: no me farta más que la imagen.

ROSA MARÍA.— Pos eso, un escurtó.

GABRIEL.— Si viviera er de la Virgen de la Esperansa y la copiara a usté...

ROSA MARÍA.— No querría...



GABRIEL.— ¿Que no? Pero ¿usté se ha figurao que era siego?  
ROSA MARÍA.— (Interrumpiéndolo.) ¿Se quie usté cayá y no echarme más flores?  
GABRIEL.— Como me yevo unas poquitas de usté...  
ROSA MARÍA.— Pos conténtese usté con otras poquitas; no sea usté tan rumboso.  
GABRIEL.— No lo pueo remedia: tengo er rumbo en la sangre.  
ROSA MARÍA.— ¿Sí?  
GABRIEL.— Sí. Pa que usté se convensa: por ca beso que usté me dé le doy yo seis o siete.  
ROSA MARÍA.— ¡Ay, qué grasioso!  
GABRIEL.— (Tirándole de improviso a los pies el ramo de flores, que se deshace por completo.)  
¡Grasiosa, usté!  
ROSA MARÍA.— (Sobrecogida.) ¡Ay!  
GABRIEL.— Pisa usté y nasen flores. ¡Lo que vale er Güerto e las Campaniyas!  
ROSA MARÍA.— ¡Lo que charla usté, hijo de mi arma!  
GABRIEL.— ¡Lo que me gusta usté, reina e mayo!  
ROSA MARÍA.— ¡Lo que pondera usté, rey de abrí!  
GABRIEL.— Ponderasión de lo bonito, usté, Rosa... María.  
ROSA MARÍA.— ¿Y quién le ha dicho a usté mi nombre?  
GABRIEL.— Yo, que lo he asertao... Tenía que sé ése. Rosa, usté, y María, que es er nombre e la Virgen.  
ROSA MARÍA.— ¿Y qué más?  
GABRIEL.— Que a mí me pusieron Gabriel.  
ROSA MARÍA.— ¿Y a mí qué me importa?  
GABRIEL.— Me importa a mí que usté lo sepa.  
ROSA MARÍA.— ¿Y qué más?  
GABRIEL.— Aquello, como usté me dijo.  
ROSA MARÍA.— Pos aqueyo quie desí que se acabó er palique.  
GABRIEL.— Pos se acabó. ¿Más obediente? Dios la bendiga a usté, morena.  
ROSA MARÍA.— Gracias.  
GABRIEL.— No hay de qué. Güenos días.  
ROSA MARÍA.— Güenos días. (Tiene mucho ange.)  
GABRIEL.— (Pan comió.) (Se va. Rosa María se interna en el huerto volviendo la cara.)



## Federico García Lorca

### La casa de Bernarda Alba

#### Acto III

Cuatro paredes blancas ligeramente azuladas del patio interior de la casa de Bernarda. Es de noche. El decorado ha de ser de una perfecta simplicidad. Las puertas, iluminadas por la luz de los interiores, dan un tenue fulgor a la escena. En el centro, una mesa con un quinqué, donde están comiendo Bernarda y sus hijas. La Poncia las sirve. Prudencia está sentada aparte.

(Al levantarse el telón hay un gran silencio, interrumpido por el ruido de platos y cubiertos.)

Prudencia: Ya me voy. Os he hecho una visita larga. (Se levanta.)

Bernarda: Espérate, mujer. No nos vemos nunca.

Prudencia: ¿Han dado el último toque para el rosario?

La Poncia: Todavía no.

(Prudencia se sienta.)

Bernarda: ¿Y tu marido cómo sigue?

Prudencia: Igual.

Bernarda: Tampoco lo vemos.

Prudencia: Ya sabes sus costumbres. Desde que se peleó con sus hermanos por la herencia no ha salido por la puerta de la calle. Pone una escalera y salta las tapias del corral.

Bernarda: Es un verdadero hombre. ¿Y con tu hija...?

Prudencia: No la ha perdonado.

Bernarda: Hace bien.

Prudencia: No sé qué te diga. Yo sufro por esto.

Bernarda: Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga.

Prudencia: Yo dejo que el agua corra. No me queda más consuelo que refugiarme en la iglesia, pero como me estoy quedando sin vista tendré que dejar de venir para que no jueguen con una los chiquillos. (Se oye un gran golpe, como dado en los muros.) ¿Qué es eso?

Bernarda: El caballo garañón, que está encerrado y da coces contra el muro. (A voces.) ¡Trabadlo y que salga al corral! ( En voz baja.) Debe tener calor.

Prudencia: ¿Vais a echarle las potras nuevas?

Bernarda: Al amanecer.

Prudencia: Has sabido acrecentar tu ganado.

Bernarda: A fuerza de dinero y sinsabores.

La Poncia: (Interviniendo.) ¡Pero tiene la mejor manada de estos contornos! Es una lástima que esté bajo de precio.

Bernarda: ¿Quieres un poco de queso y miel?

Prudencia: Estoy desganada.



(Se oye otra vez el golpe.)

La Poncia: ¡Por Dios!

Prudencia: ¡Me ha retemblado dentro del pecho!

Bernarda: (Levantándose furiosa) ¿Hay que decir las cosas dos veces? ¡Echadlo que se revuelque en los montones de paja! (Pausa, y como hablando con los gañanes.) Pues encerrad las potras en la cuadra, pero dejadlo libre, no sea que nos eche abajo las paredes. (Se dirige a la mesa y se sienta otra vez.) ¡Ay, qué vida!

Prudencia: Bregando como un hombre.

Bernarda: Así es. (Adela se levanta de la mesa.) ¿Dónde vas?

Adela: A beber agua.

Bernarda: (En alta voz.) Trae un jarro de agua fresca. (A Adela.) Puedes sentarte. (Adela se sienta.)

Prudencia: Y Angustias, ¿cuándo se casa?

Bernarda: Vienen a pedirla dentro de tres días.

Prudencia: ¡Estarás contenta!

Angustias: ¡Claro!

Amelia: (A Magdalena.) ¡Ya has derramado la sal!

Magdalena: Peor suerte que tienes no vas a tener.

Amelia: Siempre trae mala sombra.

Bernarda: ¡Vamos!

Prudencia: (A Angustias.) ¿Te ha regalado ya el anillo?

Angustias: Mírelo usted. (Se lo alarga.)

Prudencia: Es precioso. Tres perlas. En mi tiempo las perlas significaban lágrimas..

Angustias: Pero y a las cosas han cambiado.

Adela: Yo creo que no. Las cosas significan siempre lo mismo. Los anillos de pedida deben ser de diamantes.

Prudencia: Es más propio.

Bernarda: Con perlas o sin ellas las cosas son como una se las propone.

Martirio: O como Dios dispone.

Prudencia: Los muebles me han dicho que son preciosos.

Bernarda: Dieciséis mil reales he gastado.

La Poncia: (Interviniendo.) Lo mejor es el armario de luna.

Prudencia: Nunca vi un mueble de éstos.

Bernarda: Nosotras tuvimos arca.

Prudencia: Lo preciso es que todo sea para bien.

Adela: Que nunca se sabe.

Bernarda: No hay motivo para que no lo sea.

(Se oyen lejanísimas unas campanas.)

Prudencia: El último toque. (A Angustias.) Ya vendré a que me enseñes la ropa.

Angustias: Cuando usted quiera.

Prudencia: Buenas noches nos dé Dios.

Bernarda: Adiós, Prudencia.

Las cinco a la vez: Vaya usted con Dios.

(Pausa. Sale Prudencia.)



Bernarda: Ya hemos comido. (Se levantan.)

Adela: Voy a llegarme hasta el portón para estirar las piernas y tomar un poco el fresco.

(Magdalena se sienta en una silla baja retrepada contra la pared.)

Amelia: Yo voy contigo.

Martirio: Y yo.

Adela: (Con odio contenido.) No me voy a perder.

Amelia: La noche quiere compañía.

(Salen. Bernarda se sienta y Angustias está arreglando la mesa.)

Bernarda: Ya te he dicho que quiero que hables con tu hermana Martirio. Lo que pasó del retrato fue una broma y lo debes olvidar.

Angustias: Usted sabe que ella no me quiere.

Bernarda: Cada uno sabe lo que piensa por dentro. Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar. ¿Lo entiendes?

Angustias: Sí.

Bernarda: Pues ya está.

Magdalena: (Casi dormida.) Además, ¡si te vas a ir antes de nada! (Se duerme.)

Angustias: Tarde me parece.

Bernarda: ¿A qué hora terminaste anoche de hablar?

Angustias: A las doce y media.

Bernarda: ¿Qué cuenta Pepe?

Angustias: Yo lo encuentro distraído. Me habla siempre como pensando en otra cosa. Si le pregunto qué le pasa, me contesta: «Los hombres tenemos nuestras preocupaciones.»

Bernarda: No le debes preguntar. Y cuando te cases, menos. Habla si él habla y míralo cuando te mire. Así no tendrás disgustos.

Angustias: Yo creo, madre, que él me oculta muchas cosas.

Bernarda: No procures descubrirlas, no le preguntes y, desde luego, que no te vea llorar jamás.

Angustias: Debía estar contenta y no lo estoy.

Bernarda: Eso es lo mismo.

Angustias: Muchas veces miro a Pepe con mucha fijeza y se me borra a través de los hierros, como si lo tapara una nube de polvo de las que levantan los rebaños.

Bernarda: Eso son cosas de debilidad.

Angustias: ¡Ojalá!

Bernarda: ¿Viene esta noche?

Angustias: No. Fue con su madre a la capital.

Bernarda: Así nos acostaremos antes. ¡Magdalena!

Angustias: Está dormida.

(Entran Adela, Martirio y Amelia.)

Amelia: ¡Qué noche más oscura!

Adela: No se ve a dos pasos de distancia.

Martirio: Una buena noche para ladrones, para el que necesite escondrijo.

Adela: El caballo garañón estaba en el centro del corral. ¡Blanco! Doble de grande, llenando todo lo oscuro.



Amelia: Es verdad. Daba miedo. ¡Parecía una aparición!

Adela: Tiene el cielo unas estrellas como puños.

Martirio: Ésta se puso a mirarlas de modo que se iba a tronchar el cuello.

Adela: ¿Es que no te gustan a ti?

Martirio: A mí las cosas de tejas arriba no me importan nada. Con lo que pasa dentro de las habitaciones tengo bastante.

Adela: Así te va a ti.

Bernarda: A ella le va en lo suyo como a ti en lo tuyo.

Angustias: Buenas noches.

Adela: ¿Ya te acuestas?

Angustias: Sí, esta noche no viene Pepe. (Sale.)

Adela: Madre, ¿por qué cuando se corre una estrella o luce un relámpago se dice: Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita?

Bernarda: Los antiguos sabían muchas cosas que hemos olvidado.

Amelia: Yo cierro los ojos para no verlas.

Adela: Yo no. A mí me gusta ver correr lleno de lumbre lo que está quieto y quieto años enteros.

Martirio: Pero estas cosas nada tienen que ver con nosotros.

Bernarda: Y es mejor no pensar en ellas.

Adela: ¡Qué noche más hermosa! Me gustaría quedarme hasta muy tarde para disfrutar el fresco del campo.

Bernarda: Pero hay que acostarse. ¡Magdalena!

Amelia: Está en el primer sueño.

Bernarda: ¡Magdalena!

Magdalena: (Disgustada.) ¡Dejarme en paz!

Bernarda: ¡A la cama!

Magdalena: (Levantándose malhumorada.) ¡No la dejáis a una tranquila! (Se va refunfuñando.)

Amelia: Buenas noches. (Se va.)

Bernarda: Andar vosotras también.

Martirio: ¿Cómo es que esta noche no viene el novio de Angustias?

Bernarda: Fue de viaje.

Martirio: (Mirando a Adela.) ¡Ah!

Adela: Hasta mañana. (Sale.)

(Martirio bebe agua y sale lentamente mirando hacia la puerta del corral. Sale La Poncia.)

La Poncia: ¿Estás todavía aquí?

Bernarda: Disfrutando este silencio y sin lograr ver por parte alguna «la cosa tan grande» que aquí pasa, según tú.

La Poncia: Bernarda, dejemos esa conversación.

Bernarda: En esta casa no hay un sí ni un no. Mi vigilancia lo puede todo.

La Poncia: No pasa nada por fuera. Eso es verdad. Tus hijas están y viven como metidas en alacenas. Pero ni tú ni nadie puede vigilar por el interior de los pechos.

Bernarda: Mis hijas tienen la respiración tranquila.

La Poncia: Eso te importa a ti, que eres su madre. A mí, con servir tu casa tengo bastante.

Bernarda: Ahora te has vuelto callada.

La Poncia: Me estoy en mi sitio, y en paz.

Bernarda: Lo que pasa es que no tienes nada que decir. Si en esta casa hubiera hierbas, ya te encargarías de traer a pastar las ovejas del vecindario.





La Poncia: Yo tapo más de lo que te figuras.

Bernarda: ¿Sigue tu hijo viendo a Pepe a las cuatro de la mañana? ¿Siguen diciendo todavía la mala letanía de esta casa?

La Poncia: No dicen nada.

Bernarda: Porque no pueden. Porque no hay carne donde morder. ¡A la vigilia de mis ojos se debe esto!

La Poncia: Bernarda, yo no quiero hablar porque temo tus intenciones. Pero no estés segura.

Bernarda: ¡Segurísima!

La Poncia: ¡A lo mejor, de pronto, cae un rayo! ¡A lo mejor, de pronto, un golpe de sangre te para el corazón!

Bernarda: Aquí no pasará nada. Ya estoy alerta contra tus suposiciones.

La Poncia: Pues mejor para ti.

Bernarda: ¡No faltaba más!

Criada: (Entrando.) Ya terminé de fregar los platos. ¿Manda usted algo, Bernarda?

Bernarda: (Levantándose.) Nada. Yo voy a descansar.

La Poncia: ¿A qué hora quiere que la llame?

Bernarda: A ninguna. Esta noche voy a dormir bien. (Se va.)

La Poncia: Cuando una no puede con el mar lo más fácil es volver las espaldas para no verlo.

Criada: Es tan orgullosa que ella misma se pone una venda en los ojos.

La Poncia: Yo no puedo hacer nada. Quise atajar las cosas, pero ya me asustan demasiado. ¿Tú ves este silencio? Pues hay una tormenta en cada cuarto. El día que estallen nos barrerán a todas. Yo he dicho lo que tenía que decir.

Criada: Bernarda cree que nadie puede con ella y no sabe la fuerza que tiene un hombre entre mujeres solas.

La Poncia: No es toda la culpa de Pepe el Romano. Es verdad que el año pasado anduvo detrás de Adela, y ésta estaba loca por él, pero ella debió estar en su sitio y no provocarlo. Un hombre es un hombre.

Criada: Hay quien cree que habló muchas noches con Adela.

La Poncia: Es verdad. (En voz baja) Y otras cosas.

Criada: No sé lo que va a pasar aquí.

La Poncia: A mí me gustaría cruzar el mar y dejar esta casa de guerra..

Criada: Bernarda está aligerando la boda y es posible que nada pase.

La Poncia: Las cosas se han puesto ya demasiado maduras. Adela está decidida a lo que sea, y las demás vigilan sin descanso.

Criada: ¿Y Martirio también?

La Poncia: Ésa es la peor. Es un pozo de veneno. Ve que el Romano no es para ella y hundiría el mundo si estuviera en su mano.

Criada: ¡Es que son malas!

La Poncia: Son mujeres sin hombre, nada más. En estas cuestiones se olvida hasta la sangre. ¡Chisssssss!

(Escucha.)

Criada: ¿Qué pasa?

La Poncia: (Se levanta.) Están ladrando los perros.

Criada: Debe haber pasado alguien por el portón.

(Sale Adela en enaguas blancas y corpiño.)



La Poncia: ¿No te habías acostado?

Adela: Voy a beber agua. (Bebe en un vaso de la mesa.)

La Poncia: Yo te suponía dormida.

Adela: Me despertó la sed. Y vosotras, ¿no descansáis?

Criada: Ahora.

(Sale Adela.)

La Poncia: Vámonos.

Criada: Ganado tenemos el sueño. Bernarda no me deja descansar en todo el día.

La Poncia: Llévate la luz.

Criada: Los perros están como locos.

La Poncia: No nos van a dejar dormir.

(Salen. La escena queda casi a oscuras. Sale María Josefa con una oveja en los brazos.)

María Josefa:

Ovejita, niño mío,  
vámonos a la orilla del mar.

La hormiguita estará en su puerta,  
yo te daré la teta y el pan.

Bernarda,  
cara de leoparda.

Magdalena,  
cara de hiena.

¡Ovejita!

Meee, meee.

Vamos a los ramos del portal de Belén. (Ríe)

Ni tú ni yo queremos dormir.

La puerta sola se abrirá  
y en la playa nos meteremos  
en una choza de coral.

Bernarda,  
cara de leoparda.

Magdalena,  
cara de hiena.

¡Ovejita!

Meee, meee.

Vamos a los ramos del portal de Belén!

(Se va cantando. Entra Adela. Mira a un lado y otro con sigilo, y desaparece por la puerta del corral. Sale Martirio por otra puerta y queda en angustioso acecho en el centro de la escena. También va en enaguas. Se cubre con un pequeño mantón negro de talle. Sale por enfrente de ella María Josefa.)

Martirio: Abuela, ¿dónde va usted?

María Josefa: ¿Vas a abrirme la puerta? ¿Quién eres tú?

Martirio: ¿Cómo está aquí?



María Josefa: Me escapé. ¿Tú quién eres?

Martirio: Vaya a acostarse.

María Josefa: Tú eres Martirio, ya te veo. Martirio, cara de martirio. ¿Y cuándo vas a tener un niño? Yo he tenido éste.

Martirio: ¿Dónde cogió esa oveja?

María Josefa: Ya sé que es una oveja. Pero, ¿por qué una oveja no va a ser un niño? Mejor es tener una oveja que no tener nada. Bernarda, cara de leoparda. Magdalena, cara de hiena.

Martirio: No dé voces.

María Josefa: Es verdad. Está todo muy oscuro. Como tengo el pelo blanco crees que no puedo tener crías, y sí, crías y crías y crías. Este niño tendrá el pelo blanco y tendrá otro niño, y éste otro, y todos con el pelo de nieve, seremos como las olas, una y otra y otra. Luego nos sentaremos todos, y todos tendremos el cabello blanco y seremos espuma. ¿Por qué aquí no hay espuma? Aquí no hay más que mantos de luto.

Martirio: Calle, calle.

María Josefa: Cuando mi vecina tenía un niño yo le llevaba chocolate y luego ella me lo traía a mí, y así siempre, siempre, siempre. Tú tendrás el pelo blanco, pero no vendrán las vecinas. Yo tengo que marcharme, pero tengo miedo de que los perros me muerdan. ¿Me acompañarás tú a salir del campo? Yo quiero campo. Yo quiero casas, pero casas abiertas, y las vecinas acostadas en sus camas con sus niños chiquitos, y los hombres fuera, sentados en sus sillas. Pepe el Romano es un gigante. Todas lo queréis. Pero él os va a devorar, porque vosotras sois granos de trigo. No granos de trigo, no. ¡Ranas sin lengua!

Martirio: (Enérgica.) Vamos, váyase a la cama. (La empuja.)

María Josefa: Sí, pero luego tú me abrirás, ¿verdad?

Martirio: De seguro.

María Josefa: (Llorando.)

Ovejita, niño mío,

vámonos a la orilla del mar.

La hormiguita estará en su puerta,

yo te daré la teta y el pan.

(Sale. Martirio cierra la puerta por donde ha salido María Josefa y se dirige a la puerta del corral. Allí vacila, pero avanza dos pasos más.)

Martirio: (En voz baja.) Adela. (Pausa. Avanza hasta la misma puerta. En voz alta.) ¡Adela!

(Aparece Adela. Viene un poco despeinada.)

Adela: ¿Por qué me buscas?

Martirio: ¡Deja a ese hombre!

Adela: ¿Quién eres tú para decírmelo?

Martirio: No es ése el sitio de una mujer honrada.

Adela: ¡Con qué ganas te has quedado de ocuparlo!

Martirio: (En voz alta.) Ha llegado el momento de que yo hable. Esto no puede seguir así.

Adela: Esto no es más que el comienzo. He tenido fuerza para adelantarme. El brío y el mérito que tú no tienes. He visto la muerte debajo de estos techos y he salido a buscar lo que era mío, lo que me pertenecía.

Martirio: Ese hombre sin alma vino por otra. Tú te has atravesado.

Adela: Vino por el dinero, pero sus ojos los puso siempre en mí.



Martirio: Yo no permitiré que lo arrebatas. El se casará con Angustias.

Adela: Sabes mejor que yo que no la quiere.

Martirio: Lo sé.

Adela: Sabes, porque lo has visto, que me quiere a mí.

Martirio: (Desesperada.) Sí.

Adela: (Acercándose.) Me quiere a mí, me quiere a mí.

Martirio: Clávame un cuchillo si es tu gusto, pero no me lo digas más.

Adela: Por eso procuras que no vaya con él. No te importa que abrace a la que no quiere. A mí, tampoco. Ya puede estar cien años con Angustias. Pero que me abrace a mí se te hace terrible, porque tú lo quieres también, ¡lo quieres!

Martirio: (Dramática.) ¡Sí! Déjame decirlo con la cabeza fuera de los embozos. ¡Sí! Déjame que el pecho se me rompa como una granada de amargura. ¡Le quiero!

Adela: (En un arranque, y abrazándola.) Martirio, Martirio, yo no tengo la culpa.

Martirio: ¡No me abrases! No quieras ablandar mis ojos. Mi sangre ya no es la tuya, y aunque quisiera verte como hermana no te miro ya más que como mujer. (La rechaza.)

Adela: Aquí no hay ningún remedio. La que tenga que ahogarse que se ahogue. Pepe el Romano es mío. Él me lleva a los juncos de la orilla.

Martirio: ¡No será!

Adela: Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré delante de todos la corona de espigas que tienen las que son queridas de algún hombre casado.

Martirio: ¡Calla!

Adela: Sí, sí. (En voz baja.) Vamos a dormir, vamos a dejar que se case con Angustias. Ya no me importa. Pero yo me iré a una casita sola donde él me verá cuando quiera, cuando le venga en gana.

Martirio: Eso no pasará mientras yo tenga una gota de sangre en el cuerpo.

Adela: No a ti, que eres débil: a un caballo encabritado soy capaz de poner de rodillas con la fuerza de mi dedo meñique.

Martirio: No levantes esa voz que me irrita. Tengo el corazón lleno de una fuerza tan mala, que sin quererlo yo, a mí misma me ahoga.

Adela: Nos enseñan a querer a las hermanas. Dios me ha debido dejar sola, en medio de la oscuridad, porque te veo como si no te hubiera visto nunca.

(Se oye un silbido y Adela corre a la puerta, pero Martirio se le pone delante.)

Martirio: ¿Dónde vas?

Adela: ¡Quítate de la puerta!

Martirio: ¡Pasa si puedes!

Adela: ¡Aparta! (Lucha.)

Martirio: (A voces.) ¡Madre, madre!

Adela: ¡Déjame!

(Aparece Bernarda. Sale en enaguas con un mantón negro.)

Bernarda: Quietas, quietas. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!

Martirio: (Señalando a Adela.) ¡Estaba con él! ¡Mira esas enaguas llenas de paja de trigo!

Bernarda: ¡Esa es la cama de las mal nacidas! (Se dirige furiosa hacia Adela.)



Adela: (Haciéndole frente.) ¡Aquí se acabaron las voces de presidio! (Adela arrebató un bastón a su madre y lo parte en dos.) Esto hago yo con la vara de la dominadora. No dé usted un paso más. ¡En mí no manda nadie más que Pepe!

(Sale Magdalena.)

Magdalena: ¡Adela!

(Salen La Poncia y Angustias.)

Adela: Yo soy su mujer. (A Angustias.) Entérate tú y ve al corral a decírselo. Él dominará toda esta casa. Ahí fuera está, respirando como si fuera un león.

Angustias: ¡Dios mío! Bernarda ¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta? (Sale corriendo.)

(Aparece Amelia por el fondo, que mira aterrada, con la cabeza sobre la pared. Sale detrás Martirio.)

Adela: ¡Nadie podrá conmigo! (Va a salir.)

Angustias: (Sujetándola.) De aquí no sales con tu cuerpo en triunfo, ¡ladrona! ¡deshonra de nuestra casa!

Magdalena: ¡Déjala que se vaya donde no la veamos nunca más!

(Suena un disparo.)

Bernarda: (Entrando.) Atrévete a buscarlo ahora.

Martirio: (Entrando.) Se acabó Pepe el Romano.

Adela: ¡Pepe! ¡Dios mío! ¡Pepe! (Sale corriendo.)

La Poncia: ¿Pero lo habéis matado?

Martirio: ¡No! ¡Salió corriendo en la jaca!

Bernarda: No fue culpa mía. Una mujer no sabe apuntar.

Magdalena: ¿Por qué lo has dicho entonces?

Martirio: ¡Por ella! Hubiera volcado un río de sangre sobre su cabeza.

La Poncia: Maldita.

Magdalena: ¡Endemoniada!

Bernarda: Aunque es mejor así. (Se oye como un golpe.) ¡Adela! ¡Adela!

La Poncia: (En la puerta.) ¡Abre!

Bernarda: Abre. No creas que los muros defienden de la vergüenza.

Criada: (Entrando.) ¡Se han levantado los vecinos!

Bernarda: (En voz baja, como un rugido.) ¡Abre, porque echaré abajo la puerta! (Pausa. Todo queda en silencio) ¡Adela! (Se retira de la puerta.) ¡Trae un martillo! (La Poncia da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale.) ¿Qué?

La Poncia: (Se lleva las manos al cuello.) ¡Nunca tengamos ese fin!

(Las hermanas se echan hacia atrás. La Criada se santigua. Bernarda da un grito y avanza.)

La Poncia: ¡No entres!

Bernarda: No. ¡Yo no! Pepe: irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás.



¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como si fuera doncella.  
¡Nadie dirá nada! ¡Ella ha muerto virgen! Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.  
Martirio: Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.  
Bernarda: Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (A otra hija.) ¡A  
callar he dicho! (A otra hija.) Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de  
luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio  
he dicho! ¡Silencio!